

Los cantos de Maldoror

Lautréamont

Los cantos de Maldoror

Selección y prólogo: Luis Manuel Pérez-Boitel



Ediciones SED DE BELLEZA
Santa Clara, Cuba, 2006

EDICIÓN Y DISEÑO: LARIZA FUENTES LÓPEZ
CORRECCIÓN: AMPARO M. BALLESTER LÓPEZ
ILUSTRACIÓN: *ALEGORÍA DE LOS PLACERES*. EL BOSCO

© Sobre la presente edición:
Ediciones SED DE BELLEZA, 2006

ISBN 959-229-097-0

Ediciones Sed de Belleza:
Apartado postal 335
Santa Clara 1, Villa Clara, Cuba. C.P. 50100
email: seddebelleza@cenit.cult.cu

CANTOS DEMONIÁCOS DE MALDOROR O EL HEDÓNICO REINO DE LAUTRÉAMONT

Quizás, desde que aparecen Los cantos de Maldoror, del polémico y todavía poco estudiado Isidore Ducasse, conde de Lautréamont (1846-1870), las elucidadoras faenas de críticos, estudiosos y lectores de esta obra no hayan tenido mayor empeño que dibujar el rostro de Maldoror unguado en ese debatimiento por la sobrevida que impone el paso ante lo demoníaco, lo oscuro, en la búsqueda constante de las tierras del mal. Hasta allí han quedado, como puertas semiabiertas, las constantes búsquedas e interpretaciones de estos cantos que se nos ofrecen como episodios poéticos. Sin embargo, no se ha entendido la propuesta que nos hace Maldoror, en tanto fingimiento de sus actos y justificación de su mal, unido al empeño lamentable del escriba en no dejar memorias, ni apuntes colaterales a sus escritos, lo cual acrecienta notablemente las diferentes miradas del mundo (de su mundo). Esa actitud irreverente, pero cierta, era tal vez el sortilegio para entender su suicidio y la extraña vida de Ducasse.

Posiblemente, Los cantos... se adelantaron a una época, al aparecer en la segunda mitad del siglo XIX, y deslumbran por su fuerza cognoscitiva entre el bien y el mal, en la que se debate y reside la actitud de un personaje como Maldoror, ermitaño, en ocasiones; guerrero contra las tinieblas, en otra; o buscador de tierras lejanas, pero héroe pagano, enaltecido e incomprendido. Lo que extraña raramente es su mirada de contemplar los hechos y afianzarse a ellos. No hay en él otra cosa que no sea dualidad. Esa percepción de que está aquí y allá en vez de definirse en una atmósfera siempre dramática para su

mundo, es el signo que late en todas las páginas y acciones que se describen.

Esa es la razón que hace que Maldoror, más que ofrecerse ante el mundo, esponga el mundo, lo prostituya o envenene, y después desaparezca. La simetría de ese mundo es lo que le conmina todo su destino, su duro bregar como castigo de Sísifo. Ciertamente, Maldoror no pertenece a una época — aun admitiendo que esta época exista — ni a un país, sino que forma parte, fluye, se arremolina, se remansa y ruga con ese inmenso soplo de la humanidad que brota, desde la mítica oscuridad de los tiempos, de aquella cumbre del Cáucaso en la que — dicen — sigue gimiendo el Titán encadenado.

Este análisis pudiera corroborar que, más que un personaje, estamos descubriendo un mundo cruel donde la justicia es imposible de hecho, pero, como afirma Serrat Crespo, esa percepción no tiene una arista temporal que nos provoque un afianzamiento a un momento determinado, es como una explosión de ese momento, una explosión que va en busca del hombre y de estereotipar sus ideas, y da un protagonismo en la búsqueda de la razón del que se siente vencido y se llena de rencores y dudas contra todos, incluso contra sí mismo.

Ahora bien, ¿cómo surgiría esa persona como razón de ese mundo? Hay en el escriba un sentido de laceración que también está presente, pienso yo, en el personaje que nos identifica como cualquier tiempo, cualquier instante. Esa exploración a través de un hombre como Lautréamont nos pudiera salvar de ciertos naufragios por Los cantos... , donde el surrealismo es la verdadera identidad de las páginas, vistas como aullidos y contradicciones, o como tormentas y personajes draconianos que no tienen mayor justificación que el hecho de estar presentes y formar en ese tractus toda una gran polémica conceptual sobre lo malsano, lo deshonesto y lacerante.

La búsqueda de la oscuridad es la pasión del finado conde, y es que ese ambiente de veneno y mal cubrió todo el libro que

en 1869, cuando aparece su edición príncipe, fue desaparecido casi en su totalidad y solo algunos de ellos llegaron hasta el escritor. No puedo dudar de que estos cantos pudieron haber sido, incluso, modificados o tergiversados antes de esa primera entrega, pues el drama del hombre es mucho más agudo en las páginas iniciales y tal parece que se hace cíclica la visión de esa temporada que, como Rimbaud, se nos ofrece como un paso también por el infierno. Y es que hay en él todas las contradicciones de la historia de la filosofía hasta ese siglo XIX, y esas verdades de Perogrullo no hacen otra cosa que omitir la razón del hombre que vive su tiempo contra el mundo de la razón; como esa razón ilustrada que se impuso como Enciclopedismo.

Al poeta maldito, esa invención de Verlaine, le sobra un adjetivo para evitar la redundancia, pues se supone que, ante la Ilustración, todo bardo está maldito y obligado, por tanto, a existir bajo ese puente que es la palabra. Aunque si pudiéramos continuar con la obra de Paul Verlaine, tendríamos que incluir a Lautréamont en ese espacio de lo maldito, de lo fantasmagórico que hace del hombre esas criaturas del poema donde la búsqueda ontológica es un posible indicio de existencia, un aullido, un aliento del bardo ante su enajenación, ante su autocrimen. Así, Isidore Ducasse nos invita a reconocerlo bajo ese silbido de la palabra, bucólico, pues se haya sollozando, irreverente frente a la penumbra (y dentro de la penumbra siempre) y caricaturesco por sus apetencias del trasmundo (en busca de lo cruel). Hay en él ese personaje que bien cuelga en cada página de los cantos, visto a contraluz, como si tuviera el lector una navaja en el cuello y le dicen: «Esa es la oscuridad, toma de ella un poco.»

Pero es que en la vida del conde, esa inamovible oscuridad, de tinieblas, es parte de su existencia, del afianzamiento del canto bíblico: «más fácil invaden las tinieblas a la luz, que la luz a las tinieblas», del legado familiar, de su experiencia ante las decapitaciones y del fatal destino. En ese espacio, en el

silencio de ese denominado espacio, se desarrolla la aguda visión del poeta, que en su infancia había regresado de Montevideo, Uruguay, donde supuestamente nació, y donde se contaba, en aquel entonces, con una colonia francesa. Aunque todo esto pudiera resultar mera justificación en la búsqueda del verdadero Ducasse una vez que se aferraba él a no dejar ninguna memoria, este dato de su nacimiento nos ofrece una visión más pegada al destino del escriba que nos permita reconocerlo a su llegada a Francia. Ese es ya el bardo introvertido, emigrante, extraño, egoísta que se nos propone por las biografías del conde, quizás como pretexto para entender su depravado mundo, algunos dejando, incluso, algunas aristas de su relación homosexual con el amigo de la infancia George Dazet, y al que le atribuyen la inspiración del primer canto. Ese drama se renueva, posteriormente, en la polémica que suscitó la lucha de un águila y un dragón para retomar ciertos días en el Lycée Imperial, donde a un alumno le decían el dragón. Siendo esto uno de los hilos que como Ariadna servirían para arrojar leña al fuego del universo lautreamónico.

Lo cierto es que el desconocimiento de la vida del conde provoca más que una incursión a sus posibles influencias, aunque siguen quedando hasta hoy como meras especulaciones. Ya Lefrère pone al desnudo la empatía que tenía con La Iliada, de Homero, al mostrar un ejemplar donde se consigna:

«Propiedad del señor Idisore Ducasse nacido en Montevideo (Uruguay). Tengo también Arte de hablar del mismo autor. 14 de abril (sic) 1863.»

Este hecho, unido a la aparición de un dibujo de Ducasse, hecho por Félix Vallotón, nos muestra las ambiciones que hoy siguen existiendo por reconocer el rostro del bardo.



Retrato de Ducasse hecho por Vallatón.

Hasta el propio Salvador Dalí nos muestra en cuarenta y dos gráficos su relación personal con Los cantos... genuina interpretación en la que se ofrece una serie de pasajes propios de la obra con una visión surrealista, para lo que cita textualmente párrafos como motivos, los cuales fueron también aprovechados para trazar su biografía. Y es que en sentido general, fueron los propios surrealistas los que retomaron la obra con mayor fuerza y la sacaron de las constantes polémicas que sobre ella se desataban, en un tiempo en el cual la moral y la voluntad de un ser supremo eran inatacables.

En ese ambiente de desobediencia se inicia la protesta de Maldoror, desde una irreverencia recurrente que con un gran humor negro logra agredir al lector, sugestionarlo y provocarle su ira. Creo que es su mayor logro, incluso, por la que fue negada por generaciones. No era posible asumir ese mundo de tiranías y desenfrenos ante los ojos de Dios. Y es que el héroe de estas páginas convierte al mundo en un gran desierto del terror y de injusticia, y esteriotipa, por tanto, esa esencia del hombre que busca constantemente luchar contra lo divino en los límites de lo divino. Así, Maldoror nos provoca, en su condición de héroe negativo, su repugnancia por la condición humana, por la disciplina del hombre, y nos enaltece cuando comete las bestialidades más insospechadas. Ya no afirmaba el conde que su poesía estaba en función de atacar al hombre para buscar en el hombre las soluciones y alternativas de ese tiempo. Ducasse, así, majestuosamente, nos resuelve un diálogo con la búsqueda del ser dentro del ser, en un tiempo tan remoto

en el cual el ser era solo visto, y así permitido, a través de Dios, de su trinidad divina.

Los cantos... una vez concluidos fueron entregados a Lacroix, y así quedaron hasta hoy publicados, por vez primera, en 1868. Sin embargo, el primer canto, en el que la bella imagen de Dazart, el amigo tarbés, se nos ofrece, fue publicado como pórtico de esta obra años antes, y en esa edición, el autor, siempre irreverente, omite su nombre y coloca tres asteriscos.

Pero ¿cómo pudiéramos justificar la búsqueda del canto en estas páginas maldoronescas? Creo que, como proclama, era ya identificado por Ducasse como estilo literario, como episodio. En él hay una musicalidad que escapa, y se distorsiona el ritmo para impactar al receptor. Era el canto la secuencia para su drama y para su encierro. Maldoror edifica allí un reino al que debían cantar para también honrar el héroe que canta de tiranía, de odio, de desamor. En esa búsqueda gnoseológica se debate quien dibuja la imagen más aberrante de su propio encierro. Quizás, en ese ir y venir de un continente a otro, el bardo va delineando un mundo tan absurdo como diabólico que lo empujaría a desentrañar al hombre, al irlo llevando por lugares tan fantasmagóricos; le pondría pruebas y lo atacaría siniestramente para que reconozca sus debilidades, su esencia humana.

Un estudio de Maurice Blanchot acierta que Los Cantos de Maldoror no aceptan mediaciones externas, en sus páginas todo se juega entre el verbo y el lector «enardecido y momentáneamente feroz como lo que lee». Por lo que se percibe una idea de lujo, una máxima que el lector podrá descubrir, y es la irreverencia del personaje principal, la falta de fe (de no domesticación de la fe ante la imagen de Cristo) y la identificación con el mal, el tormento como salvación, como fina ironía del mundo. Estos elementos pudieran ofrecer una visión más cercana de Maldoror para adentrarnos a esas páginas donde el primer párrafo nos advierte del riesgo. Así

queda hecha la propuesta en esta selección del texto que ofrecemos en la editorial Sed de Belleza, convencidos de que la visión del héroe no se limita con ello, pues transcurre y sobrepasa cualquier apretado espacio. Difícil fue llevar al lector el drama que se detalla en estas páginas sin perder el hilo conceptual, recuperando los instantes más definitorios de los cantos. Quitando solo los arabescos, los hechos más insignificantes, en nuestra modesta opinión.

Deleitables han sido las constantes lecturas que asumí para este empeño, en el divertimento del acto. Afloran de ello estas anotaciones como propuesta estética para comprender el universo de Maldoror y esteriotipar el mundo del bardo. El tiempo, ciertamente, ha marcado la renovación de esta obra, que es fuente de inspiración de las vanguardias literarias, en las que confluyen los lenguajes narrativo y lírico. Buscar aberraciones, tormentos, en el feroz infierno que nos ofrece Lautréamont, sería como amontonar historias que no sobrepasan el drama de su personaje principal; refutar algún postulado sobre este poeta sería como asumir un descubrimiento en su lectura. Quizás, pudiera quedar la duda, como a mí, de que entre un canto y otro el bardo siempre estuvo inseguro, pensativo de continuar escribiendo la obra, que, incluso, pudiera tener una continuidad, pues el drama, más que dar solución, nos provoca nuevas interrogantes en las últimas páginas.

Deje llevarse por los cantos, en esta modesta selección, donde la esencia humana es lo que salva al mundo circundante, al hombre, y apresure el camino para dar a Maldoror lo que es de Maldoror y a Dios lo que es de Dios.

LUIS MANUEL PÉREZ-BOITEL

CANTO PRIMERO

Plegue al cielo que el lector, enardecido y momentáneamente feroz como lo que lee, halle, sin desorientarse, su abrupto y salvaje sendero por entre las desoladas ciénagas de estas páginas sombrías y llenas de veneno; pues, a menos que ponga en su lectura una lógica rigurosa y una tensión de espíritu igual, como mínimo, a su desconfianza, las emanaciones mortales de este libro embeberán su alma como azúcar en agua. No es bueno que todo el mundo lea las páginas que siguen; sólo algunos saborearán sin peligro ese fruto amargo. Por lo tanto, alma tímida, antes de adentrarte más por semejantes landas inexploradas, dirige hacia atrás tus pasos y no hacia delante. Escucha bien lo que te digo: dirige hacia atrás tus pasos y no hacia adelante, como la mirada de un hijo se aparta, respetuosamente, de la contemplación augusta de la faz materna; o, mejor, como el ángulo perdiéndose en el horizonte de las friolentas grullas tan meditabundas que, durante el invierno, vuela poderosamente a través del silencio, con todas las velas tendidas, hacia un punto preciso del horizonte de donde, súbitamente, brota un viento extraño y fuerte, precursor de la tormenta. La grulla más vieja, que forma por sí sola la vanguardia, al verlo, mueve su cabeza como una persona razonable y, en consecuencia, también su pico que hace restallar, y no está contenta (tampoco yo lo estaría en su lugar), mientras

su viejo pescuezo, desprovisto de plumas y contemporáneo de tres generaciones de grullas, se agita en irritadas ondulaciones, presagio de la tempestad que se acerca cada vez más. Tras haber mirado, con sangre fría, varias veces a todas partes con ojos que atesoran experiencia, prudentemente, en primer lugar (pues a ella corresponde el privilegio de mostrar las plumas de su cola a las demás grullas de inferior inteligencia), con su grito vigilante de melancólico centinela, para rechazar al enemigo común, vira con flexibilidad el vértice de la figura geométrica (tal vez sea un triángulo, pero no se ve el tercer lado que forman en el espacio esas curiosas aves de paso), bien a babor, bien a estribor, como un hábil capitán; y, maniobrando con alas que no parecen mayores que las de un gorrión, puesto que no es tonta, toma así otro camino filosófico y más seguro.

Lector, tal vez desees que invoque el odio al comienzo de esta obra. ¿Quién te dice que no vas a respirar, bañado en innumerables voluptuosidades, tanto como lo desees, por tus orgullosas fosas nasales, amplias y delgadas, volviéndote panza arriba al igual que un tiburón, en el aire negro y hermoso, como si comprendieras la importancia de este acto y la no menor importancia de tu legítimo apetito, lenta y majestuosamente, sus rojas emanaciones? Te lo aseguro, alegrarán los dos informes agujeros de tu asqueroso hocico, ¡oh!, monstruo, siempre que antes te apliques en respirar tres mil veces seguidas la maldita conciencia del Eterno. Tus fosas nasales se habrán dilatado desmesuradamente de inefable satisfacción, de éxtasis inmóvil, y no pedirán al espacio, embalsamado como con perfumes e incienso, nada mejor; pues se habrán ahitado de felicidad perfecta,

como los ángeles que habitan en la magnificencia y la paz de los agradables cielos.

Estableceré en pocas líneas que Maldoror fue bueno durante sus primeros años en los que vivió feliz; ya está hecho. Advirtió, luego, que había nacido malo: ¡fatalidad extraordinaria! Ocultó su carácter lo mejor que pudo durante muchos años, pero, por fin, a causa de esta concentración que no le era natural, cada día la sangre se le subía a la cabeza, hasta que, sin poder ya soportar semejante vida, se arrojó resueltamente a la carrera del mal... ¡grata atmósfera! ¡Quién lo hubiera dicho!, cuando besaba a un niño pequeño de rostro rosado hubiese querido rebanarle las mejillas con una navaja, y lo habría hecho con frecuencia si Justicia, con su largo cortejo de castigos, no se lo hubiera impedido cada vez. No era mentiroso, confesaba la verdad y decía que era cruel. Humanos, ¿habéis oído?, ¡se atreve a repetirlo con esta pluma temblorosa! De modo que existe un poder más fuerte que la voluntad... ¡Maldición! ¿Querrá la piedra sustraerse a las leyes de la gravedad? Imposible. Imposible que el mal quiera aliarse con el bien. Es lo que antes he afirmado.

Los hay que escriben para conseguir los aplausos humanos, gracias a las nobles cualidades del corazón que la imaginación inventa o que pueden poseer. Yo, por mi parte, me sirvo del genio para pintar las delicias de la crueldad. Delicias ni efímeras ni artificiales, por el contrario, comenzaron con el hombre y terminarán con él. ¿No puede el genio aliarse con la crueldad en los secretos designios de la Providencia?, ¿o, acaso, el ser cruel impide tener genio? En mis palabras

se hallará la prueba; sólo de vosotros depende escucharme, si así lo deseáis... Perdón, he creído que los cabellos se habían erizado en mi cabeza, pero no es nada, pues he conseguido fácilmente, con mi mano, colocarlos de nuevo en su posición inicial. El que canta no pretende que sus cavatinas permanezcan desconocidas, por el contrario, se envanece de que los pensamientos altivos y malvados de sus héroes estén en todos los hombres.

He visto, durante toda mi vida, a los hombres de estrechos hombros, sin exceptuar uno solo, cometer actos estúpidos y numerosos, embrutecer a sus semejantes y pervertir las almas por todos los medios. Llamen «gloria» a los motivos de sus acciones. Viendo tales espectáculos quise reír como los demás, pero eso, extraña imitación, era imposible. Tomé una navaja cuya hoja tenía un filo acerado y me abrí las carnes en los lugares donde se unen los labios. Por un instante creí alcanzado mi objetivo. Miré en un espejo esa boca lacerada por mi propia voluntad. ¡Era un error! La sangre que corría en abundancia de ambas heridas impedía, además, distinguir si aquella era en realidad la risa de los demás. Pero, tras unos momentos de comparación, vi que mi risa no se parecía a la de los humanos, es decir, que no me reía. He visto a los hombres de fea cabeza y horribles ojos hundidos en las oscuras órbitas, superar la dureza de la roca, la rigidez del acero fundido, la crueldad del tiburón, la insolencia de la juventud, el insensato furor de los criminales, las traiciones del hipócrita, a los más extraordinarios comediantes, la fortaleza de carácter de los curas y a los seres más ocultos para el exterior, los más fríos de los mundos y del cielo; fatigar a los

moralistas hasta descubrir su corazón y hacer que caiga sobre ellos la cólera implacable de las alturas. Les he visto, todos a una, dirigiendo, unas veces, al cielo el más robusto puño, como el de un niño perverso ya contra su madre, excitados probablemente por algún espíritu infernal, con los ojos llenos de un remordimiento urente y rencoroso al mismo tiempo, en un silencio glacial, sin osar emitir las vastas e ingratas meditaciones que su seno albergaba, tan llenas de injusticia y horror estaban, y entristecer así de compasión al Dios de misericordia; otras, en todo instante del día, desde el comienzo de la infancia hasta el fin de la vejez, esparciendo increíbles anatemas, sin sentido común alguno, contra todo cuanto respira, contra sí mismo y contra la Providencia, prostituir a las mujeres y los niños y deshonar, así, las partes del cuerpo consagradas al pudor. Entonces, los mares levantan sus aguas, engullen los maderos en sus abismos; los huracanes, los terremotos derriban las casas; la peste, las diversas enfermedades diezman las rezadoras familias. Pero los hombres no lo advierten. Les he visto, también, ruborizándose, palideciendo de vergüenza por su conducta en esta tierra; raras veces. Tempestades, hermanas de los huracanes; azulado firmamento cuya fuerza no admito; hipócrita mar, imagen de mi corazón; tierra de misterioso seno; habitantes de las esferas; universo entero; Dios que lo creaste con magnificencia, a ti te invoco: ¡muéstrame a un hombre que sea bueno!... Pero que tu gracia multiplique mis fuerzas naturales, pues ante el espectáculo de semejante monstruo puedo morir de asombro; por menos se ha muerto.

Hay que dejarse crecer las uñas durante quince días. ¡Oh!, qué dulce resulta, entonces, arrancar

brutalmente del lecho a un niño que nada tenga todavía sobre el labio superior y con los ojos muy abiertos simular que se pasa suavemente la mano por su frente, echando hacia atrás sus hermosos cabellos. Luego, de pronto, cuando menos lo espera, hundir las largas uñas en su tierno pecho, cuidando de que no muera; pues si muriese, no se tendría más tarde el espectáculo de sus miserias. A continuación, se bebe la sangre lamiendo sus heridas, y durante ese tiempo, que debiera ser largo como larga es la eternidad, el niño llora. Nada es mejor que su sangre extraída como acabo de explicar y caliente todavía, salvo sus lágrimas, amargas como la sal. Hombre, ¿no has probado nunca el sabor de tu sangre cuando, por azar, te has cortado un dedo? Qué buena es, ¿verdad?; pues no tiene gusto alguno. Además, ¿no recuerdas haberte llevado un día, entre lúgubres reflexiones, la mano, como profunda copa, a tu enfermizo rostro mojado por lo que de tus ojos caía; mano que luego se dirigió fatalmente a tu boca, para beber a largos tragos, en esta copa, temblorosa como los dientes del alumno que mira de soslayo a quien nació para oprimirle, las lágrimas? Qué buenas son, ¿verdad?, pues tienen el sabor del vinagre. Diríanse las lágrimas de la que más ama, pero las lágrimas del niño tienen mejor paladar. Él no traiciona, al no conocer todavía el mal: la que más ama acaba traicionando tarde o temprano... Lo adivino por analogía, aunque ignoro lo que sea amistad o amor (es probable que nunca los acepte; al menos viniendo de la raza humana). Así, puesto que tu sangre y tus lágrimas no te disgustan, aliméntate, aliméntate confiadamente con las lágrimas y la sangre del adolescente. Véndale los ojos, mientras desgarras sus palpitantes carnes, y, tras haber

escuchado durante largas horas sus sublimes gritos, parecidos a los hirientes estertores que lanzan en una batalla los gaxnates de los heridos agonizantes, entonces, tras haberte apartado como un alud, saldrás corriendo de la vecina alcoba y fingirás acudir en su ayuda. Le desatarás las manos de hinchados nervios y venas, devolverás la vista a sus extraviados ojos, lamiendo de nuevo sus lágrimas y su sangre. ¡Qué auténtico es, entonces, el arrepentimiento! La chispa divina que brilla en nosotros, y que tan raras veces se muestra, aparece; ¡pero demasiado tarde! Cómo se conmueve el corazón al poder consolar al inocente a quien se ha hecho daño. «Adolescente que acabas de sufrir crueles dolores, ¿quién ha podido cometer en ti un crimen que no sé cómo calificar? ¡Infeliz! ¡Cuánto debes de sufrir! Y si tu madre lo supiera, no estaría más cerca de la muerte, tan aborrecida por los culpables, de lo que ahora estoy yo. ¡Ay!, ¿qué son, pues, el bien y el mal? ¿Son acaso una misma cosa con la que damos, rabiosamente, testimonio de nuestra impotencia y de nuestra pasión por alcanzar el infinito, aun con los medios más insensatos? ¿O son dos cosas distintas? Sí... Mejor que sean una sola cosa... pues, de lo contrario, ¿qué sería de mí el día del juicio? Adolescente, perdóname; ha sido el que está ante tu rostro, noble y sagrado, quien te ha quebrado los huesos y desgarrado las carnes que penden en distintos lugares de tu cuerpo. ¿Es un delirio de mi razón enferma, es un instinto secreto que no depende de mi razonamiento, como el del águila que desgarrar su presa, lo que me ha llevado a cometer tal crimen?; ¡y, sin embargo, he sufrido tanto como mi víctima! Adolescente, perdóname. Una vez abandonada esta vida pasajera, deseo que permanezcamos abrazados

por toda la eternidad, que formemos un solo ser, con mi boca pegada a la tuya. Ni siquiera así mi castigo será completo. Me desgarrarás, entonces, sin detenerte nunca, con tus dientes y tus uñas a la vez. Adornaré mi cuerpo con perfumadas guirnaldas para este holocausto expiatorio, y ambos sufriremos, yo, al ser desgarrado; tú, por desgarrarme... con mi boca pegada a la tuya. ¡Oh!, adolescente de rubios cabellos, de tan dulces ojos, ¿harás ahora lo que te aconsejo? Quiero, a tu pesar, que lo hagas y así complacerás mi conciencia.» Tras haber hablado así, habrás hecho daño a un ser humano y, al mismo tiempo, serás amado por él: es la mayor felicidad que pueda concebirse. Más tarde, podrás llevarle al hospicio, pues el tullido no podrá ganarse la vida. Te llamarán bueno, y las coronas de laurel y las medallas de oro ocultarán tus pies desnudos, sembrados en la gran tumba, al anciano rostro. ¡Oh!, tú, cuyo nombre no quiero escribir en esta página que consagra la santidad del crimen, sé que tu perdón fue inmenso como el universo. ¡Pero yo sigo existiendo!

[...]

Al claro de la luna, cerca del mar, en los aislados lugares de la campiña, se ve, cuando uno está sumido en amargas reflexiones, que todas las cosas revisten formas amarillas, indecisas, fantásticas. La sombra de los árboles, rápida unas veces, lenta otras, corre, va y viene de distintas formas, aplandándose, pegándose a la tierra. En aquel tiempo, cuando me llevaban las alas de la juventud, eso me hacía soñar, me parecía extraño; ahora estoy acostumbrado a ello. El viento gime a través de las hojas con sus lánguidas notas y el búho entona su grave

lamento que eriza los cabellos de quienes lo escuchan. Entonces, los perros, enfurecidos, rompen sus cadenas, se escapan de las lejanas granjas, corren por la campiña, aquí y allá, presas de la locura». De pronto, se detienen, miran a todos lados con hosca inquietud y los ojos encendidos, y, al igual que los elefantes, antes de morir, dirigen en el desierto una postrera mirada al cielo, elevando desesperadamente su trompa, dejando caer inertes sus orejas, los perros dejan caer inertes sus orejas, levantan la cabeza, hinchan el terrible cuello y rompen a ladrar, unas veces, como un niño que grita de hambre; otras, como un gato herido en el vientre sobre un tejado; otras, como una mujer que va a dar a luz; otras, como un moribundo apestado en el hospital; otras, como una muchacha que canta una sublime melodía contra las estrellas del norte, contra las estrellas del este, contra las estrellas del sur, contra las estrellas del oeste; contra la luna; contra las montañas que semejan, a lo lejos, gigantescos roquedales que yacen en la oscuridad; contra el aire frío que aspiran a plenos pulmones y que vuelve rojo y ardiente el interior de su nariz; contra el silencio de la noche; contra las lechuzas, cuyo vuelo oblicuo roza su hocico, llevando una rata o una rana en el pico, alimento vivo, dulce, para sus pequeñuelos; contra las liebres, que desaparecen en un abrir y cerrar de ojos; contra el ladrón que huye auña de caballo tras haber cometido un crimen; contra las serpientes que, agitando los brezales, les hacen temblar la piel y rechinar de dientes; contra sus propios ladridos que les dan miedo; contra los sapos, a los que destrozan de una seca dentellada (¿por qué se han alejado tanto de la ciénaga?); contra los árboles cuyas hojas, suavemente acunadas, son

otros tantos misterios que no comprenden, que quieren descubrir con sus ojos fijos, inteligentes; contra las arañas, suspendidas entre sus largas patas, que trepan a los árboles para huir; contra los cuervos que no han encontrado durante el día nada que comer y que regresan al nido con las alas fatigadas; contra las rocas de la orilla; contra los fuegos que aparecen en los mástiles de invisibles navíos; contra el sordo ruido de las olas; contra los grandes peces que, nadando, muestran su negro lomo y se hunden, luego, en el abismo; y contra el hombre que los hace esclavos. Tras ellos, comienzan de nuevo a correr por la campiña, saltando con sus patas ensangrentadas por encima de los fosos, los caminos, los campos, las hierbas y las escarpadas piedras. Diríase que sufren de la rabia, que buscan un gran estanque para apaciguar su sed. Sus prolongados aullidos aterrorizan a la naturaleza. ¡Ay, del viajero rezagado! Los amigos de los cementerios se arrojarán sobre él, le desgarrarán, le devorarán con su boca de la que chorrea sangre; pues sus colmillos no están dañados. Los animales salvajes, sin atreverse a acercarse para participar en aquel banquete de carne, huyen, temblorosos, hasta perderse de vista. Tras unas horas, los perros, derrengados por tanto correr de un lado a otro, casi muertos, con la lengua colgando de su boca, se arrojan unos contra otros, sin saber lo que hacen, y se desgarran en mil jirones con increíble rapidez. No lo hacen por crueldad. Cierta día, con los ojos vidriosos, mi madre me dijo: «Cuando estés en tu lecho y escuches los ladridos de los perros en la campiña, ocúltate bajo tus mantas, no te burles de lo que hacen: tienen sed insaciable de infinito, como tú, como yo, como todos los demás humanos de rostro pálido

y alargado. Te autorizo, incluso, a ponerte ante la ventana para contemplar este espectáculo que es bastante sublime.» Desde entonces, respeto el deseo de la muerta. Como los perros, siento necesidad de infinito... ¡Y no puedo, no puedo satisfacer esta necesidad! Soy hijo del hombre y de la mujer, según me han dicho. Me sorprende... ¡creía ser más! Por lo demás, ¿qué importa de dónde vengo? Si hubiera dependido de mi voluntad, habría preferido ser el hijo de la hembra del tiburón, cuyo apetito es amigo de las tempestades, y del tigre de reconocida crueldad: no seré tan malvado. Vosotros que me miráis, alejaos de mí, pues mi aliento exhala un aire envenenado. Nadie ha visto todavía las verdes arrugas de mi frente, ni los salientes huesos de mi demacrado rostro, parecidos a las espinas de algún gran pez, o a las rocas que cubren la orilla del mar, o a las abruptas montañas alpinas que recorrí a menudo, cuando cubrían mi cabeza cabellos de otro color. Y cuando merodeo en torno a las habitaciones de los hombres, durante las noches tormentosas, con los ojos ardientes, flagelados los cabellos por el viento de las tempestades, aislado como una piedra en el camino, cubro mi ajado semblante con un pedazo de terciopelo negro como el hollín que llena el interior de las chimeneas: los ojos no deben ser testigos de la fealdad que el Ser supremo, con una sonrisa de poderoso odio, puso en mí. Cada mañana, cuando para los demás se levanta el sol, derramando el gozo y el calor salutarios sobre toda la naturaleza, mientras ninguno de mis rasgos se mueve, mirando fijamente el espacio lleno de tinieblas, acurrucado en el fondo de mi amada caverna, presa de una desesperación que me embriaga como el vino, lacero con poderosas manos mi

pecho hecho jirones. ¡Y, sin embargo, siento que no tengo la rabia! ¡Y, sin embargo, siento que no soy el único que sufre! ¡Y, sin embargo, siento que respiro! Como un condenado que ejercita sus músculos, pensando en la suerte que les espera, y que pronto subirá al cadalso, de pie en mi lecho de paja, con los ojos cerrados, giro lentamente mi cuello de derecha a izquierda, de izquierda a derecha durante horas enteras; y no caigo muerto. A veces, cuando mi cuello no puede seguir girando en el mismo sentido, cuando se detiene para comenzar a girar en sentido opuesto, miro súbitamente al horizonte a través de los escasos intersticios dejados por la espesa maleza que cubre la entrada: ¡y no veo nada! Nada... salvo las campañas que danzan en torbellino con los árboles y las largas hileras de pájaros que cruzan los aires. Eso me turba sangre y cerebro... ¿Quién me golpea, pues, con una barra de hierro en la cabeza, como un martillo que golpeará el yunque?

Me propongo, sin estar conmovido, declamar a grandes voces la seria y fría estrofa que vais a oír. Prestad atención a su contenido y guardaos de la penosa impresión que, sin duda, dejará, como una magulladura, en vuestras turbadas imaginaciones. No creáis que estoy a punto de morir, pues no soy todavía un esqueleto y la vejez no se ha pegado a mi frente. Dejemos, pues, de lado cualquier idea de comparación con el cisne cuando su existencia huye, y no veáis ante vosotros más que a un monstruo cuyo semblante me satisface que no podáis percibir, aunque es menos horrible que su alma. Sin embargo, no soy un criminal... Basta ya de este tema. No hace todavía mucho tiempo que volví a ver el mar y hollé el puente de los

bajeles, y mis recuerdos son vívidos como si los hubiera dejado ayer. Permaneced, no obstante, si os es posible, tan tranquilos como yo durante esta lectura que me arrepiento ya de ofrecerlos, y no os ruboricéis al pensar en lo que es el corazón humano. ¡Oh, pulpo de mirada de seda!, tú, cuya alma es inseparable de la mía; tú, el más hermoso de los habitantes del globo terrestre que gobiernas un serrallo de cuatrocientas ventosas; tú, en quien habitan noblemente, como en su natural residencia, de común acuerdo, con indestructible vínculo, la dulce virtud comunicativa y las gracias divinas, ¿por qué no estás conmigo, con tu vientre de mercurio contra mi pecho de aluminio, sentados ambos en algún roquedal de la orilla, para contemplar ese espectáculo que adoro? [...]

No me verán, cuando llegue mi última hora (y escribo esto en mi lecho de muerte), rodeado de curas. Quiero morir acunado por las olas del mar tempestuoso, o de pie sobre la montaña... con la mirada fija en lo alto; no sé que mi aniquilación será completa. Además, no puedo esperar gracia alguna. ¿Quién abre la puerta de mi cámara funeraria? Había dicho que nadie entrara. Seáis quien seáis, alejaos, pero si creéis percibir algún signo de dolor o de miedo en mi rostro de hiena (utilizo esta comparación, aunque la hiena sea más hermosa que yo y más agradable a la vista), desengañaos: que se acerque. Estamos en una noche de invierno cuando los elementos chocan entre sí por todas partes; el hombre tiene miedo y el adolescente medita cierto crimen contra uno de sus amigos, si es lo que yo fui en mi juventud. Que el viento, cuyos quejumbrosos silbidos entristecen a la humanidad, desde que viento y humanidad existen, instantes antes de la postrera

agonía, me lleve sobre los huesos de sus alas, a través del mundo impaciente por mi muerte. Gozaré, todavía, en secreto, de los numerosos ejemplos de la maldad humana (a un hermano le gusta ver, sin ser visto, los actos de sus hermanos). El águila, el cuervo, el inmortal pelícano, el pato salvaje, la grulla viajera, despiertos, tiritando de frío, me verán pasar a la luz de los relámpagos, espectro horrible y satisfecho. No sabrán lo que significa. En la tierra, la víbora, el grueso ojo del sapo, el tigre, el elefante; en la mar, la ballena, el tiburón, el pez martillo, la informe raya, el colmillo de la foca polar, se preguntarán qué significa esta derogación de la ley de la naturaleza. El hombre, temblando, pegará su frente a la tierra en medio de sus gemidos. «Sí, a todos os supero por mi innata crueldad, crueldad cuya desaparición no ha dependido de mí. ¿Acaso por ello os mostráis ante mí así prosternados?, ¿o es, tal vez, porque me veis recorrer, fenómeno nuevo, como un terrible cometa, el espacio ensangrentado? (Cae una lluvia sangrienta de mi vasto cuerpo, semejante a una nube negruzca empujada por el huracán.) No temáis, niños, no quiero maldeciros. El mal que me habéis hecho es demasiado grande, demasiado grande el mal que os he hecho para ser liberados. Vosotros habéis caminado por vuestra senda; yo, por la mía, semejantes ambas, ambas perversas por la fuerza, dada la similitud de carácter, tuvimos que encontrarnos; el choque resultante nos fue recíprocamente fatal.» [...]

Una familia rodea una lámpara puesta sobre la mesa:

- Hijo mío, dame las tijeras que hay en esta silla.
- No están, madre.
- Ve, entonces, a buscarlas a la otra habitación.

¿Recuerdas, mi dulce dueño, aquella época en la que hacíamos votos para tener un hijo en el que renacer por segunda vez y que fuera el sostén de nuestra vejez?

—La recuerdo, y Dios los ha escuchado. No podemos quejarnos de nuestra suerte en esta vida. Cada día bendecimos a la Providencia por sus beneficios. Nuestro Edouard tiene todas las gracias de su madre.

—Y las viriles cualidades de su padre.

—Aquí están las tijeras, madre; por fin las he encontrado.

Vuelve a su trabajo... Pero alguien se encuentra en la puerta de entrada y contempla, por unos instantes, el cuadro que se ofrece a sus ojos:

—¡Qué significa este espectáculo! Hay mucha gente menos feliz que esta. ¿En qué razonamiento fundan su amor por la existencia? Aléjate, Maldoror, de este hogar apacible; tu lugar no es este.

¡Se ha retirado!

—No sé qué me ocurre, pero siento que las facultades humanas combaten en mi corazón. Mi alma está inquieta y no sé por qué, la atmósfera es pesada.

—Mujer, siento tus mismas sensaciones, temo que nos suceda alguna desgracia. Confiemos en Dios que es la suprema esperanza.

—Madre, apenas puedo respirar, me duele la cabeza.

—¡También tú, hijo mío! Te mojaré la frente y las sienes con vinagre.

—No, mi buena madre...

Vedle; fatigado, apoya su cuerpo en el respaldo de la silla.

—Algo que no sé explicar se revuelve en mí. Ahora cualquier cosa me contraría.

—¡Qué pálido estás! ¡No llegará el fin de esta velada sin que algún acontecimiento funesto nos hunda a los tres en el lago de la desesperación!

Oigo, a lo lejos, gritos prolongados del más punzante dolor.

—¡Hijo mío!

—¡Ah, madre!... ¡tengo miedo!

—Dime pronto si sufres.

—No sufro, madre... No digo la verdad.

El padre no sale de su asombro:

—He aquí unos gritos que se oyen, a veces, en el silencio de las noches sin estrellas. Aunque oigamos esos gritos, el que los lanza, sin embargo, no está cerca de aquí; pues tales gemidos pueden escucharse a tres leguas de distancia, transportados por el viento de una ciudad a otra. Con frecuencia me habían hablado del fenómeno, pero nunca había tenido ocasión de juzgar personalmente su veracidad. Mujer, me hablas de desgracias. Si ha existido, en la larga espiral del tiempo, una desgracia real, es la desgracia de quien turba ahora el sueño de sus semejantes.

Oigo, a lo lejos, gritos prolongados del más punzante dolor.

—Plegue al cielo que su nacimiento no sea una calamidad para su país que le ha arrojado de su seno. Va de lugar en lugar, aborrecido por todos. Unos dicen que le abrumba una especie de locura original desde su infancia. Otros creen saber que es de una crueldad extrema e instintiva, de la que él mismo se avergüenza, y que, por ello, sus padres murieron de dolor. Uno pretende que en su juventud le afrentaron dándole un apodo, que permaneció inconsolable ya, el resto de su existencia, porque su dignidad herida vio en ello una

prueba flagrante de la maldad de los hombres, que aparece en los primeros años para ir aumentando luego. Ese apodo era: el vampiro.

Oigo, a lo lejos, gritos prolongados del más punzante dolor.

— Añaden que días y noches, sin tregua ni reposo, horribles pesadillas hacen que mane sangre de su boca y sus orejas; y que los espectros se sientan a la cabecera de su cama para arrojarle a la cara, impulsados a su pesar por una fuerza desconocida, unas veces, con voz suave; otras, con voz semejante a los rugidos de los combates, con implacable persistencia, ese apodo siempre vivaz, siempre horrendo, y que sólo perecerá con el universo. Algunos han afirmado, incluso, que el amor le ha reducido a ese estado, o que tales gritos son prueba de su arrepentimiento por algún crimen sepultado en la noche de su misterioso pasado. Pero la mayoría piensa que le tortura un orgullo inconmensurable, como antaño a Satán, y que quisiera igualar a Dios...

Oigo a lo lejos gritos prolongados del más punzante dolor.

— Hijo mío, estas son excepcionales confidencias. Lamento que a tu edad las hayas escuchado y espero que no imites nunca a ese hombre.

— Habla, ¡oh!, Edouard mío. Responde que no imitarás nunca a ese hombre.

— ¡Oh!, madre bien amada, a quien debo la vida, te prometo, si la santa promesa de un niño tiene algún valor, no imitar nunca a ese hombre.

— Perfecto, hijo mío, hay que obedecer en todo a la propia madre.

No se oyen ya los gemidos.

—Mujer, ¿has terminado tu trabajo?

—Me falta dar unas puntadas a esta camisa, aunque hayamos prolongado hasta muy tarde la velada.

—Tampoco yo he terminado un capítulo que había comenzado. Aprovechemos los últimos destellos de la lámpara, pues casi no queda aceite, y acabemos nuestro respectivo trabajo...

El hijo exclama:

—¡Si Dios quiere!

—Ángel radiante, ven a mí. Te pasearás por el prado, de la mañana a la noche; no trabajarás nunca. Mi magnífico palacio tiene muros de plata, columnas de oro y puertas de diamantes. Te acostarás cuando quieras, a los sonos de una música celestial, sin rezar tus oraciones. Cuando por la mañana el sol muestre sus resplandecientes rayos, y la alegre alondra se lleve consigo, hasta perderse de vista por los aires, su grito, podrás permanecer en la cama hasta fatigarte. Caminarás por las más preciosas alfombras. Te envolverá, constantemente, una atmósfera compuesta por las perfumadas esencias de las flores más olorosas.

—Es hora ya de que el cuerpo y el espíritu descansen. Levántate, madre de familia, sobre tus musculosos tobillos. Es justo que tus rígidos dedos suelten la aguja del excesivo trabajo. Los extremos nada bueno tienen.

—¡Oh!, ¡qué dulce será tu existencia! Te daré un anillo encantado. Cuando le des vuelta a su rubí, te volverás invisible como los príncipes en los cuentos de hadas.

—Devuelve tus armas cotidianas al armario protector, mientras, por mi lado, arreglo mis cosas.

—Cuando lo pongas de nuevo en la posición original, reaparecerás tal como la naturaleza te ha

formado, ¡oh!, joven mago. Y eso porque te amo y deseo darte la felicidad.

—Vete, seas quien seas; no me tomes de los hombros.

—Hijo mío, no te duermas aún acunado por los sueños de la infancia: la oración en común no ha comenzado todavía y tus ropas no han sido cuidadosamente colocadas en una silla... ¡De rodillas! Eterno creador del universo, muestras tu inagotable bondad hasta en las más pequeñas cosas.

—¿No te gustan, pues, los límpidos arroyuelos por los que se deslizan miles de pececillos rojos, azules y plateados? Los atraparás con una red tan hermosa que los atraerá por sí sola, hasta que esté bien llena. Verás, desde la superficie, relucientes guijarros más pulidos que el mármol.

—Madre, mira esas zarpas; desconfío de él, pero mi conciencia está tranquila pues nada tengo que reprocharme.

—Henos aquí, postrados a tus pies, abrumados por el sentimiento de tu grandeza. Si algún pensamiento orgulloso se insinúa en nuestra imaginación, lo rechazamos enseguida con la saliva del desdén y te lo sacrificamos irremisiblemente.

—Te bañarás en él acompañado por chiquillas que te tomarán en sus brazos. Una vez terminado el baño, te trenzarán coronas de rosas y claveles. Tendrán alas transparentes de mariposa y cabellos de ondulada longitud flotando en torno a su gentil frente.

—Aunque tu palacio fuera más hermoso que el cristal, no dejaría esta casa para seguirte. Creo que eres sólo un impostor, pues me hablas en voz tan baja por miedo a que te oigan. Abandonar a los padres es una mala acción. No seré un hijo ingrato. Y tus chiquillas no son tan hermosas como los ojos de mi madre.

—Hemos consumido toda nuestra vida cantando tu gloria. Así hemos sido hasta hoy, así seremos hasta que recibamos de ti la orden de abandonar esta tierra.

—Te obedecerán al menor gesto y sólo pensarán en complacerte. Si deseas el pájaro que nunca reposa, te lo traerán; si deseas el coche de nieve que lleva hasta el sol, en un abrir y cerrar de ojos te lo traerán. ¡Qué podrían negarte! Te traerían, incluso, la cometa, grande como una torre, oculta en la luna y de cuya cola están suspendidos con hilos de seda, pájaros de todas las especies. Ten cuidado... escucha mis consejos.

—Haz lo que desees; no quiero interrumpir la oración para pedir socorro. Aunque tu cuerpo se evapore cuando quiero apartarlo, sabe que no te temo.

—Ante ti nada es grande, sino la llama que exhala un corazón puro.

—Piensa en lo que te he dicho si no quieres arrepentirte.

—Padre celestial, conjura, conjura las desgracias que pueden caer sobre nuestra familia.

—¿De modo, espíritu malvado, que no quieres retirarte?

—Protege a esa esposa querida que me ha consolado en mis desalientos...

—Puesto que me rechazas, te haré llorar y rechinar de dientes como un ahorcado.

—Y a ese hijo amante, cuyos castos labios apenas se entreabren a los besos de la aurora de la vida.

—Madre, me estrangula... Padre, socorredme... No puedo ya respirar... ¡vuestra bendición!

Un grito de inmensa ironía se eleva por los aires. Ved cómo las águilas aturdidas caen de entre las

nubes, dando vueltas sobre sí mismas, literalmente fulminadas por la columna de aire.

—Su corazón no late ya... Y ella ha muerto junto al fruto de sus entrañas, fruto al que ya no reconoce, tanto se ha desfigurado... ¡Esposa mía!... ¡Hijo mío!... Recuerdo un tiempo lejano en el que fui esposo y padre.

Se había dicho, ante el cuadro que se ofrecía a sus ojos, que no soportaría tamaña injusticia. Si es eficaz el poder que le han concedido los espíritus infernales o, mejor, el que extrae de sí mismo, aquel niño, antes de que la noche terminara, no debía ya existir.

El hermano de la sanguijuela caminaba con lentos pasos por el bosque. Se detiene varias veces abriendo la boca para hablar. Pero cada vez que lo intenta se le hace un nudo en la garganta y no deja pasar el abortado esfuerzo. Por fin, exclama: «Hombre, cuando encuentras un perro muerto boca arriba, apoyado en una exclusiva que le impide partir, no vayas como los demás a coger con tu mano los gusanos que brotan de su hinchado vientre para mirarlos con asombro, abrir una navaja y despedazarlos en gran número, diciéndote que tú no serás más que ese perro. ¿Qué misterio buscas? Ni yo ni las cuatro aletas natatorias del oso marino en el océano Boreal hemos podido resolver el problema de la vida. Ten cuidado, la noche se acerca y estás ahí desde la mañana. ¿Qué dirá tu familia, con tu hermanita, si llegas tan tarde? Lávate las manos, reemprende el camino que lleva adonde duermes... ¿Quién es ese ser, allí, en el horizonte, que se atreve a acercarse a mí sin miedo, con saltos oblicuos y atormentados, ¡y qué majestad la suya, mezclada con serena dulzura! Su mirada, aunque dulce, es profunda. Sus enormes párpados juegan con la

brisa y parecen vivir. No le conozco. Mirando sus monstruosos ojos, mi cuerpo tiembla; es la primera vez desde que succioné los secos pechos de lo que denominan madre. Tiene a su alrededor una especie de aureola de luz resplandeciente. Cuando ha hablado, toda la naturaleza ha enmudecido, experimentando un gran estremecimiento. Puesto que te complace acercarte a mí, como atraído por un imán, no me opondré a ello. ¡Qué hermoso es! Me disgusta decirlo. Debes de ser poderoso, pues tienes un rostro más que humano, triste como el universo, bello como el suicidio. Te aborrezco con todas mis fuerzas, y prefiero ver una serpiente, enroscada a mi cuello desde el comienzo de los tiempos, que contemplar tus ojos... ¡Cómo!, eres tú, sapo... ¡grueso sapo!... ¡sapo infortunado!... ¡perdóname!... ¡perdóname!... ¿Qué vienes a hacer en esta tierra donde moran los malditos? Pero ¿qué has hecho de tus pústulas viscosas y fétidas para tener tan dulce aspecto? Cuando, por una orden superior, descendiste de lo alto con la misión de consolar a las distintas razas de seres existentes, te abatiste sobre la tierra con la rapidez del milano sin que tus alas estuvieran cansadas tras tan larga, magnífica carrera; ¡te vi!, ¡pobre sapo!, Cómo pensé, entonces, en el infinito al mismo tiempo que en mi debilidad. «Uno más que es superior a los de la tierra, me decía, y eso por voluntad divina. ¿Por qué no lo soy yo también? ¿A qué viene esa injusticia de los decretos supremos? ¡Insensato es el Creador que, sin embargo, es el más fuerte y cuya cólera es terrible!» Desde que apareciste ante mí, ¡monarca de las ciénagas y los estanques!, cubierto de una gloria que sólo a Dios pertenece, me consolaste en parte, pero mi vacilante razón se abisma ante tanta grandeza. ¿Quién eres,

pues? ¡Quédate... ¡oh!, quédate todavía en esta tierra! Pliega tus blancas alas y no mires a lo alto con párpados inquietos... ¡Y si te vas, partamos juntos!» El sapo se sentó sobre sus muslos posteriores (¡que tanto se parecen a los del hombre!) y, mientras las babosas, las cucarachas y los caracoles, huían a la vista de su enemigo mortal, tomó la palabra en estos términos: «Escúcheme, Maldoror. Fíjate en mi semblante, tranquilo como un espejo, creo poseer una inteligencia igual a la tuya. Un día me llamaste el sostén de tu vida. Desde entonces nunca he traicionado la confianza que habías depositado en mí. Soy sólo un simple habitante de los cañaverales, es cierto; pero gracias a tu propio contacto, tomando sólo lo que de bello había en ti, mi razón se ha engrandecido y puedo hablarte. Me acerqué a ti para apartarte del abismo. Quienes se llaman tus amigos te miran, heridos por la consternación, cada vez que te encuentran, pálido y encorvado, en los teatros, en las plazas públicas, en las iglesias o sujetando, con dos nerviosos muslos, ese caballo que sólo galopa de noche, mientras lleva a su dueño-fantasma envuelto en un largo manto negro. Abandona esos pensamientos que dejan tu corazón vacío como un desierto; son más ardientes que el fuego. Tu espíritu está tan enfermo que no lo advierte y piensas hallarte en tu estado natural cada vez que de tu boca brotan palabras insensatas, aunque llenas de infernal grandeza. ¡Infortunado!, ¿qué has dicho desde el día de tu nacimiento? ¡Oh!, triste resto de una inteligencia inmortal, que con tanto amor había creado Dios. ¡Sólo has engendrado maldiciones más horribles que la visión de hambrientas panteras! Preferiría tener soldados los párpados, que mi cuerpo careciera de piernas y brazos, haber asesinado a un hombre, antes que

ser tú. Porque te odio. ¿Por qué tener este carácter que me asombra? ¿Con qué derecho vienes a esta tierra para ridiculizar a quienes la habitan, podrido despojo, agitado por el escepticismo? Si no estás a gusto, debes regresar a las esferas de donde vienes. Un habitante de las ciudades no debe residir en la aldea, como un extranjero. Sabemos que en los espacios existen esferas más vastas que la nuestra y cuyos espíritus tienen una inteligencia que nosotros ni siquiera podemos concebir. Pues bien, ¡vete!... ¡aléjate de este suelo móvil!... Muestra por fin tu esencia divina, que hasta hoy has ocultado, y, lo antes posible, dirige tu vuelo ascendente hacia tu esfera, que no te envidiamos, ¡orgulloso de ti! Pues no he logrado saber si eres un hombre o más que un hombre. Por lo tanto, adiós, no esperes ya encontrar al sapo en tu camino. Has sido la causa de mi muerte. Parto hacia la eternidad, para implorar tu perdón.»

Si alguna vez tiene lógica fijarse en la apariencia de los fenómenos, este primer canto termina aquí. No seáis severo con quien sólo está, todavía, probando su lira: ¡tiene un sonido tan extraño! Sin embargo, si queréis ser imparcial, reconoceréis ya la poderosa impronta entre sus imperfecciones. Por lo que a mí respecta, me pondré de nuevo a trabajar para que pueda aparecer un segundo canto en un lapso que no sea muy grande. El final del siglo diecinueve verá su poeta (sin embargo, al principio, no debe comenzar por una obra maestra, sino seguir la ley de la naturaleza); ha nacido en las riberas americanas, en la desembocadura del Plata, donde dos pueblos, rivales antaño, se esfuerzan hoy en superarse por medio del progreso material y moral. Buenos Aires, la reina del

Sur, y Montevideo, la coqueta, se tienden una mano amiga a través de las aguas argentinas del gran estuario. Pero la eterna guerra ha levantado su imperio destructor en las campiñas, y cosecha con gozo numerosas víctimas. Adiós, anciano, y piensa en mí si me has leído. Tú, joven, no desesperes, pues, pese a tu opinión contraria, tienes en el vampiro un amigo. Contando el ácaro sarcopte que produce la sarna, tendrás ya dos amigos.

CANTO SEGUNDO

¿Dónde quedó aquel primer canto de Maldoror, desde que su boca, llena de hojas de belladona, lo dejó escapar a través de los reinos de la cólera en un momento de reflexión? ¿Dónde quedó ese canto...? No se sabe con certeza. Ni los árboles ni los vientos lo guardaron. Y la moral, que pasaba por aquel lugar, sin advertir que tenía en aquellas páginas incandescentes un defensor enérgico, lo vio dirigirse, con paso firme y seguro, hacia los oscuros recovecos y las fibras secretas de las conciencias. La ciencia da por sentado, al menos, que desde entonces el hombre de rostro de sapo no se reconoce ya a sí mismo y cae, a menudo, en accesos de furor que le hacen parecer una bestia de los bosques. No es suya la culpa. Siempre había creído, con los párpados inclinados por el peso de las resedas de la modestia, que sólo estaba compuesto de bien y una mínima cantidad de mal. Bruscamente le enseñé, descubriendo a plena luz su corazón y sus tramas, que, por el contrario, sólo está compuesto de mal y una mínima cantidad de bien, cuya evaporación apenas pueden evitar los legisladores. Querría, yo que nada nuevo le enseño, que no sintiera una eterna vergüenza ante mis amargas verdades, pero la realización de este deseo no sería conforme a las leyes de la naturaleza. En efecto, arranco la máscara de su semblante traidor y lleno de lodo, y hago caer, una a una, como bolas de marfil en una

jofaina de plata, las sublimes mentiras con las que se engaña a sí mismo: es, entonces, comprensible que no ordene a la tranquilidad imponerle las manos en el rostro, ni siguiera cuando la razón dispersa las tinieblas del orgullo. Por ello, el héroe que pongo en escena se ha ganado un odio irreconciliable atacando a la humanidad que se creía invulnerable, por la brecha de absurdos párrafos filantrópicos; se amontonan como granos de arena en sus libros, cuya comicidad ridícula, aunque aburrida, estoy, a veces, cuando la razón me abandona, a punto de apreciar. Lo había previsto. No basta con esculpir la estatua de la bondad en la cabecera de los pergaminos que contienen las bibliotecas. ¡Oh, ser humano!, hete ahora aquí, desnudo como un gusano, ante mi tizona de diamante. Abandona tu método; no es hora ya de hacerse el orgulloso: lanzo hacia ti mi plegaria, en la actitud de la prosternación. Hay alguien que observa los menores movimientos de tu culpable vida; estás envuelto por los sutiles pliegues de su encarnizada perspicacia. No te fíes de él cuando vuelve la espalda, pues te mira; no te fíes de él cuando cierra los ojos, pues sigue mirándote. Es difícil suponer que, por lo que respecta a las artimañas y la maldad, tu temible resolución sea superar al hijo de mi fantasía. Sus menores golpes dan en el blanco. Con algunas precauciones, es posible enseñar a quien cree ignorarlo que los lobos y los bandoleros no se devoran entre sí: tal vez no sea su costumbre. En consecuencia, pon sin miedo, entre sus manos, el cuidado de tu existencia: la conducirá como sabe hacerlo. No creas en su proclamada intención de corregirte, pues le interesas mediocrementemente, por no decir menos, y la benévola medida de mi verificación no se ha aproximado, todavía, a la

verdad total. Pero le gusta hacerte daño en el legítimo intento de que te vuelvas tan malvado como él y le acompañes al abierto abismo del infierno, cuando llegue la hora. Su sitio está señalado desde hace mucho tiempo, en el lugar donde se divisa una horca de hierro de la que cuelgan cadenas y grilletes.

Cuando el destino le lleve hasta allí, el fúnebre embudo nunca habrá degustado tan sabrosa presa, ni él, contemplado morada más conveniente. Me parece que hablo de modo voluntariamente paternal, y que la humanidad no tiene derecho a quejarse. [...]

¡Ojalá no llegue el día en que Lohengrin y yo paseemos por la calle, uno junto a otro, sin mirarnos, rozándonos con el codo como dos viandantes apresurados! ¡Ojalá se me permita huir, para siempre, lejos de tal suposición! El Eterno ha creado el mundo tal cual es: demostraría mucha prudencia si, durante el tiempo estrictamente necesario para romper de un martillazo la cabeza de una mujer, olvidara su sideral majestad para revelarnos los misterios entre los que se ahoga nuestra existencia, como un pescado en el fondo de una barca. Pero es grande y noble, nos supera con la potencia de sus concepciones. Si parlamentara con los hombres, todas las vergüenzas subirían de nuevo a su rostro. Pero... ¡miserable!, ¿por qué no te ruborizas? No basta con que el ejército de los dolores físicos y morales que nos rodea haya visto la luz: el secreto de nuestro harapiento destino no nos es comunicado. Conozco al Todopoderoso... y también él debe de conocerme. Si, por azar, caminamos por el mismo sendero, su penetrante vista me divisa a lo lejos: toma un camino transversal para evitar el triple dardo de platino que la naturaleza me

concedió como lengua. Tendrás la amabilidad, ¡oh!, Creador, de permitir que explye mis sentimientos. Manejando las terribles ironías, con mano firme y fría, te advierto que mi corazón contendrá bastantes para atacarte hasta el fin de mi existencia. Golpearé tu huero armazón, pero con tanta fuerza que me comprometo a hacer salir de él las restantes parcelas de inteligencia que no has querido dar al hombre, porque hacerle igual a ti te habría dado celos, y que habías ocultado, desvergonzadamente, en tus tripas, bandido artero, como si no supieras que un día u otro yo iba a descubrirlas con mi ojo siempre abierto, iba a tomarlas y a compartirlas con mis semejantes. Hice lo que digo y ahora ya no te temen; tratan contigo de poder a poder. Dame la muerte para que no me arrepienta de mi audacia: descubro mi pecho y aguardo con humildad. ¡Apareced, pues, irrisorias envergaduras de los castigos eternos!... ¡enfáticos despliegues de atributos en exceso elogiados! Ha demostrado su incapacidad para detener la circulación de mi sangre que se burla de él. Sin embargo, tengo pruebas de que no duda en extinguir, en la flor de la edad, el aliento de otros humanos, cuando apenas habían probado los goces de la vida. Es sencillamente atroz, pero sólo según la debilidad de mi opinión. He visto al Creador agujijoneando su crueldad inútil, prender incendios en los que perecían ancianos y niños. No soy yo quien inicia el ataque; él mismo me obliga a hacerle girar, como una peonza, con el látigo de cuerdas de acero. ¿No me proporciona, acaso, acusaciones contra sí mismo? ¡No logrará agotar mi espantoso verbo! Se nutre de las insensatas pesadillas que atormentan mis insomnios. A causa de Lohengrin se ha escrito lo que antecede; regresemos,

pues, a él. Con el temor de que más tarde se volviera como los demás hombres, había decidido, primero, matarle a cuchilladas cuando hubiera superado la edad de la inocencia. Pero lo pensé mejor y abandoné sensatamente, a tiempo, mi resolución. No sospecha que durante un cuarto de hora su vida estuvo en peligro. Todo estaba dispuesto y el cuchillo había sido comprado. Era un bonito estilete, pues me gusta la gracia y la elegancia en los instrumentos de muerte, pero era largo y aguzado. Una sola herida en el cuello, atravesando con cuidado una de las arterias carótidas, y creo que hubiera bastado. Me satisface mi conducta; más tarde me habría arrepentido. Así, pues, Lohengrin, haz lo que te plazca, actúa como quieras, enciérrame toda la vida en una oscura prisión, con escorpiones como compañeros de mi cautiverio, o arráncame un ojo hasta que caiga a tierra, nunca te haré el menor reproche; soy tuyo, te pertenezco, ya no vivo para mí. El dolor que me produzcas no podrá compararse a la felicidad de saber que quien me hiere, con sus mortíferas manos, está bañado por una esencia más divina que la de sus semejantes. Sí, es hermoso todavía dar su vida por un ser humano y mantener así la esperanza de que no todos los hombres son malvados puesto que, por fin, uno ha sabido atraer, con fuerza, hacia sí, las recelosas repugnancias de mi amarga simpatía...

Es medianoche; no se ve ya un solo ómnibus de la Bastilla a la Madeleine. Me engaño. He aquí uno que aparece de pronto como brotando de las profundidades de la tierra. Los pocos transeúntes rezagados lo miran con atención, pues no parece asemejarse a ningún otro. En la imperial se sientan hombres de inmóviles ojos, como los de un pez muerto. Se

apretujan unos contra otros y parecen haber perdido la vida; por lo demás, no superan el número reglamentario. Cuando el cochero da un latigazo a sus caballos, diríase que es el látigo lo que mueve el brazo y no el brazo lo que mueve el látigo. ¿Qué significa este conjunto de seres extraños y mudos? ¿Son habitantes de la luna? A veces, podría sentirse la tentación de creerlo, pero más bien parecen cadáveres. El ómnibus, con prisas por llegar a la última parada, devora el espacio y hace crujir el adoquinado... ¡Huye!... Pero una masa informe lo persigue encarnizadamente, siguiendo sus huellas por el polvo. «Deteneos, os lo suplico; deteneos... mis piernas están hinchadas pues he caminado durante todo el día... no he comido desde ayer... mis padres me han abandonado... ya no sé qué hacer... estoy decidido a volver a casa y pronto llegaría si me dejarais un sitio... soy un niño de ocho años y confío en vosotros... » ¡Huye!... ¡Huye!... Pero una masa informe lo persigue encarnizadamente, siguiendo sus huellas por el polvo. Uno de esos hombres de fría mirada da un codazo a su vecino y parece manifestarle su descontento por esos gemidos, de timbre argentino, que llegan a sus oídos. El otro baja la cabeza de modo imperceptible, como un asentimiento, y se sume de nuevo en la inmovilidad de su egoísmo, como una tortuga en su caparazón. En los rasgos de los demás viajeros todo muestra sentimientos idénticos a los de los dos primeros. Los gritos se dejan escuchar, todavía, durante dos o tres minutos, más penetrantes cada segundo que pasa. Se ven ventanas abriéndose al bulevar y una figura asustada, con una luz en la mano, tras haber arrojado una mirada a la calzada, cierra de nuevo con fuerza los porticones, para no reaparecer más... ¡Huye!...

¡Huye!... Pero una masa informe lo persigue encarnizadamente, siguiendo sus huellas por el polvo. Sólo un joven, sumido en su ensoñación, entre esos personajes de piedra, parece sentir piedad por el infeliz. No se atreve a levantar la voz en favor del niño que cree poder alcanzarlo con sus pequeñas piernas doloridas, pues los demás hombres le lanzan miradas de desprecio y autoridad, y sabe que nada puede contra todos. Con el codo apoyado en la rodilla y la cabeza entre sus manos, se pregunta, estupefacto, si eso es realmente lo que llaman caridad humana. Reconoce, entonces, que se trata sólo de una vana palabra, que ni siquiera se encuentra ya en el diccionario de la poesía, y admite con franqueza su error. Se dice: «En efecto, ¿por qué interesarse en un niño? Dejémosle de lado.» Sin embargo, una lágrima ardiente ha rodado por la mejilla de ese adolescente que acaba de blasfemar. Se pasa, con pesar, la mano por la frente como para apartar una nube cuya opacidad oscurece su inteligencia. Se debate, inútilmente, en el siglo donde ha sido arrojado; siente que no está en el lugar que le corresponde y, sin embargo, no puede salir de él. ¡Prisión terrible! ¡Fatalidad horrenda! ¡Lombano, desde aquel día estoy satisfecho de ti! No dejaba de observarte, mientras mi semblante respiraba la misma indiferencia que el de los demás viajeros. El adolescente se levanta en un impulso de indignación y quiere retirarse para no participar, ni siquiera involuntariamente, en una mala acción. Le hago una seña y vuelve a mi lado... ¡Huye!... ¡Huye!... Pero una masa informe lo persigue encarnizadamente, siguiendo sus huellas por el polvo. Los gritos enmudecen súbitamente, pues el niño se ha dado un golpe en el pie con el saliente de un adoquín y, al

caer, se ha hecho una herida en la cabeza. El ómnibus ha desaparecido en el horizonte y sólo se ve ya la calle silenciosa... ¡Huye!... ¡Huye!... Pero una masa informe no lo persigue ya encarnizadamente, siguiendo sus huellas por el polvo. Ved a ese trapero que pasa, inclinado sobre su mortecina linterna, hay en él más corazón que en todos sus semejantes del ómnibus. Acaba de recoger al niño, no dudéis de que le curará y no le abandonará como han hecho sus padres. ¡Huye!... ¡Huye!... Pero, desde el lugar donde se halla, la aguda mirada del trapero lo persigue encarnizadamente, siguiendo sus huellas por el polvo... ¡Raza estúpida e idiota! Te arrepentirás de comportarte así. Soy yo quien te lo dice. ¡Te arrepentirás de ello, sí, te arrepentirás. Mi poesía consistirá, sólo, en atacar por todos los medios al hombre, esa bestia salvaje, y al Creador, que no hubiera debido engendrar semejante basura. Los volúmenes se amontonarán sobre los volúmenes, hasta el fin de mi vida y, sin embargo, sólo se encontrará en ellos esta única idea, siempre presente en mi conciencia. [...]

¡Qué gracioso es ese niño sentado en un banco del jardín de las Tullerías! Sus audaces ojos asaetean algún objeto invisible, a lo lejos, en el espacio. No debe de tener más de ocho años y, sin embargo, no se divierte como sería conveniente. Tendría, al menos, que reír y pasear con algún amigo, en vez de permanecer solo, pero su carácter no es este.

¡Qué gracioso es ese niño sentado en un banco del jardín de las Tullerías! Un hombre, impulsado por un oculto designio, se sienta a su lado, en el mismo banco, con aire equívoco. ¿Quién es? No necesito decíroslo, pues le reconoceréis por su tortuosa conversación.

Escuchemos sin molestarles:

— ¿En qué piensas, niño?

— Pensaba en el cielo.

— No es necesario que pienses en el cielo; bastante es ya pensar en la tierra. ¿Estás cansado de vivir cuando apenas acabas de nacer?

— No, pero todo el mundo prefiere el cielo a la tierra.

— Pues bien, yo no. Ya que, si el cielo, como la tierra, fue creado por Dios, ten por seguro que encontrarás allí los mismos males que aquí abajo. Después de tu muerte no serás recompensado de acuerdo con tus méritos; pues si en esta tierra cometen contigo injusticias (como, más tarde, sabrás por experiencia), no hay razón alguna para que, en la otra vida, no las cometan también. Lo mejor que puedes hacer es no pensar en Dios y tomarte la justicia por tu mano, puesto que te la niegan. Si uno de tus camaradas te ofendiera, ¿no te sentirías feliz matándole?

— Pero está prohibido.

— No tan prohibido como crees. Se trata, sencillamente, de no dejarse coger. La justicia que aportan las leyes no vale nada; lo que cuenta es la jurisprudencia del ofendido. Si detestaras a uno de tus camaradas, ¿no te sentirías desdichado pensando que, en todo instante, ibas a tener ante tus ojos su pensamiento?

— Es cierto.

— He aquí, por lo tanto, que uno de tus camaradas te haría desdichado toda la vida; pues, viendo que tu odio es sólo pasivo, no dejaría de burlarse de ti y causarte, impunemente, daño. Sólo existe, en consecuencia, un medio de lograr que la situación acabe; desembarazarse del enemigo. Aquí quería llegar para

hacerte comprender sobre qué bases se funda la sociedad actual. Cada uno debe tomarse la justicia por su mano, o no es más que un imbécil. Sólo el más astuto y el más fuerte obtiene la victoria sobre sus semejantes. ¿No querrías dominar, algún día, a tus semejantes?

—Sí, sí.

—Sé, pues, el más fuerte y el más astuto. Eres, todavía, demasiado joven para ser el más fuerte, pero puedes, desde hoy, emplear la astucia, el más hermoso instrumento de los hombres de talento. Cuando el pastor David alcanzó en la frente al gigante Goliath, con una piedra lanzada por su honda, ¿no es admirable advertir que sólo por la astucia David venció a su adversario y que si, por el contrario, hubieran peleado cuerpo a cuerpo, el gigante le habría aplastado como una mosca? Lo mismo ocurre contigo. En guerra abierta, jamás podrás vencer a los hombres sobre quienes deseas extender tu voluntad, pero, con la astucia, podrás luchar solo contra todos. ¿Deseas riqueza, hermosos palacios y gloria?, ¿o me engañaste cuando afirmabas tan nobles pretensiones?

—No, no, no os engañaba. Pero, quisiera adquirir por otros medios lo que deseo.

—Entonces, no obtendrás nada. Los medios virtuosos y bonachones no llevan a parte alguna. Es preciso utilizar palancas más enérgicas y más sabias tramas. Antes de que te hagas célebre por tu virtud y alcances tu objetivo, otros cien tendrán tiempo de hacer cabriolas sobre tu espalda y llegar al final de la carrera delante de ti, de modo que no quedará ya lugar para tus estrechas ideas. Es necesario saber abarcar, con mayor grandeza, el horizonte del tiempo presente. ¿Nunca has oído hablar, por ejemplo, de

la inmensa gloria que proporcionan las victorias? Y, sin embargo, las victorias no se hacen solas. Es preciso derramar sangre, mucha sangre, para engendrarlas y depositarlas a los pies de los conquistadores. Sin los cadáveres y los dispersos miembros que ves en la llanura, donde prudentemente ha tenido lugar la carnicería, no habría guerra, y sin guerra, no habría victoria. Ya ves que, cuando se desea ser célebre, es necesario zambullirse con gracia en ríos de sangre, alimentados por la carne de cañón. El fin justifica el medio. Lo primero, para hacerse célebre, es tener dinero. Pero, como no lo tienes, deberás asesinar para obtenerlo; y como no tienes fuerza bastante para manejar el puñal, hazte ladrón a la espera de que tus miembros se desarrollen. Y, para que se desarrollen más deprisa, te aconsejo que hagas gimnasia dos veces al día, una hora por la mañana y otra por la tarde. De este modo, podrás intentar el crimen, con cierto éxito, en cuanto tengas quince años, en vez de esperar a los veinte. El amor por la gloria lo justifica todo y, tal vez, más tarde, dueño de tus semejantes, les hagas casi tanto bien como mal les hiciste al comienzo...

Maldoror advierte que la sangre hierve en la cabeza de su joven interlocutor; las aletas de su nariz están hinchadas y brota de sus labios una ligera espuma blanca. Le toma el pulso; los latidos son precipitados. La fiebre se ha apoderado de ese cuerpo delicado. Teme las consecuencias de sus palabras; se aleja, el infeliz, contrariado por no haber podido conversar más tiempo con el niño. Si, en la edad madura, tan difícil es dominar las pasiones, vacilando entre el bien y el mal, ¿qué ocurrirá en un espíritu lleno, todavía, de inexperiencia?, ¿y qué suma de energía

relativa necesitará, además? El niño está listo ya para permanecer tres días en cama. ¡Plegue al cielo que el contacto materno lleve la paz a esa flor sensible, frágil envoltura de un alma hermosa!

Allí, en un bosquecillo rodeado de flores, duerme el hermafrodita, sumido en profundo sopor, sobre la hierba empapada en llanto. La luna ha desprendido su disco de la masa de nubes y acaricia, con sus pálidos rayos, ese dulce semblante de adolescente. Sus rasgos expresan la más viril energía junto a la gracia de una virgen celestial. Nada parece natural en él, ni siquiera los músculos de su cuerpo que se abren paso a través de los armoniosos contornos de formas femeninas. Tiene el brazo doblado sobre la frente, apoyada en el pecho la otra mano, como para contener los latidos de un corazón cerrado a todas las confidencias y abrumado por el pesado fardo de un secreto eterno. Cansado de la vida y avergonzado de caminar entre seres que no se le parecen, la desesperación ha transido su alma y se va, solo, como el mendigo del valle. ¿Cómo se procura sus medios de existencia? Almas compasivas velan por él, sin que sospeche tal vigilancia, y no le abandonan: ¡es tan bueno!, ¡tan resignado! Habla, a veces, de buena gana, con quienes tienen el carácter sensible, sin tocarles la mano, y se mantiene a distancia temiendo un peligro imaginario. Si le preguntan por qué ha tomado la soledad por compañera, sus ojos se levantan al cielo y contienen, a duras penas, una lágrima de reproche contra la Providencia, pero no responde a la imprudente pregunta, que extiende por la nieve de sus párpados el rubor de la rosa matutina. Si la entrevista se prolonga, comienza a inquietarse, vuelve los ojos a los cuatro puntos del

horizonte, como intentando huir de la presencia de un enemigo invisible que se acerca, hace con su mano un brusco gesto de adiós, se aleja en alas de su despierto pudor y desaparece en el bosque. Generalmente, le toman por loco. Cierta día, cuatro hombres enmascarados, que habían recibido órdenes, se arrojaron sobre él y le ataron sólidamente, de modo que sólo pudiera mover las piernas. El látigo abatió sus rudos zurriagos sobre su espalda y le obligaron a dirigirse sin tardar hacia el camino que lleva a Bicêtre. Sonrió al recibir los golpes y les habló con tanto sentimiento, con tanta inteligencia sobre muchas ciencias humanas que había estudiado y que mostraban la gran instrucción de aquel que no había todavía cruzado el umbral de la juventud, y sobre el destino de la humanidad, desvelando así por completo la poética nobleza de su alma, que sus guardianes, sin una gota de sangre en las venas por la acción que habían cometido, desataron sus rotos miembros, se arrastraron a sus pies solicitando un perdón que les fue concedido y se alejaron dando muestras de una veneración que, por lo común, no se concede a los hombres. Desde aquel acontecimiento, del que se habló mucho, todos adivinaron su secreto, pero se simula ignorarlo para no aumentar sus sufrimientos, y el gobierno le concede una honrosa pensión, para que olvide que, por un instante, se le quiso internar a la fuerza, sin previa verificación, en un hospicio de alienados. Él emplea, sólo, la mitad de su dinero; el resto se lo da a los pobres. Cuando ve a un hombre y a una mujer paseando por una avenida flanqueada de plátanos, siente que su cuerpo se divide en dos, de abajo a arriba, y cada nuevo fragmento va a abrazar a uno de los paseantes, pero es sólo una

alucinación y la razón no tarda en recuperar su poder. Por ello, no mezcla su presencia entre los hombres ni entre las mujeres, pues su pudor excesivo, nacido de la idea de que sólo es un monstruo, le impide conceder su ardiente simpatía a nadie. Creería profanarse y creería profanar a los demás. Su orgullo se repite este axioma: «Que cada uno permanezca en su propia naturaleza.» Su orgullo, he dicho, porque teme que uniendo su vida a un hombre o a una mujer, le reprochen, tarde o temprano, como una falta enorme, la conformación de su organismo. Entonces, se atrinchera en su amor propio, ofendido por esa suposición impía que sólo a él se debe, y persevera en su soledad, entre tormentos y sin consuelo. Allí, en un bosquecillo rodeado de flores, duerme el hermafrodita, sumido en profundo sopor sobre la hierba empapada en llanto. Los pájaros, despiertos, contemplan hechizados ese semblante melancólico, a través de las ramas de los árboles, y el ruiseñor no quiere dejar oír sus cavatinas de cristal. El bosque se ha vuelto augusto como una tumba, por la nocturna presencia del desgraciado hermafrodita. ¡Oh!, viajero extraviado, por el espíritu de aventura que te ha hecho dejar a tu padre y a tu madre desde la más tierna edad; por los sufrimientos que, en el desierto, te produjo la sed; por tu patria que buscas, tal vez, tras haber vagado durante mucho tiempo, proscrito, por esos extranjeros parajes; por el corcel, tu fiel amigo, que contigo ha soportado el exilio y la intemperie de los climas que te hacía recorrer tu vagabundo humor; por la dignidad que dan al hombre los viajes a tierras lejanas y por mares inexplorados, entre hielos polares o bajo la influencia de un sol tórrido, no toques con tu mano, como un estremecimiento de la

brisa, esos rizos esparcidos por el suelo y mezclados con la verde hierba. Aléjate varios pasos y así actuarás mejor. Esta cabellera es sagrada; el propio hermafrodita lo quiso así. No quiere que labios humanos besen religiosamente sus cabellos, perfumados por el soplo de la montaña, ni tampoco su frente, que resplandece, ahora, como las estrellas del firmamento. Pero mejor es creer que una estrella, abandonando su órbita, cruzando el espacio, ha descendido sobre esta frente majestuosa y la envuelve, como una aureola, con su claridad diamantina. La noche, apartando con el dedo su tristeza, se reviste de todos sus encantos para festejar el sueño de esta encarnación del pudor, de esta imagen perfecta de la inocencia de los ángeles: el rumor de los insectos es menos perceptible. Las ramas inclinan sobre él su frondosa elevación, para preservarle del rocío, y la brisa, haciendo resonar las cuerdas de su arpa melodiosa, envía sus alegres acordes, a través del silencio universal, hacia esos párpados cerrados, que creen asistir, inmóviles, al cadencioso concierto de los mundos suspendidos. Sueña que es feliz, que su naturaleza corporal ha cambiado o que, al menos, ha emprendido el vuelo en una nube púrpura, hacia otra esfera, habitada por seres de su misma naturaleza. ¡Ay!, ¡que su ilusión se prolongue hasta que despierte la aurora! Sueña que las flores bailan en círculo a su alrededor, como inmensas guirnaldas enloquecidas, y le impregnan de su suave perfume, mientras canta un himno de amor, entre los brazos de un ser humano de mágica belleza. Pero sus brazos estrechan sólo un vapor crepuscular, y cuando despierte, no lo estrecharán ya. No despiertes, hermafrodita, no despiertes todavía, te lo suplico. ¿Por qué no quieres creerme? Duerme... sigue

durmiendo. Que tu pecho se ensanche persiguiendo la quimérica esperanza de la felicidad; te lo concedo. Pero no abras los ojos. ¡Ah!, ¡no abras los ojos! Quiero dejarte así para no ser testigo de tu despertar. Tal vez algún día, con la ayuda de un libro voluminoso, en conmovidas páginas, cuente tu historia, asustado por lo que contiene y por las enseñanzas que se desprenden de ella. Hasta hoy, no he podido hacerlo, pues cada vez que lo he intentado, abundantes lágrimas caían sobre el papel y mis dedos temblaban, sin que se debiera a la vejez. Pero quiero tener, por fin, tal valor. Me indigna no tener más nervio que una mujer y desvanecerme como una chiquilla cada vez que pienso en tu gran miseria. Duerme... sigue durmiendo, pero no abras tus ojos. ¡Ah!, ¡no abras tus ojos! ¡Adiós, hermafrodita! No dejaré, día tras día, de rogar por ti al cielo (si fuera por mí, no rogaría). ¡Que la paz sea en tu seno!

[...] Yo, si se me permite añadir algunas palabras a este himno de glorificación, diré que hice construir una fosa de cuarenta leguas cuadradas y de adecuada profundidad. Allí yace, en su inmundada virginidad, una mina viviente de piojos. Cubre el fondo de la fosa y serpentea, luego, con sus largas y densas vetas, en todas direcciones. He aquí cómo construí esta mina artificial. Arranqué un piojo hembra de la cabellera de la humanidad. Se me vio acostarme con él durante tres noches consecutivas, luego lo arrojé a la fosa. La fecundación humana, que no se habría producido en otros casos semejantes, fue aceptada esta vez por la fatalidad, y, al cabo de algunos días, miles de monstruos, hormigueando en una compacta maraña de materia, surgieron a la luz. Esa maraña

horrenda se hizo con el tiempo cada vez más inmensa, mientras iba adquiriendo la propiedad líquida del mercurio, y se dividió en varias ramas que se nutren, actualmente, devorándose entre sí (la natalidad es mayor que la mortalidad), cada vez que no les arrojó para que coman un bastardo recién nacido cuya muerte deseaba su madre, o un brazo que he cortado por la noche a alguna muchacha, gracias al cloroformo. Cada quince años, las generaciones de piojos, que se nutren del hombre, disminuyen de modo notable y predicen ellas mismas, infaliblemente, la cercana época de su completa extinción. Pues, el hombre, más inteligente que su enemigo, logra vencerlo. Entonces, con una pala infernal que multiplica mis fuerzas, extraigo de esta inagotable mina bloques de piojos, grandes como montañas, los rompo a hachazos y los transporto, durante las noches profundas, a las arterias de las ciudades. Allí, en contacto con la temperatura humana, se disuelven como en los primeros días de su formación, en las tortuosas galerías de la mina subterránea, excavan un lecho en la grava y se extienden en arroyuelos por las habitaciones, como nocivos espíritus. El guardián de la casa ladra sordamente, pues le parece que una legión de seres desconocidos atraviesa los poros de las paredes y lleva el terror a la cabecera del sueño. Tal vez hayáis escuchado, al menos una vez en la vida, esa especie de ladridos dolientes y prolongados. Con sus impotentes ojos intenta atravesar la oscuridad de la noche, pues su cerebro de perro no lo comprende. Ese bordoneo le irrita y siente que le traicionan. Millones de enemigos se abaten, así, sobre cada ciudad, como nubes de langostas. Hay ya bastantes para quince años más. Combatirán al hombre produciéndole

urentes heridas. Tras ese lapso, enviaré otros. Cuando fragmento los bloques de materia animada, puede suceder que uno de los pedazos sea más denso que los demás. Sus átomos se esfuerzan rabiosamente por separar su aglomeración para ir a atormentar a la humanidad, pero, en su dureza, la cohesión resiste. Con una suprema convulsión, engendran tal esfuerzo que la piedra, al no poder dispersar sus vivientes principios, se lanza por sí sola hacia las alturas, como por efecto de la pólvora, y vuelve a caer hundiéndose profundamente en el suelo. De vez en cuando, el soñador campesino divisa un aerolito que yende verticalmente el espacio dirigiéndose hacia abajo a un campo de maíz. Ignora de dónde procede la piedra. Ahora conocéis, clara y sucinta, la explicación del fenómeno.

Si la tierra estuviera cubierta de piojos, como de granos de arena la orilla del mar, la raza humana sería aniquilada, presa de terribles dolores. ¡Qué espectáculo! Y yo, con alas de ángel, inmóvil en los aires, para presenciarlo.

¡Oh!, matemáticas severas, no os he olvidado desde que vuestras sabias lecciones, más dulces que la miel, se derramaron en mi corazón, como una ola refrescante. Instintivamente, desde la cuna, aspiraba a beber en vuestra fuente más antigua que el sol, y sigo recorriendo el atrio sagrado de vuestro templo solemne, yo, el más fiel de vuestros iniciados. Había en mi espíritu una especie de melancolía, un no sé qué espeso como el humo, pero supe franquear religiosamente los peldaños que llevan a vuestro altar y vosotras alejasteis de mí ese velo obscuro, como el viento aleja a la mariposa. Pusisteis, en su lugar, una

frialdad excesiva, una consumada prudencia y una lógica implacable. Con la ayuda de vuestra fortificante leche, mi inteligencia se desarrolló rápidamente y tomó proporciones inmensas, en medio de esa arrebatadora claridad que con tanta prodigalidad otorgáis a quienes os aman con amor sincero. ¡Aritmética!, ¡álgebra!, ¡geometría!, ¡trinidad grandiosa!, ¡luminoso triángulo! El que no os ha conocido es un insensato. Merecería la prueba de los mayores suplicios, pues hay ciego desprecio en su despreocupada ignorancia, pero, quien os conoce y os aprecia no desea ya otros bienes en la tierra, se contenta con vuestros goces mágicos, y, llevado por vuestras sombrías alas, sólo desea ya elevarse, con ligero vuelo, construyendo una espiral ascendente, hacia la esférica bóveda de los cielos. La tierra sólo le muestra ilusiones y fantasmagorías morales, pero vosotras, ¡oh!, matemáticas concisas, por el riguroso encadenamiento de vuestras tenaces proposiciones y la constancia de vuestras férreas leyes, hacéis brillar, ante los ojos deslumbrados, un poderoso reflejo de esa verdad suprema cuya huella se advierte en el orden del universo. Pero el orden que os rodea, representado, sobre todo, por la perfecta regularidad del cuadrado, amigo de Pitágoras, es mayor todavía, pues el Todopoderoso se ha revelado por completo, él y sus atributos, en ese memorable trabajo que consistió en hacer brotar, de las entrañas del caos, vuestros tesoros de teoremas y vuestros magníficos esplendores. En antiguas épocas y en los tiempos modernos, más de una gran imaginación humana vio cómo se asustaba su genio al contemplar vuestras figuras simbólicas, trazadas en el papel ardiente como otros tantos signos misteriosos viviendo con latente hálito, que el

vulgo profano no comprende y que eran sólo la brillante revelación de axiomas y de jeroglíficos eternos, que existieron antes del universo y que se mantendrán tras él. Se pregunta, inclinada hacia el precipicio de un fatal signo de interrogación, cómo es posible que las matemáticas contengan tanta imponente grandeza y tanta incontestable verdad, mientras que, si las compara al hombre, sólo encuentra en este último falso orgullo y mentira. Entonces, ese espíritu superior, entristecido, a quien la noble familiaridad de vuestros consejos hace sentir con mayor fuerza la pequeñez de la humanidad y su incomparable locura, sume su canosa cabeza en una mano descarnada y permanece absorto en sobrenaturales meditaciones. Dobla ante vosotras sus rodillas, y su veneración rinde homenaje a vuestro rostro divino, como a la propia imagen del Todopoderoso. Durante mi infancia, os aparecisteis a mí, cierta noche de mayo, bajo los rayos de la luna, en una pradera verdeante, a orillas de un límpido arroyuelo, las tres iguales en gracia y en pudor, las tres, como reinas, llenas de majestad. Disteis hacia mí algunos pasos, con vuestra larga vestidura flotante como vapor, y me atrajisteis hacia vuestras orgullosas ubres, como a un hijo bendecido. Entonces, corrí presuroso con las manos crispadas en vuestros blancos senos. Me alimenté, agradecido, con vuestro fecundo maná y sentí que en mí, la humanidad crecía y se hacía mejor. Desde entonces, ¡oh!, diosas rivales, no os he abandonado. Desde entonces, cuántos proyectos enérgicos, cuántas simpatías que creí haber grabado en las páginas de mi corazón, como en el mármol, han ido borrando lentamente, de mi razón desengañada, sus líneas configurativas, como el alba naciente borra las sombras de la noche. Desde entonces, he visto a la

muerte, con la intención, visible a simple vista, de poblar las tumbas, asolar los campos de batalla, abonados con sangre humana, y hacer brotar flores matutinas sobre las fúnebres osamentas. Desde entonces, he asistido a las revoluciones de nuestro globo; los terremotos, los volcanes con su inflamada lava, el simún del desierto y los naufragios de la tempestad han tenido mi presencia como espectador impassible. Desde entonces, he visto varias generaciones humanas elevando, por la mañana, sus alas y sus ojos al espacio, con la inexperta alegría de la crisálida que saluda su última metamorfosis, y muriendo al atardecer antes de la puesta del sol, con la cabeza inclinada, como flores marchitas agitadas por el soplo quejumbroso del viento. Pero vosotras seguís siendo siempre las mismas. Ningún cambio, ningún aire apestado roza las rocas escarpadas y los inmensos valles de vuestra identidad. Vuestras modestas pirámides durarán más que las pirámides de Egipto, hormigueros levantados por la estupidez y la esclavitud. El fin de los siglos verá, de pie todavía sobre las ruinas de los tiempos, vuestras cifras cabalísticas, vuestras ecuaciones lacónicas y vuestras líneas esculturales tronando a la diestra vengativa del Todopoderoso, mientras las estrellas se hundirán, con desesperación, como trombas, en la eternidad de una noche horrible y universal, y la humanidad, llena de muecas, pensará en arreglar sus cuentas con el juicio final. Gracias por los innumerables servicios que me habéis prestado. Gracias por las extrañas cualidades con que habéis enriquecido mi inteligencia. Sin vosotras, tal vez, hubiera sido vencido en mi lucha contra el hombre. Sin vosotras me hubiera derribado en tierra y me hubiera hecho besar el polvo de sus

pies. Sin vosotras, con garra pérfida, habría lacerado mi carne y mis huesos. Pero, como un atleta experimentado, permanecí ojo avizor. Me disteis la frialdad que brota de vuestras concepciones sublimes, exentas de pasión. La utilicé para rechazar con desdén los efímeros goces de mi corto viaje y para expulsar de mi puerta los ofrecimientos simpáticos, pero engañosos de mis semejantes. Me disteis la tenaz prudencia que se advierte continuamente en vuestros admirables métodos de análisis, de síntesis y de deducción.

La utilicé para desenmascarar las perniciosas artilugios de mi enemigo mortal para atacarle, a mi vez, con habilidad y hundir en las vísceras del hombre un aguzado puñal que permanecerá para siempre clavado en su cuerpo, pues es una herida de la que no se recuperará. Me disteis la lógica, que es como el alma misma de vuestras enseñanzas, llenas de sabiduría, con su silogismo, cuyo complicado laberinto no es, sino más comprensible, mi inteligencia sintió redoblar sus audaces fuerzas. Con la ayuda de este terrible auxiliar, descubrí en la humanidad, nadando hacia las profundidades, frente al escollo del odio, la negra y horrenda maldad que se corrompía entre miasmas deletéreos, contemplándose el ombligo. Fui el primero que descubrió, en las tinieblas de sus entrañas, ese vicio nefasto, ¡el mal!, que en él supera al bien. Con el arma envenenada que me prestasteis, derribé de su pedestal, construido por la cobardía del hombre, al propio Creador. Rechinó de dientes y sufrió esta ignominiosa injuria, pues tenía por adversario a alguien más fuerte que él. Pero le dejaré de lado como a un montón de bramantes, para rebajar mi vuelo... El pensador Descartes hizo, cierto

día, la reflexión de que nada sólido se había edificado sobre vosotras. Era un ingenioso modo de hacer comprender que el primer recién llegado no podía, sin más, descubrir vuestro valor inestimable. En efecto, ¿hay algo más sólido que las tres cualidades principales ya citadas, que se levantan, enlazadas como una corona única, sobre la augusta cima de vuestra arquitectura colosal? Monumento que se enriquece sin cesar con cotidianos descubrimientos, en vuestras minas de diamantes, y exploraciones científicas en vuestros soberbios dominios. ¡Oh, santas matemáticas, ojalá pudierais, con vuestro perpetuo trato, consolar el resto de mis días de la maldad del hombre y de la injusticia del Gran Todo!

«¡Oh!, lámpara de mechero de plata, mis ojos te perciben en los aires, compañera de la bóveda de las catedrales y buscan la causa de tal suspensión. Dicen que tus fulgores iluminan, durante la noche, la turba de quienes vienen a adorar al Todopoderoso y que muestras a los arrepentidos el camino que lleva al altar. Óyeme, todo es posible, pero... ¿necesitas acaso prestar semejantes servicios a quienes no debes nada? Deja, sumidas en tinieblas, las columnas de las basílicas, y cuando un soplo de la tormenta en la que se atorbellina el demonio, llevado a través del espacio, penetre con él en el lugar santo, extendiendo el espanto, en vez de luchar valerosamente contra la pestífera ráfaga del príncipe del mal, extingúete al punto, bajo su enfebrecido soplo, para que pueda, sin que le vean, elegir a sus víctimas entre los arrodillados creyentes. Si así lo haces, puedes afirmar que te deberé toda mi felicidad. Cuando brillas, extendiendo tu claridad indecisa, pero suficiente, no oso entregarme a las sugerencias de mi carácter y permanezco, bajo

el sacro pórtico, mirando por el entreabierto portal a quienes escapan de mi venganza en el seno del Señor. ¡Oh, lámpara poética!, tú, que serías mi amiga si pudieras comprenderme, cuando mis pies huellan el basalto de las iglesias, en las horas nocturnas, ¿por qué comienzas a brillar de un modo que, lo confieso, me parece extraordinario? Tus reflejos se colorean, entonces, con los blancos matices de la luz eléctrica. Los ojos no pueden mirarte, e iluminas con una llama nueva y poderosa los menores detalles de la pocilga del Creador, como si fueras presa de santa cólera. Y, cuando me retiro tras haber blasfemado, te vuelves de nuevo irrelevante, modesta y pálida, segura de haber llevado a cabo un acto de justicia. Dime, ¿acaso porque conoces los recovecos de mi corazón, cuando comparezco en el lugar donde velas, te apresuras a señalar mi presencia perniciosa y a llamar la atención de los adoradores hacia el lugar donde acaba de mostrarse el enemigo de los hombres, esta opinión me parece acertada, pues también yo comienzo a conocerte, y sé quién eres, vieja bruja, que tan bien velas sobre las sagradas mezquitas donde se pavonea, como cresta de gallo, tu curioso dueño. Vigilante guardiana, te has encargado de una misión insensata. Te lo advierto, la primera vez que me señales a la prudencia de mis semejantes, aumentando tus fosforescentes fulgores, como ese fenómeno de óptica, que por lo demás ningún libro de física menciona, no me gusta, te agarraré por la piel del pecho, clavando mis zarpas en las escaras de tu nuca tiñosa, y te arrojaré al Sena. No pretendo que, mientras yo no te hago nada, tú te comportes, a sabiendas, de un modo que me sea perjudicial. Allí te permitiré brillar, mientras me resulte agradable; allí te burlarás

de mí con inextinguible sonrisa; allí, convencida de la incapacidad de tu criminal aceite, lo orinarás con amargura.» Tras haber hablado así, Maldoror no sale del templo y permanece con los ojos fijos en la lámpara del lugar santo... Cree ver una especie de provocación en la actitud de esa lámpara, que le irrita al más alto grado con su presencia inoportuna. Se dice que si esa lámpara contiene un alma, se muestra cobarde al no responder sinceramente a un ataque leal. Azota el aire con sus nerviosos brazos y desearía que la lámpara se convirtiera en hombre, le haría pasar un mal rato, se lo promete. Pero el medio de que una lámpara se convierta en hombre, no es natural. No se resigna y va a buscar, en el atrio de la miserable pagoda, un guijarro plano, de afilado canto. Lo lanza al aire con fuerza... la cadena se parte por la mitad, como hierba segada por la guadaña, y el instrumento de culto cae al suelo, derramando su aceite sobre las losas... Toma la lámpara para sacarla fuera, pero ésta se resiste y crece. Le parece ver alas en sus costados y la parte superior toma la forma de un busto de ángel. El conjunto quiere levantarse en el aire para emprender el vuelo, pero él lo retiene con mano firme. Una lámpara y un ángel formando un solo cuerpo es algo que no se ve a menudo. Reconoce la forma de la lámpara, reconoce la forma del ángel, pero, en su espíritu, no puede escindirlas, efectivamente, en realidad están pegadas una a otra y forman sólo un cuerpo independiente y libre, pero él cree que una nube ha velado sus ojos y le hace perder parte de su excelente vista. Sin embargo, se prepara para la lucha con valor, pues su adversario no tiene miedo. La gente ingenua cuenta, a quienes quieren creerlo, que el sagrado portal se cerró por sí solo girando

sobre sus afligidos goznes, para que nadie pudiera asistir a tan impía lucha, cuyas peripecias iban a tener lugar en el recinto del santuario violado. El hombre del manto, mientras recibe crueles heridas con una tizona invisible, se esfuerza por acercarse a su boca el rostro del ángel. Sólo piensa en eso y todos sus esfuerzos tienden hacia ese objetivo. El ángel pierde su energía y parece presentir su destino. Sólo lucha débilmente y se adivina ya el momento en que su adversario podrá besarle a su guisa, si es lo que desea. Pues bien, ha llegado el momento. Oprime, con sus músculos, la garganta del ángel, que no puede ya respirar, y le inclina el rostro apoyándolo sobre su odioso pecho. Se conmueve, por un instante, ante la suerte que aguarda a ese ser celestial, que de buena gana habría convertido en su amigo. Pero se dice que es el enviado del Señor y no puede contener su enojo. Ya está, algo horrible va a regresar a la jaula del tiempo. Se inclina y posa su lengua, empapada en saliva, en aquella mejilla angélica que lanza miradas suplicantes. Pasea por algún tiempo la lengua por esa mejilla. ¡Oh!... ¡Mirad!... ¡mirad pues!... ¡la mejilla blanca y rosada se ha vuelto negra como el carbón! Exhala miasmas pútridos. Es la gangrena, no cabe ya duda. El corrosivo mal se extiende por todo el rostro y desde allí ejerce su furia sobre las partes bajas; pronto el cuerpo no es más que una vasta llaga inmundada. Él mismo, asustado (pues no creía que su lengua contuviera un veneno de tal violencia), recoge la lámpara y huye de la iglesia. Una vez fuera, distingue en los aires una forma negruzca de alas abrasadas que dirige penosamente su vuelo a las regiones celestiales. Ambos se miran, mientras el ángel asciende hacia las serenas alturas del bien y él, Maldoror, por el

contrario, desciende hacia los vertiginosos abismos del mal... ¡Qué mirada! Todo cuanto la humanidad ha pensado desde hace sesenta siglos, y lo que pensará aún, durante los siglos por venir, podría caer fácilmente en ella, ¡tantas cosas se dijeron en ese adiós supremo! Pero es fácil comprender que eran pensamientos más elevados que los que brotan de la inteligencia humana; primero, a causa de ambos personajes; y luego, a causa de la circunstancia. Esa mirada les unió con eterna amistad. Se sorprende de que el Creador pueda tener misioneros de tan noble alma. Por un instante, cree haberse engañado y se pregunta si debía, como ha hecho, seguir la senda del mal. La turbación ha pasado; persevera en su resolución, y es glorioso, a su entender, vencer tarde o temprano al Gran Todo, para reinar, en su lugar, sobre el universo entero y sobre legiones de tan hermosos ángeles. El ángel le hace comprender, sin hablar, que recuperará su forma primitiva a medida que ascienda hacia el cielo; deja caer una lágrima que refresca la frente de quien le ha producido la gangrena y desaparece poco a poco, como un buitре, elevándose por entre las nubes. El culpable mira la lámpara, causa de lo que precede. Corre como un insensato a través de las calles, se dirige hacia el Sena y lanza la lámpara por encima del parapeto. Ésta gira, por unos instantes, y se hunde definitivamente en las aguas cenagosas. Desde ese día, cada atardecer, cuando comienza a caer la noche, se ve una brillante lámpara que surge y se mantiene, graciosamente, sobre la superficie del río, a la altura del puente Napoleón, luciendo, en vez de asa, dos gráciles alas de ángel. Avanza lentamente por sobre las aguas, pasa bajo los arcos del puente de la Gare y del puente de Austerlitz, y prosigue su curso

silencioso, por el Sena, hasta el puente del Alma. Una vez allí, remonta con facilidad el curso del río y vuelve, al cabo de cuatro horas, a su punto de partida. Y así sucesivamente durante toda la noche. *Sus fulgores, blancos como la luz eléctrica*, obscurecen los faroles de gas que flanquean ambas orillas y por entre los que avanza como una reina, solitaria, impenetrable, *con una inextinguible sonrisa, sin que su aceite se derrame con amargura*. Al comienzo, las embarcaciones la perseguían, pero ella burlaba esos vanos esfuerzos, escapaba a todas las persecuciones, zambulléndose, como una coqueta, y reapareciendo más lejos, a gran distancia. Ahora, los supersticiosos marinos, cuando la ven, reman en dirección opuesta y acallan sus canciones. Cuando paséis por un puente durante la noche, prestad atención, estad seguros de que veréis brillar la lámpara, aquí o allá, pero dicen que no se muestra a todo el mundo. Cuando pasa por el puente un ser humano que lleva algún peso sobre su conciencia, extingue de pronto sus reflejos y el transeúnte, asustado, escudriña en vano, con desesperada mirada, la superficie y el limo del río. Sabe lo que eso significa. Querría creer que ha visto el celeste fulgor, pero se dice que la luz procedía de la proa de los barcos o del reflejo de los faroles de gas, y tiene razón... Sabe que es el motivo de tal desaparición; y, sumido en tristes reflexiones, apresura el paso para regresar a su morada. Entonces, la lámpara de mechero de plata reaparece en la superficie y prosigue su camino, a través de los elegantes y caprichosos arabescos. [...]

Buscaba un alma que se me pareciera, y no podía encontrarla. Registré todos los rincones de la tierra;

mi perseverancia fue inútil, Sin embargo, no podía permanecer solo. Era necesario alguien que aprobara mi carácter; era necesario alguien que tuviera las mismas ideas que yo. Cierta mañana el sol apareció por el horizonte en toda su magnificencia y he aquí que aparece, también, ante mis ojos, un joven cuya presencia hacía brotar flores a su paso. Se acercó a mí y tendiéndome la mano: «He venido a ti que me buscas. Bendigamos tan feliz día.» Pero yo: «Vete, no te he llamado, no necesito tu amistad...» Caía la tarde; la noche comenzaba a extender sobre la naturaleza la negrura de su velo. Una hermosa mujer, que yo apenas distinguía, extendió también sobre mí su encantadora influencia y me miró apiadada, sin embargo, no se atrevía a hablarme. Dije: «Acércate a mí para que pueda distinguir con claridad los rasgos de tu rostro, pues la luz de las estrellas no basta para iluminarlos a esta distancia.» Entonces, con recato andar y los ojos bajos, holló la hierba dirigiéndose hacia mí. En cuanto la vi: «Veo que la bondad y la justicia han anidado en tu corazón: no podríamos vivir juntos. Ahora admiras mi belleza que a más de una ha conmovido, pero te arrepentirías, tarde o temprano, de haberme consagrado tu amor, pues no conoces mi alma. No porque te fuera infiel alguna vez: me entrego con igual confianza y abandono a la que con tanto abandono y confianza se entrega a mí, pero, métetelo en la cabeza para no olvidarlo nunca: los lobos y los corderos no se miran con ojos tiernos.» ¿Qué necesitaba, pues, yo que con tanto asco rechazaba lo más bello que había en la humanidad?, no habría sabido decir lo que necesitaba. No estaba todavía acostumbrado a darme rigurosa cuenta de los fenómenos de mi espíritu, mediante los métodos que

la filosofía recomienda. Me senté en una roca junto al mar. Un navío acababa de desplegar todas las velas para alejarse de aquellos parajes: un punto imperceptible acababa de aparecer en el horizonte y se acercaba, poco a poco, empujado por el viento, creciendo con rapidez. La tempestad iba a iniciar sus embates y el cielo se obscurecía ya, haciéndose de un negro casi tan horrendo como el corazón del hombre. El navío, que era un gran bajel de guerra, acababa de echar todas sus anclas, para no verse barrido contra las rocas de la costa. El viento soplaba con furor desde los cuatro puntos cardinales y hacía trizas las velas. Los truenos retumbaban en medio de los relámpagos y no podían sobrepasar el fragor de las lamentaciones que se escuchaban en la casa sin fundamentos, móvil sepulcro. La agitación de esas masas acuosas no había logrado romper las cadenas de las anclas, pero sus sacudidas habían entreabierto una vía de agua en los flancos del navío. Brecha enorme, pues las bombas no bastan para achicar las masas de agua salada que se abaten espumeantes, sobre el puente, como montañas. El navío en peligro dispara cañonazos de alarma, pero se hunde con lentitud... con majestad. Quien no haya visto un bajel hundiéndose en medio del huracán, de la intermitencia de los relámpagos y de la oscuridad más profunda, mientras quienes lo llenan se ven abrumados por esa desesperación que ya conocéis, ignora los accidentes de la vida. Finalmente, de entre los flancos del bajel brota un grito universal de dolor inmenso, mientras el mar redobla sus temibles ataques. Es el grito que obliga a lanzar el abandono de las fuerzas humanas. Todos se envuelven en el manto de la resignación y ponen su suerte en las manos de Dios. Retroceden

apretujándose como un rebaño de corderos. El navío en peligro dispara cañonazos de alarma, pero se hunde con lentitud... con majestad. Han hecho funcionar las bombas durante todo el día. Esfuerzo inútil. Ha llegado la noche, espesa, implacable, para colmar tan gracioso espectáculo. Todos se dicen que una vez en el agua no podrán ya respirar, pues por lejos que lleven su memoria, no encuentran ningún pez entre sus antepasados, pero se exhortan a contener el aliento el mayor tiempo posible para prolongar la vida dos o tres segundos más; es la vengativa ironía que quieren dedicar a la muerte... El navío en peligro dispara cañonazos de alarma, pero se hunde con lentitud... con majestad. Ignoran que el bajel, al hundirse, provoca una poderosa circunvalación de las olas alrededor de sí mismas; que el cenagoso limo se ha mezclado con las turbias aguas y que una fuerza procedente de abajo, respuesta a la tempestad que ejerce arriba sus estragos, imprime al elemento entrecortados y nerviosos movimientos. Así, pese a la provisión de sangre fría que atesora, de antemano, el futuro ahogado, tras más amplia reflexión, debe sentirse satisfecho si prolonga su vida, en los torbellinos del abismo, la mitad de una respiración ordinaria —seamos generosos. Les será, pues, imposible burlarse de la muerte, supremo deseo. El navío en peligro dispara cañonazos de alarma, pero se hunde con lentitud... con majestad. Es un error. No dispara ya cañonazos, no se hunde ya. La cáscara de nuez ha desaparecido por completo. ¡Cielos!, ¡cómo se puede vivir todavía, tras haber gozado tantas voluptuosidades! Acababa de concedérseme ser testigo de las mortales agonías de varios de mis semejantes. Minuto a minuto seguí las peripecias de sus angustias. A veces, el bramido de

una anciana enloquecida de espanto, primaba sobre todo lo demás. Otras, sólo el vagido de un niño de teta impedía escuchar las órdenes de maniobra. El bajel estaba demasiado lejos como para percibir con claridad los gemidos que el viento me traía; pero yo los aproximaba con mi voluntad y la ilusión óptica era completa. Cada cuarto de hora, cuando una ráfaga de viento, más fuerte que las demás, alzando sus acentos lúgubres a través del grito de los aterrorizados petreles, dislocaba el navío con un crujido longitudinal y aumentaba los lamentos de quienes iban a ser ofrecidos en holocausto a la muerte, yo me hundía en la mejilla una aguzada punta de hierro y pensaba para mí: «¡Más sufren ellos!» Así tenía, por lo menos, un término de comparación. Les apostrofaba desde la orilla, lanzándoles imprecaciones y amenazas. ¡Me parecía que debían de oírme! ¡Me parecía que mi odio y mis palabras, salvando la distancia, aniquilaban las leyes físicas del sonido y llegaban, claras, a sus oídos ensordecidos por los mugidos del furioso océano! ¡Me parecía que debían de pensar en mí y exhalar su venganza en impotente rabia! De vez en cuando, lanzaba una mirada hacia las ciudades dormidas en tierra firme, y, viendo que nadie sospechaba que un bajel iba a hundirse, a pocas millas de la orilla, con una corona de aves de rapiña y un pedestal de gigantes acuáticos de vacío vientre, recobraba el valor y recuperaba la esperanza; ¡su perdición era, pues, segura! ¡No podían escapar! Como precaución suplementaria, había ido a buscar mi fusil de dos cañones para que si algún náufrago sentía la tentación de llegar a nado hasta las rocas para escapar a la inminente muerte, una bala en el hombro le rompiera el brazo y le impidiera cumplir su designio. En el

más furioso momento de la tempestad vi, nadando por sobre las aguas, con desesperados esfuerzos, una cabeza enérgica de erizados cabellos. Tragaba litros de agua y se hundía en el abismo, sacudido como un corcho. Pero pronto aparecería de nuevo, con los cabellos chorreantes y clavando la mirada en la orilla parecía desafiar a la muerte. Su sangre fría era admirable. Una amplia herida sangrante, provocada por la punta de algún escollo oculto, cruzaba su rostro intrépido y noble. No debía de tener más de dieciséis años, pues, a través de los relámpagos que iluminaban la noche, apenas se percibía sobre su labio la pelusa del melocotón. Y ahora estaba sólo a doscientos metros del acantilado, y yo podía verle sin dificultad. ¡Qué valor! ¡Qué espíritu indomable! ¡Cómo parecía burlarse del destino la firmeza de su testa, hendiendo con vigor las olas, cuyos surcos se abrían difícilmente ante él!... Yo lo había decidido de antemano. Y me debía a mí mismo el cumplimiento de mi promesa: la hora postrera había sonado para todos, nadie debía escapar. Esa era mi resolución; nadie la cambiaría... Se escuchó un sonido seco y la cabeza se hundió enseguida para no reaparecer más. Ese crimen no me complació tanto como podría suponerse, y, precisamente porque estaba harto de matar, lo hacía ya por simple costumbre, de la que no se puede prescindir, pero que proporciona sólo un insignificante goce. Los sentidos están embotados, endurecidos. ¿Qué voluptuosidad experimentar ante la muerte de aquel ser humano cuando había más de un centenar que iban a ofrecérseme, como espectáculo, en su última lucha contra las olas, una vez se hubiera hundido el navío? Y en aquella muerte yo no tenía siquiera el acicate del peligro, pues la justicia humana, acunada

por el huracán de aquella noche horrenda, dormitaba en las casas, a pocos pasos de mí. Hoy, cuando los años pesan sobre mi cuerpo, lo digo con sinceridad como una verdad suprema y solemne: yo no era tan cruel como, luego, se dijo entre los hombres, pero, a veces, su maldad producía perseverantes estragos durante años enteros. Entonces, no tenía límites para mi furor; sufría accesos de crueldad y me convertía en terrible para quien se acercara a mis huraños ojos, siempre que perteneciera a mi raza. Si era un caballo o un perro, lo dejaba pasar: ¿habéis oído lo que acabo de decir? Por desgracia, la noche de aquella tempestad me encontraba en uno de esos accesos, mi razón me había abandonado (pues, por lo común, yo era tan cruel, pero más prudente), y todo lo que aquella vez cayera entre mis manos, debía perecer; no pretendo excusarme por mis desmanes. No toda la culpa es de mis semejantes. Me limito a decir las cosas como son, a la espera del juicio final que me obliga a rascarme la nuca de antemano... ¡Qué me importa el juicio final! Mi razón no me abandona nunca, como os he dicho antes para engañarnos. Y, cuando cometo un crimen, sé lo que hago: ¡No quería hacer otra cosa! De pie en la roca, mientras el huracán azotaba mis cabellos y mi manto, espiaba en pleno éxtasis la fuerza de la tempestad que se encarnizaba con el navío, bajo un cielo sin estrellas. Seguí, en actitud triunfante, todas las peripecias de aquel drama, desde que el bajel echó sus anclas hasta el instante en que se hundió; fatal envoltura que arrastró, a las entrañas del mar, a quienes se habían revestido con ella, como si fuera un manto. Pero se aproximaba el momento en que yo mismo iba a mezclarme como actor en esas escenas de la naturaleza convulsa. Cuando el lugar

donde el bajel había mantenido su combate, mostró muy a las claras que este había ido a pasar el resto de sus días en la planta baja del mar, entonces, algunos de los que habían sido arrastrados por las olas, reaparecieron en la superficie. Se agarraron unos a otros de los brazos, de dos en dos, de tres en tres; era el medio de no salvar su vida, pues sus movimientos quedaban dificultados y se hundían como cuencos agujereados... ¿Qué significa ese ejército de monstruos marinos que corta velozmente las olas? Son seis; sus aletas natatorias son vigorosas y se abren paso a través de las revueltas olas. Todos esos seres humanos, que agitan sus cuatro miembros en ese continente poco firme, pronto son sólo para los tiburones una tortilla sin huevos que se distribuyen según la ley del más fuerte. La sangre se mezcla con las aguas y las aguas se mezclan con la sangre. Sus feroces ojos iluminan suficientemente la escena de la carnicería... Pero ¿qué significa, también, ese tumulto en las aguas, allí, en el horizonte? Diríase una tromba que se acerca. ¡Qué modo de bogar! Descubro lo que es. Una enorme hembra de tiburón se acerca a tomar su parte del picadillo de hígado y a comer papilla fría. Está furiosa, pues llega hambrienta. Se entabla una lucha entre los tiburones y ella para disputarse los miembros palpitantes que flotan, aquí y allá, sin decir nada, en la superficie de la crema roja. Lanza, a diestro y siniestro, dentelladas que producen mortales heridas. Pero tres tiburones vivos la rodean todavía y se ve obligada a girar en todos los sentidos para desbaratar sus maniobras. Con una emoción creciente, desconocida hasta entonces, el espectador, emplazado en la orilla, sigue esa batalla naval de nuevo género. Tiene los ojos fijos en esa valerosa hembra de tiburón, de

tan fuertes dientes. No vacila, se echa el fusil a la cara y, con su habitual destreza, aloja su segunda bala en las agallas de uno de los tiburones, cuando este se muestra por encima de una ola. Quedan dos tiburones que dan pruebas del mayor encarnizamiento. Desde lo alto de la roca, el hombre de la saliva salobre se arroja al mar y nada hacia la alfombra agradablemente coloreada, manteniendo en la mano el cuchillo de acero que nunca le abandona. A partir de ahora, cada tiburón tiene que vérselas con un enemigo. Avanza hacia su fatigado adversario y tomándose su tiempo le hunde en el vientre la aguzada hoja. La ciudadela móvil se libra fácilmente de su último adversario... El nadador y la hembra del tiburón, a la que él ha salvado, se encuentran uno ante otro. Se miran a los ojos durante algunos minutos, y cada uno de ellos se asombra al encontrar tanta ferocidad en la mirada del otro. Giran en redondo, mientras nadan sin perderse de vista, diciéndose para sí. «Hasta hoy me equivocaba; he aquí uno más malvado que yo.» Entonces, de común acuerdo y entre dos aguas, se deslizaron el uno hacia la otra con mutua admiración, la hembra del tiburón hendiendo el agua con sus aletas, Maldoror batiendo las ondas con sus brazos; contuvieron su aliento con profunda veneración, ambos deseosos de contemplar, por primera vez, su vivo retrato. Llegados a tres metros de distancia, sin hacer ningún esfuerzo, cayeron bruscamente el uno contra el otro, como dos amantes, y se estrecharon con dignidad y agradecimiento, en un abrazo tan tierno como el del hermano y la hermana. Los deseos carnales no tardaron en seguir a esta demostración de amistad. Dos nerviosos muslos se adhirieron estrechamente a la piel viscosa del monstruo, como dos

sanguijuelas, y, con los brazos y las aletas enlazadas alrededor del cuerpo del objeto amado, al que abrazaban con amor, sus gargantas y sus pechos no formaron, pronto, más que una masa glauca con aromas de algas marinas. En medio de la tempestad que seguía rugiendo, a la luz de los relámpagos, teniendo por lecho nupcial la ola espumosa, mecidos por una corriente submarina como en una cuna y rodando sobre sí mismos hacia las desconocidas profundidades del abismo, se unieron por fin en un acoplamiento prolongado, horrendo y casto... ¡Por fin había encontrado a alguien que se me pareciera!... ¡Ya no estaría solo en la vida!... ¡Ella tenía las mismas ideas que yo!... ¡Me encontraba frente a mi primer amor!
[...]

Existen en la vida horas en las que el hombre, de piojosa cabellera, lanza con los ojos fijos furiosas miradas a las verdes membranas del espacio, pues le parece escuchar, ante sí, el irónico abucheo de un fantasma. Titubea e inclina la cabeza: lo que ha oído es la voz de la conciencia. Entonces, sale de casa con la velocidad de un loco, toma la primera dirección que se ofrece a su estupor y devora las rugosas llanuras de la campiña. Pero el amarillento fantasma no le pierde de vista y le persigue con similar velocidad. A veces, en una noche de tormenta, mientras legiones de pulpos alados, que a lo lejos parecen cuervos, se ciernen por encima de las nubes, dirigiéndose con rígido bogar hacia las ciudades de los humanos, con la misión de advertirles que cambien de conducta, el guijarro, de sombría mirada, ve a dos seres que pasan a la luz del relámpago, uno tras otro, y, enjugando una furtiva lágrima de compasión, que se

desprende de su helado párpado, exclama: «En verdad lo merece, y eso es sólo justicia.» Tras haberlo dicho, regresa a su huraña actitud y sigue mirando con nervioso temblor la caza del hombre y los labios mayores de la vagina de sombras, de donde se desprenden, sin cesar, como un río, inmensos espermatozoides tenebrosos que emprenden el vuelo por el lúgubre éter, ocultando, con el vasto despliegue de sus alas de murciélago, toda la naturaleza y las legiones solitarias de pulpos, que se han vuelto taciturnos ante el aspecto de esos fulgores sordos e inexpresables. Pero, mientras, la caza continúa entre ambos incansables corredores y el fantasma lanza por su boca torrentes de fuego sobre la calcinada espalda del antílope humano. Si, en el cumplimiento de este deber, encuentra en su camino a la piedad, que pretende cerrarle el paso, cede con repugnancia a sus súplicas y deja escapar al hombre. El fantasma hace chasquear su lengua, como diciéndose a sí mismo que dejará la persecución, y regresa a su cubil hasta nueva orden. Su voz de condenado se extiende hasta las más lejanas capas del espacio, y, cuando su espantoso aullido penetra en el corazón humano, este preferiría, dicen, tener por madre a la muerte que por hijo al remordimiento. Hunde la cabeza hasta los hombros en las terrosas complejidades de un agujero, pero la conciencia volatiliza esa artimaña de avestruz. La excavación, gota de éter, se evapora, aparece la luz con su cortejo de rayos, como una bandada de chorlitos cae sobre el espliego, y el hombre se encuentra de nuevo frente a sí mismo, con los ojos abiertos y lívidos. Le he visto dirigirse hacia el mar, subir a un promontorio batido y destrozado por la ceja de la espuma, y, como una flecha, arrojarle a las olas. He aquí el milagro: el

cadáver reaparecía a la mañana siguiente en la superficie del océano, que devolvía a la orilla ese despojo de carne. El hombre se desprendía del molde que su cuerpo había excavado en la arena, escurría el agua de sus cabellos mojados y retomaba, con la frente muda e inclinada, el camino de la vida. La conciencia juzga con severidad nuestros pensamientos y nuestros actos más secretos, y no se equivoca. Puesto que con frecuencia es impotente para prevenir el mal, no deja de acosar al hombre como a un zorro, sobre todo, en la oscuridad. Ojos vengadores que la ignorante ciencia llama meteoros esparcen una lívida llama, pasan girando sobre sí mismos y articulan palabras de misterio... ¡que él comprende! Entonces, la cabecera de su cama se hace pedazos por las sacudidas de su cuerpo, abrumado bajo el peso del insomnio, y oye la siniestra respiración de los vagos rumores de la noche. El propio ángel del sueño, mortalmente alcanzado en la frente por una piedra desconocida, abandona su tarea y regresa a los cielos. Pues bien, esta vez me presento para defender al hombre, yo, el despreciador de todas las virtudes; yo, a quien el Creador no ha podido olvidar desde el glorioso día en que, derribando de su zócalo las crónicas del cielo donde, por no sé qué infame artimaña, estaban consignados su poder y su eternidad, apliqué bajo su axila mis cuatrocientas ventosas y le hice lanzar gritos terribles... Se convirtieron en víboras, brotando de su boca, y fueron a ocultarse en la maleza y las murallas en ruinas, al acecho de día, al acecho de noche. Esos gritos, que se volvieron reptantes y dotados de innumerables anillos, con una cabeza pequeña y chata, péfidos ojos, juraron avizorar la inocencia humana, y cuando esta se pasea por la maleza del sotobosque o al

otro lado de los taludes o por las arenas de las dunas, no tarda en cambiar de idea. Si todavía está a tiempo, pues, a veces, el hombre advierte que el veneno se introduce en las venas de su pierna, por medio de un mordisco casi imperceptible, antes de haber podido volver atrás y llegar a campo abierto. De este modo, el Creador, manteniendo una admirable sangre fría hasta en los más atroces sufrimientos, sabe obtener de su propio seno gérmenes nocivos para los habitantes de la tierra. Cuál no fue su asombro cuando vio a Maldoror, convertido en pulpo, alargar hacia su cuerpo sus ocho patas monstruosas, cada una de las cuales, sólida correa, habría podido abarcar con facilidad la circunferencia de un planeta. Tomado por sorpresa, se debatió unos instantes en ese abrazo viscoso que se hacía cada vez más estrecho... temí algún mal golpe de su parte; tras haberme alimentado abundantemente con los glóbulos de aquella sangre sagrada, me separé bruscamente de su majestuoso cuerpo y me oculté en una caverna que, desde entonces, fue mi morada. Tras infructuosas búsquedas, no pudo encontrarme. De eso hace mucho tiempo, pero creo que ahora sabe dónde está mi morada; se guarda bien de entrar en ella. Vivimos, ambos, como dos monarcas vecinos que conocen sus respectivas fuerzas, no pueden vencerse el uno al otro y están cansados de las inútiles batallas del pasado. Me teme y le temo; cada uno de nosotros, sin ser vencido, ha sufrido los duros golpes de su adversario, y permanecemos así. Sin embargo, estoy dispuesto a recomenzar la lucha cuando quiera. Pero que no espere el momento favorable para sus ocultos designios. Me mantendré siempre atento, fijando mi mirada en él. Que no envíe ya a la tierra la conciencia y sus tormentos.

He mostrado a los hombres las armas con las que pueden combatirla con ventaja. No están todavía familiarizados con ella, pero sabe que, para mí, es como paja que se lleva el viento. Le hago el mismo caso. Si quisiera aprovechar la ocasión que se presenta para hacer más sutiles esas discusiones poéticas, añadiría que hago, incluso, más caso de la paja que de la conciencia, pues la paja es útil para el buey que la rumia, mientras que la conciencia sólo sabe mostrar sus garras de acero. Sufrieron un penoso fracaso el día que se colocaron ante mí. Como la conciencia había sido enviada por el Creador, creí conveniente no permitir que me cerrara el paso. Si se hubiera presentado con la modestia y la humildad propias de su rango, y de las que nunca hubiera debido prescindir, la habría escuchado. Su orgullo no me gustaba. Extendí una mano y trituré sus garras con mis dedos; cayeron hechas polvo bajo la creciente presión de esa nueva especie de mortero. Extendí la otra mano y le arranqué la cabeza. Expulsé, luego, de mi casa, a latigazos, a aquella mujer, y no volví a verla. Conservé su cabeza como recuerdo de mi victoria... Con una cabeza, cuyo cráneo roía, en la mano, me mantuve sobre un pie como la garza real, al borde del precipicio excavado en la ladera de la montaña. Se me vio descender al valle, mientras la piel de mi pecho permanecía inmóvil y calma, como la losa de una sepultura. Con una cabeza, cuyo cráneo roía, en la mano, nadé por los más peligrosos remolinos, recorrí los mortales escollos y me sumergí bajo las corrientes para asistir, como un extraño, a los combates de los monstruos marinos; me aparté de la orilla hasta que desapareció de mi penetrante vista, y los horrendos calambres, con su paralizador magnetismo, merodeaban en torno

a mis miembros que hendían las olas con potentes movimientos, sin osar acercarse. Se me vio, sano y salvo, en la playa, mientras la piel de mi pecho permanecía inmóvil y calma, como la losa de una sepultura. Con una cabeza, cuyo cráneo roía, en la mano, subí por los ascendentes peldaños de una elevada torre. Llegué, con las piernas fatigadas, a la plataforma vertiginosa. Miré la campiña, el mar; miré el sol, el firmamento. Empujando con el pie el granito, que no retrocedió, desafié la muerte y la venganza divina con un abuceo supremo y me precipité, como un adoquín, en la boca del espacio. Los hombres oyeron el doloroso y resonante choque que produjo el encuentro del suelo con la cabeza de la conciencia, que yo había abandonado en mi caída. Se me vio descender, con la lentitud del pájaro, llevado por una nube invisible, y recoger la cabeza para forzarla a ser testigo de un triple crimen que yo debía cometer aquel mismo día, mientras la piel de mi pecho permanecía inmóvil y calma, como la losa de una sepultura. Con una cabeza, cuyo cráneo roía, en la mano, me dirigí al lugar donde se levantan los postes que sostienen la guillotina. Coloqué bajo la cuchilla la gracia suave de los cuellos de tres muchachas. Verdugo, solté el cordón con la aparente experiencia de toda una vida, y el metal triangular, cayendo oblicuamente, cortó tres cabezas que me miraban con dulzura. Puse, luego, la mía bajo el pesado filo y el sayón se preparó para cumplir con su deber. Tres veces cayó la cuchilla por entre las ranuras con renovado vigor; tres veces, mi armazón material, sobre todo, en el lugar donde se asienta el cuello, se vio conmovido hasta sus fundamentos, como cuando en sueños, nos imaginamos aplastados por una casa que se derrumba. El pueblo,

estupefacto, me dejó pasar para alejarme de la fúnebre plaza; me vio abrir, a codazos, sus ondulantes oleadas y moverme, lleno de vida, avanzando en línea recta, con la cabeza erguida, mientras la piel de mi pecho permanecía inmóvil y calma, como la losa de una sepultura. Había dicho que, esta vez, quería defender al hombre, pero temo que mi apología no sea expresión de la verdad, y, en consecuencia, prefiero callar. ¡La humanidad aplaudirá con gratitud esta medida!

Es tiempo ya de echar el freno a mi imaginación y detenerme, por un instante, en el camino, como cuando se contempla la vagina de una mujer; es bueno examinar el trecho recorrido y lanzarse, luego, con los miembros reposados, en un salto impetuoso. No es fácil producir, sin retomar aliento, toda una tirada, y las alas se fatigan mucho en un vuelo elevado, sin esperanzas y sin remordimiento. No... no llevemos a mayor profundidad la huraña cuadrilla de los azadones y las excavaciones, a través de las explosivas minas de este campo impío. El cocodrilo no cambiará una sola palabra del vómito que brota por debajo de su cráneo. ¡Qué importa que alguna sombra furtiva, impulsada por el loable objetivo de vengar a la humanidad, injustamente atacada por mí, abra subrepticamente la puerta de mi habitación, rozando la pared como el ala de una gaviota, y hunda un puñal en las costillas del saqueador de ruinas celestiales! Lo mismo da que la arcilla disuelva sus átomos de este modo que de cualquier otro.

CANTO TERCERO

Recordemos los nombres de esos seres imaginarios de angélica naturaleza, que mi pluma, durante el segundo canto, extrajo de un cerebro, y que brillan con un fulgor emanado de ellos mismos. Mueren en su mismo nacimiento, como esas chispas del papel ardiendo cuya rápida desaparición apenas puede seguir el ojo. ¡Léman!... ¡Lohengrin!... ¡Lombano!... ¡Holzer!... aparecisteis, por un instante, cubiertos con las insignias de la juventud, en mi horizonte hechizado, pero os he dejado caer de nuevo en el caos, como campanas de inmersión. No volveréis ya a salir. Me basta haber conservado vuestro recuerdo; debéis dejar paso a otras sustancias, menos bellas tal vez, que darán a luz el tempestuoso rebosar de un amor que ha decidido no apagar su sed con la raza humana. Famélico amor que se devoraría a sí mismo, si no buscara su alimento en las ficciones celestiales: creando, a la larga, una pirámide de serafines, más numerosos que los insectos que hormiguean en una gota de agua, los entrelazará en una elipse que hará girar, como un torbellino, a su alrededor. Mientras, el viajero detenido ante la visión de una catarata, si levanta el rostro, verá en la lejanía a un ser humano arrastrado hacia la cueva del infierno por una guirnalda de vivientes camelias. Pero... ¡silencio!, la imagen flotante del quinto ideal se dibuja lentamente, como los pliegues indecisos de una aurora boreal, en

el plano vaporoso de mi inteligencia, y toma una consistencia cada vez más definida... Mario y yo recorríamos la playa. Nuestros caballos, con el pescuezo tendido, hendían las membranas del espacio y arrancaban chispas a los guijarros. La brisa, que nos golpeaba el rostro, penetraba bajo nuestros mantos y hacía que los cabellos de nuestras cabezas gemelas revolotearan hacia atrás. La gaviota, con sus gritos y los movimientos de sus alas, se esforzaba vanamente en advertirnos de la posible proximidad de la tormenta y exclamaba: «¿Adónde van con ese galope insensato?» No decíamos nada; sumidos en la ensoñación, nos dejábamos arrastrar en alas de esa curiosa carrera; el pescador, viéndonos pasar, veloces como el albatros, y creyendo percibir, huyendo ante él, *a los dos hermanos misteriosos*, como se les había llamado porque estaban siempre juntos, se apresuraba a persignarse y se ocultaba, con su paralizado perro, bajo alguna profunda roca. Los habitantes de la costa habían oído contar extrañas cosas sobre ambos personajes que aparecían en la tierra por entre las nubes, en épocas de calamidad, cuando una horrenda guerra amenazaba con plantar su arpón en el pecho de dos países enemigos, o el cólera se disponía a lanzar, con su honda, la podredumbre y la muerte sobre ciudades enteras. Los más viejos saqueadores de pecios fruncían el ceño con aire grave, afirmando que ambos fantasmas, la envergadura de cuyas negras alas todos habían observado durante los huracanes, por encima de los bancos de arena y los escollos, eran el genio de la tierra y el genio del mar que paseaban su majestad por los aires durante las grandes convulsiones de la naturaleza, unidos por una amistad eterna cuya rareza y gloria han

parido el asombro de la indefinida cadena de las generaciones. Se afirmaba que, volando uno junto a otro como dos cóndores de los Andes, les gustaba planear, en círculos concéntricos, por las capas de las atmósferas contiguas al sol; que se nutrían, en esos parajes, de las más puras esencias de la luz; pero que sólo con dolor se decidían a desviar la inclinación de su vuelo vertical hacia la despavorida órbita por la que gira el globo humano en pleno delirio, habitado por espíritus crueles que se inmolan mutuamente en los campos donde ruge la batalla (cuando no se matan, pérfidos, secretamente, en el centro de las ciudades, con el puñal del odio o la ambición), y que se nutren de seres tan llenos de vida como ellos, aunque colocados unos peldaños más abajo en la escalera de las existencias. O, cuando tomaban la firme resolución, para incitar a los hombres al arrepentimiento con las estrofas de sus profecías, de nadar, dirigiéndose a grandes brazadas hacia las regiones siderales por las que se movía un planeta en medio de las espesas exhalaciones de avaricia, de orgullo, de imprecaciones y de risa sarcástica que se desprendían, como vapores pestilentes, de su horrenda superficie, y parecía pequeño como una bola, siendo casi invisible por la distancia, no dejaban de encontrar ocasiones para arrepentirse amargamente de su benevolencia, desconocida y despreciada, e iban a ocultarse en el fondo de los volcanes, para conversar con el vívido fuego que borbotea en las cubas de los subterráneos centrales, o en el fondo del mar, para descansar placenteramente su desilusionada vista en los más feroces monstruos del abismo, que les parecían modelos de dulzura comparados a los bastardos de la humanidad. Llegada la noche, de oscuridad propicia,

salían impetuosamente de los cráteres, con crestas de pórvido, de las corrientes submarinas y dejaban, muy atrás, el rocoso orinal donde se agita el estreñido ano de las cacatúas humanas, hasta que no podían distinguir ya la suspendida silueta del planeta inmundo. Entonces, apesadumbrados por su infructuosa tentativa, en medio de las estrellas que se apiadaban de su dolor y bajo la mirada de Dios, el ángel de la tierra y el ángel del mar se besaban llorando... Mario y el que galopaba a su lado no ignoraban los vagos y supersticiosos rumores que contaban en las veladas los pescadores de la costa, cuchicheando en torno al hogar, con las puertas y ventanas cerradas, mientras el viento nocturno, que desea calentarse, deja escuchar su silbido alrededor de la cabaña de paja y sacude, con su vigor, esas frágiles paredes, rodeadas en su base por fragmentos de concha traídos por las moribundas ondulaciones de las olas. No hablábamos. ¿Qué pueden decirse dos corazones que se aman? Nada. Pero nuestros ojos lo expresaban todo. Le aconsejo que se ciña más el manto y él me hace observar que mi caballo se aleja demasiado del suyo: ambos nos interesamos tanto por la vida del otro como por nuestra propia vida; no nos reímos. Se esfuerza en sonreírme, pero percibo que su rostro lleva el peso de las terribles impresiones que en él ha grabado la reflexión, constantemente inclinada sobre las esfinges que desconciertan, con sesgada mirada, las grandes angustias de la inteligencia de los mortales. Viendo la inutilidad de sus manejos, aparta los ojos, tasca su freno terrestre con la baba de la rabia, y mira el horizonte que huye cuando nos acercamos. A mi vez, me esfuerzo por recordarle su dorada juventud, que sólo pide entrar, como una reina, en los palacios

de los placeres, pero advierte que mis palabras brotan con dificultad de mi demacrada boca y que los años de mi propia primavera pasaron, tristes y glaciales, como un sueño implacable que pasea, por las mesas de los banquetes y los lechos de raso, donde dormita la pálida sacerdotisa del amor, pagada con la reverberación del oro, las amargas voluptuosidades del desencanto, las pestilentes arrugas de la vejez, los terrores de la soledad y las antorchas del dolor. Viendo la inutilidad de mis manejos, no me asombra no poder hacerle feliz; el Todopoderoso se me aparece revestido con sus instrumentos de tortura, en toda la resplandeciente aureola de su horror. Aparto los ojos y miro al horizonte que huye cuando nos acercamos... Nuestros caballos galopaban a lo largo de la orilla, como si rehuyeran las miradas humanas... Mario es más joven que yo; la humedad del tiempo y la espuma salobre que nos salpica llevan el contacto del frío a sus labios. Le digo: «¡Ten cuidado!... ¡ten cuidado!... Cierra tus labios, únelos el uno al otro; ¿no adviertes las zarpas agudas de la quemazón que produce el frío lacerando tu piel con urentes heridas?» Mira mi frente y me replica con los movimientos de su lengua: «Sí, veo esas verdes zarpas, pero no alteraré la situación natural de mi boca para ahuyentarlas. Mira si miento. Puesto que, al parecer, es voluntad de la Providencia, quiero someterme a ella. Su voluntad podría haber sido mejor.» Y yo exclamé: «Admiro esta noble venganza.» Quise arrancarme los cabellos, pero me lo impidió con una mirada severa y le obedecí con respeto. Se hacía tarde y el águila regresaba a su nido, excavado en las fragosidades de la roca. Me dijo: «Voy a prestarte mi manto para protegerte del frío: yo no lo necesito.» Le

repliqué: «¡Ay de ti si haces lo que dices! No quiero que nadie sufra en mi lugar, y tú menos que nadie.» No respondió porque yo tenía razón, pero comencé a consolarle por el acento de mis palabras... Nuestros caballos galopaban a lo largo de la orilla, como si rehuyeran las miradas humanas... Erguí la cabeza como la proa de un navío levantada por una enorme ola y le dije: «¿Estás llorando? Te lo pregunto, rey de las nieves y las nieblas, no veo lágrimas en tu rostro, bello como la flor del cactus, y tus párpados están secos como el lecho del torrente; pero advierto, en el fondo de tus ojos, una cuba llena de sangre, donde hierve tu inocencia mordida en el cuello por un escorpión de gran especie. Un viento violento se abate sobre el fuego que calienta la caldera y dispersa las oscuras llamas hasta hacerlas salir de tu órbita sagrada. He acercado mis cabellos a tu rosada frente y he notado cierto olor a chamuscado porque comenzaban a arder. Cierra tus ojos, pues, de lo contrario, tu rostro, calcinado como la lava del volcán, caerá hecho cenizas en el hueco de mi mano.» Y él se volvió hacia mí, sin ocuparse de las riendas que empuñaba, y me contempló enternecido, mientras, lentamente, abría y cerraba sus párpados de lirio, como el flujo y reflujó del mar. Quiso responder a mi audaz pregunta y lo hizo así: «No te ocupes de mí. Al igual que los vapores de los ríos reptan por las laderas de la colina y, una vez llegados a la cumbre, se lanzan a la atmósfera formando nubes, así tus inquietudes por mí se han incrementado insensiblemente, sin motivo razonable, y forman por encima de tu imaginación, el engañoso cuerpo de un espejismo desolado. Te aseguro que no hay fuego en mis ojos, aunque sienta la impresión de que mi cráneo está metido en un casco

de carbones ardientes. ¿Cómo quieres que las carnes de mi inocencia hiervan en la cuba, si sólo escucho gritos muy débiles y confusos que, para mí, son sólo los gemidos del viento que pasa por encima de nuestras cabezas? Es imposible que un escorpión haya fijado su residencia y sus agudas pinzas en el fondo de mi destrozada órbita, creo, más bien, que son unas vigorosas tenazas las que machacan los nervios ópticos. Sin embargo, pienso, como tú, que la sangre que llena la cuba ha sido extraída de mis venas por un verdugo invisible, durante el sueño de la última noche. Te he estado esperando mucho tiempo, hijo amado del océano, y mis adormecidos brazos entablaron un vano combate con Aquel que se había introducido en el vestíbulo de mi casa... Sí, siento que mi alma está aherrojada en el cerrojo de mi cuerpo y que no puede desprenderse de él para huir lejos de las orillas que golpea el mar humano y no seguir siendo testigo del espectáculo de la lívida jauría de las desgracias persiguiendo, sin descanso, a través de las hondonadas y los abismos del inmenso desaliento, a las gamuzas humanas. Pero no me quejaré. Recibí la vida como una herida y no he permitido que el suicidio curara la cicatriz. Quiero que el Creador contemple, a cualquier hora de su eternidad, su abierta grieta. Este es el castigo que le inflijo. Nuestros corceles reducen la velocidad de sus cascos de bronce; sus cuerpos tiemblan como el cazador sorprendido por una manada de pecaríes. No deben ponerse a escuchar lo que decimos. A fuerza de atención, su inteligencia se desarrollaría y tal vez pudieran comprendernos. ¡Ay, de ellos, pues sufrirían más! En efecto, piensa tan sólo en los jabatos de la humanidad: el grado de inteligencia que los separa de los demás

seres de la creación parece haberles sido concedido, sólo, al precio irremediable de incalculables sufrimientos. Imita mi ejemplo y que tu espuela de plata se hunda en los ijares de tu corcel...» Nuestros caballos galopaban a lo largo la orilla, como si rehuyeran las miradas humanas.

[...]

Era un día de primavera. Los pájaros derramaban sus cánticos en alegres trinos y los humanos, que habían acudido a sus distintas obligaciones, se bañaban en la santidad de la fatiga. Todo trabajaba en su destino: los árboles, los planetas, los escualos. ¡Todo, excepto el Creador! Estaba tendido en el camino, con las ropas desgarradas. Su labio inferior pendía como un cable somnífero; sus dientes no habían sido lavados y el polvo se mezclaba con las rubias ondas de sus cabellos. Amodorrado por un pesado sopor, molido por los guijarros, su cuerpo hacía inútiles esfuerzos para levantarse. Sus fuerzas le habían abandonado y yacía allí, débil como la lombriz, impasible como la corteza. Chorros de vino llenaban los agujeros excavados por la nerviosa agitación de sus hombros. El embrutecimiento, de porcino hocico, le cubría con sus alas protectoras y le lanzaba amorosas miradas. Sus piernas, de relajados músculos, barrían el suelo como dos mástiles ciegos. La sangre manaba de su nariz: en su caída se había golpeado la cara contra un poste... ¡Estaba borracho! ¡Horriblemente borracho! ¡Borracho como una chinche que se hubiera atracado durante la noche con tres toneles de sangre! Llenaba el eco de incoherentes palabras que me guardaré mucho de repetir aquí, si el supremo beodo no se respeta, yo debo respetar a los hombres.

¿Sabíais que el Creador... se emborrachaba? ¡Piedad para ese labio mancillado en las copas de la orgía! El erizo, al pasar, le hundió sus púas en la espalda y dijo: «Ahí tienes eso. El sol está en la mitad de su carrera: trabaja, holgazán, y no te comas el pan de los otros. Espera y verás si llamo a las cacatúas de ganchudo pico.» El picoverde y la lechuza, al pasar, le hundieron todo el pico en el vientre y dijeron: «Ahí tienes eso. ¿Qué pretendes hacer en esta tierra? ¿Has venido a ofrecer tan lúgubre comedia a los animales? Pero ni el topo, ni el casoar, ni el flamenco te imitarán, te lo juro.» El asno, al pasar, le dio una coz en la sien y dijo: «Ahí tienes eso. ¿Qué te había hecho yo para que me dieras orejas tan largas? Ni siquiera el grillo deja de despreciarme.» El sapo, al pasar, le lanzó un chorro de baba a la frente y dijo: «Ahí tienes eso. Si no me hubieras hecho tan grande el ojo y te hubiere visto en el estado en que te veo, habría ocultado castamente la belleza de tus miembros bajo una lluvia de ranúnculos, miosotis y camelias, para que nadie te viese.» El león, al pasar, inclinó su regia faz y dijo: «Por mi parte, le respeto aunque su esplendor nos parezca, de momento, eclipsado. Vosotros, que os hacéis los orgullosos, sois sólo unos cobardes porque le habéis atacado cuando dormía, ¿os gustaría que, en su lugar, tuvierais que soportar, de parte de los que pasaran, las injurias que no le habéis ahorrado?» El hombre, al pasar, se detuvo ante el desconocido Creador, y, entre los aplausos de la ladilla y la víbora, defecó durante tres días sobre su augusto rostro. ¡Ay del hombre culpable de esta injuria!, pues no respetó al enemigo, tendido en la mezcla de barro, sangre y vino, indefenso y casi inanimado... Entonces, el Dios soberano, despertado al fin por tan

mezquinos insultos, se levantó como pudo, tambaleándose fue a sentarse en una piedra, con los brazos colgando, como los dos testículos del tísico, y lanzó una mirada vidriosa, sin fuego, a toda la naturaleza que le pertenecía. ¡Oh!, humanos, sois niños terribles; pero, os lo suplico, respetemos esa gran existencia que no ha terminado todavía de digerir el licor inmundo y, no habiendo conservado fuerzas bastantes para mantenerse en pie, ha vuelto a caer, pesadamente, sobre esa roca en la que se sienta como un viajero. Prestad atención a este mendigo que pasa; ha visto que el derviche le tendía un brazo famélico y, sin saber a quién daba limosna, ha depositado un mendrugo de pan en esa mano que implora misericordia. El Creador se lo ha agradecido con una inclinación de cabeza. ¡Oh!, ¡nunca sabréis qué difícil es empuñar constantemente las riendas del universo! A veces, la sangre sube a la cabeza cuando se está empeñado en sacar de la nada un postrer cometa, con una nueva raza de espíritus. La inteligencia, demasiado conmovida de los pies a la cabeza, se retira como un vencido y puede caer, una vez en la vida, en los extravíos de que habéis sido testigos.

Un fanal rojo, bandera del vicio, colgado del extremo de un soporte, balanceaba su armazón azotado por los cuatro vientos, sobre una puerta maciza y carcomida. Un sucio corredor, que olía a muslo humano, daba a un corral donde buscaban su comida algunos gallos y gallinas más flacos que sus propias alas. En el muro que rodeaba el corral, y orientadas al oeste, se habían practicado con parsimonia distintas aberturas, cerradas por enrejados postigos. El musgo cubría ese cuerpo de edificio que, sin duda, había sido

un convento y servía, en la actualidad, como el resto de la construcción, de vivienda a todas esas mujeres que mostraban cada día, a quienes entraban, el interior de sus vaginas a cambio de un poco de oro. Me encontraba en un puente cuyos pilones se hundían en el agua lodosa de un foso circundante. Desde su elevada superficie, contemplaba en el campo, aquella construcción inclinada sobre su propia vejez, y los menores detalles de su arquitectura interior. A veces, la reja de un postigo se levantaba rechinando, como impulsada hacia arriba por una mano que violentara la naturaleza del hierro: un hombre asomaba la cabeza por la abertura a medias despejada, sacaba sus hombros, sobre los que caía el desconchado yeso y hacía seguir, en tan laboriosa extracción, su cuerpo cubierto de telarañas. Apoyando sus manos, como una corona, sobre las inmundicias de toda suerte que oprimían el suelo con su peso, mientras tenía todavía la pierna atrapada en la retorcida reja, recobraba así su postura natural, iba a mojar sus manos en una coja artesa cuya agua jabonosa había visto elevarse y caer a generaciones enteras, y se alejaba luego a toda prisa de aquellas callejas arrabaleras, para ir a respirar aire puro en el centro de la ciudad. Cuando el cliente había salido, una mujer por completo desnuda aparecía en el exterior, del mismo modo, y se dirigía a la misma artesa. Entonces, los gallos y las gallinas acudían en tropel desde los distintos puntos del corral, atraídos por el olor seminal, la derribaban pese a sus vigorosos esfuerzos, pisoteaban la superficie de su cuerpo como si fuera un estercolero y desgarraban a picotazos, hasta hacer brotar la sangre, los flácidos labios de su hinchada vagina. Las gallinas y los gallos, saciado su buche,

volvían a escarbar la hierba del corral; la mujer, limpia ya, se levantaba, temblorosa, cubierta de heridas como si despertara tras una pesadilla. Dejaba caer el trapo que traía para enjuagar sus piernas y, no necesitando ya la artesa común, regresaba a su madriguera, igual como había salido, para esperar otra actuación. Al ver este espectáculo, también yo quise penetrar en aquella casa. Me disponía a bajar del puente cuando vi, en el entablamento de un pilar, esta inscripción en caracteres hebraicos: «Vosotros, que pasáis por este puente, no prosigáis. El crimen y el vicio habitan aquí; un día, sus amigos aguardaron en vano a un joven que había cruzado la puerta fatal.» La curiosidad venció al temor. Pocos instantes más tarde llegué ante un postigo cuya reja tenía sólidos barrotes que se entrecruzaban estrechamente. Quise mirar al interior a través del espeso tamiz. Primero no pude ver nada, pero no tardé en distinguir los objetos que se hallaban en la oscura habitación, gracias a los rayos del sol, cuya luz iba disminuyendo y pronto desaparecería por el horizonte. La primera y única cosa que llamó mi atención fue un bastón rubio, compuesto por pequeños conos que se introducían unos en otros. ¡Aquel bastón se movía! ¡Se desplazaba por la habitación! Tan fuerte eran sus sacudidas que el suelo temblaba; con sus dos extremos abría enormes brechas en el muro y parecía un ariete con el que se golpea la puerta de una ciudad sitiada. Sus esfuerzos eran inútiles; los muros estaban contruidos con piedras de sillería y, cuando golpeaba la pared, lo veía curvarse como una hoja de acero y rebotar como una pelota elástica. ¡Aquel bastón no estaba, pues, hecho de madera! Advertí, luego, que se enroscaba y se desenroscaba con facilidad, como una anguila.

Aunque alto como un hombre, no se aguantaba derecho. A veces, lo intentaba y mostraba uno de sus extremos ante la reja del postigo. Daba impetuosos saltos, caía de nuevo en tierra sin poder derribar el obstáculo. Comencé a mirarlo cada vez con mayor atención y vi que era un cabello. Después de una gran lucha con la materia que lo rodeaba como una prisión, fue a apoyarse en la cama que amueblaba aquella habitación, con la raíz descansando en una alfombra y la punta adosada a la cabecera. Tras unos instantes de silencio, durante los que escuché entrecortados sollozos, levantó la voz y habló de este modo: «Mi dueño me ha olvidado en esta habitación; no viene a buscarme. Se ha levantado de esta cama en la que estoy apoyado, ha peinado su perfumada cabellera y no ha reparado en que, antes, yo había caído al suelo. Sin embargo, si me hubiera recogido, este acto de simple justicia no me habría parecido sorprendente. Me abandona en esta emparedada habitación, tras haberse envuelto en los brazos de una mujer. Y qué mujer! Las sábanas están todavía húmedas de su tibio contacto y muestran, en su desorden, la huella de una noche pasada en el amor...» ¡Y me pregunté quién podía ser su dueño! ¡Y mis ojos se adherían a la reja con más energía!... «Mientras toda la naturaleza dormitaba en su castidad, él ha copulado con una mujer degradada, en lascivos e impuros abrazos. Se ha rebajado hasta dejar que se aproximaran, a su faz augusta, unas mejillas despreciables por su habitual impudicia, ajada su lozanía. No se ruborizaba, pero yo me ruborizaba por él. No cabe duda de que se sentía feliz durmiendo con semejante esposa de una sola noche. La mujer, asombrada por el majestuoso aspecto del huésped,

parecía gozar incomparables voluptuosidades y le besaba el cuello con frenesí.» ¡Y me pregunté quién podía ser su dueño! ¡Y mis ojos se adherían a la reja con más energía!... «Yo, mientras, sentía cómo pústulas envenenadas, cada vez más numerosas por su desacostumbrado ardor debido a los goces de la carne, rodeaban mi raíz con su hiel mortal, absorbiendo, con sus ventosas, la sustancia generadora de mi vida. Cuanto más se abandonaban a sus insensatos movimientos, más sentía yo que disminuían mis fuerzas. Cuando los deseos corporales alcanzaron el paroxismo de su furor, advertí que mi raíz se inclinaba sobre sí misma, como un soldado herido por una bala. La antorcha de la vida se había extinguido en mí y me desprendí de su ilustre cabeza, como una rama muerta; caí al suelo, sin valor, sin fuerza, sin vitalidad, pero sintiendo profunda compasión por aquel a quien pertenecía: pero sintiendo un dolor eterno por su voluntario extravío...» ¡Y me pregunté quién podía ser su dueño! ¡Y mis ojos se adherían a la reja con más energía!... «Si, al menos, hubiera rodeado con su alma el inocente seno de una virgen. Ella habría sido digna de él y la degradación hubiera sido menor. Besa, con sus labios, esa frente cubierta de barro que los hombres han pisoteado con su polvoriento talón... Aspira, con su desvergonzada nariz, las emanaciones de aquellas dos húmedas axilas... Vi la membrana de estas últimas contraerse de vergüenza, mientras, por su lado, la nariz se negaba a aquella aspiración infame. Pero ni él ni ella prestaban atención alguna a las solemnes advertencias de las axilas, a la apagada y lívida repulsión de las fosas nasales. Ella levantaba más sus brazos y él, con más fuerte impulso, hundía el rostro en sus huecos. Me veía obligado a ser

cómplice de tal profanación. Me veía obligado a ser el espectador de tan inaudito desenfreno, a asistir a la forzada aleación de aquellos dos seres, cuyas distintas naturalezas estaban separadas por un abismo inconmensurable...» ¡Y me pregunté quién podía ser su dueño! ¡Y mis ojos se adherían a la reja con más energía!... «Cuando se hubo saciado de respirar a aquella mujer, quiso arrancarle uno por uno los músculos, pero, como era mujer, la perdonó y prefirió hacer sufrir a un ser de su propio sexo. Llamó, de la celda vecina, a un joven que había acudido a la casa para pasar unos instantes de solaz con una de aquellas mujeres y le conminó a colocarse a un paso de sus ojos. Hacía tiempo ya que yo yacía en el suelo. Careciendo de fuerzas para erguirme sobre mi ardiente raíz, no pude ver lo que hicieron. Sé, sin embargo, que apenas el joven estuvo al alcance de su mano, jirones de carne cayeron a los pies de la cama y se colocaron junto a mí. Ellos me contaron, en voz baja, que las zarpas de mi dueño los habían arrancado de los hombros del adolescente. Este, al cabo de unas horas, durante las que había luchado contra una fuerza mayor que la suya, se levantó de la cama y se retiró majestuosamente. Se hallaba literalmente desollado de los pies a la cabeza; arrastraba, por las losas de la habitación, su piel arrancada. Se decía que su carácter estaba lleno de bondad, que deseaba creer que sus semejantes eran también buenos, que por ello había accedido al deseo del distinguido extranjero que le había llamado a su lado, pero que jamás de los jamases esperó ser torturado por un verdugo. Por semejante verdugo, añadió tras una pausa. Por fin, se dirigió hacia el postigo, que se hendió compasivamente hasta el nivel del suelo en presencia de aquel

cuerpo desprovisto de epidermis. Sin abandonar su piel, que podía servirle todavía, aunque fuera sólo de manto, intentó desaparecer de aquella emboscada; una vez se hubo alejado de la habitación, no pude ver si había tenido fuerzas para llegar a la puerta de salida. ¡Oh!, ¡con qué respeto, pese a su hambre, se alejaban los gallos y gallinas de aquel largo rastro de sangre en la empapada tierra!» ¡Y me pregunté quién podía ser su dueño! ¡Y mis ojos se adherían a la reja con más energía!... «Entonces, aquel que hubiera debido tener más en cuenta su dignidad y su justicia, se incorporó, penosamente, sobre su fatigado codo. Solo, sombrío, asqueado y horrendo... Se vistió con lentitud. Las monjas, sepultadas desde hacía siglos en las catacumbas del convento, tras despertar sobresaltadas por los ruidos de aquella noche horrible, que chocaban entre sí en una celda situada sobre la cripta, se cogieron de las manos y formaron un fúnebre corro a su alrededor. Mientras él buscaba los escombros de su antiguo esplendor, lavaba sus manos escurriendo y las secaba, luego, en sus cabellos (mejor era lavarlas con esputos que no lavarlas en absoluto, tras haber pasado toda una noche en el vicio y el crimen), ellas entonaron las quejumbrosas plegarias por los muertos que se cantan cuando alguien es depositado en su tumba. En efecto, el joven no debía sobrevivir a aquel suplicio que una mano divina le había infligido, y sus agonías concluyeron, mientras las monjas cantaban...» Recordé la inscripción del pilar, comprendí lo que había sido del púber soñador a quien sus amigos esperaban, aún, día tras día, desde el instante de su desaparición... ¡y me pregunté quién podía ser su dueño! ¡Y mis ojos se adherían a la reja con más energía!... «Los muros se abrieron para

dejarle pasar; las monjas, viéndole emprender el vuelo por los aires, con alas que hasta entonces había ocultado en su vestidura de esmeralda, volvieron a colocarse, en silencio, bajo las losas de sus sepulturas. Partió hacia su mansión celestial, dejándome aquí; no es justo. Los demás cabellos permanecieron en su cabeza, y yo yazgo en esta lúgubre habitación, en el entablado cubierto de sangre coagulada, de jirones de carne seca; esta habitación se ha vuelto maldita desde que se introdujo en ella, nadie más entra; y, mientras, sigo encerrado. ¡Así están, pues, las cosas! No veré ya a las legiones de ángeles marchando en prietas falanges, ni los astros paseando por los jardines de la armonía. Pues bien, sea... sabré soportar con resignación mi desgracia. Pero no dejaré de contar a los hombres lo que ha ocurrido en esta celda. Les autorizaré a deshacerse de su dignidad, como de un vestido inútil, puesto que ese es el ejemplo de mi dueño; les aconsejaré que chupen la verga del crimen, puesto que otro lo hizo ya...» El cabello enmudeció... ¡Y me pregunté quién podía ser su dueño! ¡Y mis ojos se adherían a la reja con más energía!... Acto seguido retumbó el trueno; un fulgor fosforescente penetró en la habitación. Retrocedí, a mi pesar, por no sé qué instinto admonitorio. A pesar de haberme alejado del postigo, escuché otra voz, pero ésta reptante y suave, por miedo a dejarse oír: «¡No des esos saltos! Cállate..., cállate..., ¡si alguien te oye-se!, te colocaré de nuevo entre los demás cabellos; pero deja, antes, que el sol se ponga por el horizonte para que la oscuridad cubra tus pasos..., no te he olvidado, pero te hubieran visto salir y me habrías comprometido. ¡Oh, si supieras cómo he sufrido desde entonces! De regreso al cielo, mis arcángeles me

rodearon con curiosidad; no quisieron preguntarme el motivo de mi ausencia. Ellos, que nunca se habían atrevido a levantar sus ojos hasta mí, lanzaban, esforzándose por adivinar el enigma, estupefactas miradas a mi abatida faz, aunque no advirtieran la profundidad de ese misterio, y se comunicaban en voz baja pensamientos que temían, en mí, algún cambio desacostumbrado. Lloraban con silenciosas lágrimas, vagamente sentían que ya no era el mismo, habiéndome vuelto inferior a mi identidad. Habrían querido conocer la funesta resolución que me había hecho cruzar las fronteras del cielo para abatirme sobre la tierra y gozar las efímeras voluptuosidades que ellos mismos desprecian profundamente. Descubrieron en mi frente una gota de esperma, una gota de sangre. ¡La primera había brotado de los muslos de la cortesana! ¡La segunda había saltado de las venas del mártir! ¡Odiosos estigmas! ¡Inquebrantables rosetones! Mis arcángeles encontraron, colgando de los breñales del espacio, los restos llameantes de mi túnica de ópalo, que flotaban por encima de las atónitas poblaciones. No pudieron reconstruirla y mi cuerpo permanece desnudo ante su inocencia; memorable castigo de la virtud abandonada. Mira los surcos que se han abierto un lecho en mis descoloridas mejillas: son la gota de esperma y la gota de sangre que corren, lentamente, por mis secas arrugas. Llegadas al labio superior, hacen un esfuerzo inmenso y penetran en el santuario de mi boca, atraídas, como por un imán, hacia el irresistible gaznate. Esas dos gotas implacables me están ahogando. Yo, hasta hoy, me había creído el Todopodero, pero no; debo inclinar la cerviz ante el remordimiento que me grita: «¡Eres sólo un miserable!» ¡No des esos saltos! Cállate...,

cállate..., ¡si alguien te oyese!, te colocaré de nuevo entre los demás cabellos, pero deja, antes, que el sol se ponga por el horizonte para que la oscuridad cubra tus pasos... He visto a Satán, el gran enemigo, levantar las óseas marañas del armazón, sobre su sopor de larva y, de pie, triunfante, sublime, arengar a sus reunidas tropas y, tal como merezco, mofarse de mí. Ha dicho que le asombraba mucho que su orgulloso rival, cogido en flagrante delito por el éxito, por fin obtenido, de un perpetuo espionaje, pudiera rebajarse así hasta besar el vestido del desenfreno humano, tras un largo viaje a través de los arrecifes del éter, y hacer que pereciera, entre sufrimientos, un miembro de la humanidad. Ha dicho que aquel joven, destrozado por el engranaje de mis refinados suplicios, habría podido convertirse en una genial inteligencia, consolar a los hombres, en esta tierra, con admirables cantos de poesía, de aliento, frente a los golpes del infortunio. Ha dicho que las monjas del convento-lupanar no podían ya recuperar su sueño; merodean por el patio, gesticulando como autómatas, pisoteando los ranúnculos y las lilas, enloquecidas de indignación, aunque no lo bastante como para no recordar la causa que engendró semejante enfermedad en su cerebro... (Helas aquí acercándose, vestidas con su blanco sudario; no se hablan; se cogen de la mano. Sus cabellos caen en desorden sobre sus hombros desnudos; un ramillete de flores negras se inclina en su seno. Monjas, regresad a vuestra sepultura, la noche no ha caído todavía por completo, es sólo el crepúsculo vespertino... ¡Oh, cabello, tú mismo lo ves, por todas partes me asalta el desenfrenado sentimiento de mi depravación!) Ha dicho que el Creador, que presume de ser la Providencia de todo

lo que existe, se ha portado con mucha ligereza, por no decir algo peor, ofreciendo semejante espectáculo a los mundos estrellados; pues ha afirmado, con claridad, su designio de contar por los planetas orbitales cómo sostengo, con mi propio ejemplo, la virtud y la bondad en la inmensidad de mis reinos. Ha dicho que el gran respeto que sentía por tan noble enemigo, había desaparecido de su imaginación, y que prefería llevar su mano al seno de una muchacha, aunque sea un acto de execrable maldad, que escupir en mi rostro, cubierto por tres capas entremezcladas de sangre y esperma, para que su baboso esputo no se ensuciara. Ha dicho que se creía, con razón, superior a mí, no en el vicio, sino en la virtud y el pudor; no en el crimen, sino en la justicia. Ha dicho que, por mis innumerables faltas, debía ser atado a una picota, ser quemado a fuego lento en un ardiente brasero, para ser arrojado luego al mar, siempre que el mar quisiera recibirme. Que, presumiendo de ser justo, yo, que le había condenado a las penas eternas por una ligera rebelión sin graves consecuencias, tenía que aplicarme, pues, a mí mismo, una justicia severa y juzgar con imparcialidad mi conciencia, cargada de iniquidades... ¡No des esos saltos! Cállate..., cállate..., ¡si alguien te oyese!, te colocaré de nuevo entre los demás cabellos, pero deja, antes, que el sol se ponga por el horizonte, para que la oscuridad cubra tus pasos.» Se detuvo unos instantes; aunque ya no le viese, comprendí, por esa detención necesaria, que una oleada de emoción levantaba su pecho, como un ciclón giratorio levanta una familia de ballenas. ¡Divino pecho, mancillado un día por el amargo contacto de los pezones de una mujer sin pudor! ¡Alma regia, entregada, en un momento de abandono, al cangrejo

de la orgía, al pulpo de la debilidad de carácter, al tiburón de la abyección individual, a la boa de la moral ausente y al monstruoso caracol de la idiotez! El cabello y su dueño se abrazaron estrechamente, como dos amigos que se encuentran tras una larga ausencia. El Creador prosiguió, acusado, compareciendo ante su propio tribunal: «¡Y qué pensarán de mí los hombres, que en tan alta estima me tenían, cuando conozcan los extravíos de mi conducta, la titubeante marcha de mi sandalia por los cenagosos laberintos de la materia y la dirección de mi tenebrosa ruta por entre las aguas estancadas y los húmedos juncos de la ciénaga donde, cubierto de brumas, azulea y muge el crimen de obscura pata!... Me doy cuenta de que me será necesario trabajar mucho, en el futuro, para rehabilitarme y reconquistar su estima. Soy el Gran-Todo y, sin embargo, por un lado, sigo siendo inferior a los hombres a quienes creé con un poco de arena. Cuéntales una audaz mentira y díles que nunca salí del cielo, constantemente encerrado, con las preocupaciones del trono, los mármoles, las estatuas y los mosaicos de mis palacios. Me he presentado ante los celestiales hijos de la humanidad; les he dicho: «Expulsad el mal de vuestras chozas y permitid que el manto del bien entre en vuestro hogar. Quien levante la mano contra alguno de sus semejantes, produciéndole en el seno una herida mortal con el hierro homicida, que no espere los efectos de mi misericordia y tema las balanzas de la justicia. Irá a ocultar su tristeza en los bosques, pero el rumor de las hojas, a través de los claros, cantará a sus oídos la balada del remordimiento, y huirá de aquellos parajes, pinchado en la cadera por el zarzal, el acebo y el cardo azul, trabados sus rápidos pasos

por la flexibilidad de las lianas y las mordeduras de los escorpiones. Se dirigirá hacia los guijarros de la playa, pero la marea ascendente, con sus brumazones y su peligrosa cercanía, le dirán que no ignoran su pasado, y precipitará su ciega carrera hacia a cima de los acantilados, mientras los estridentes vientos del equinoccio, hundiéndose en las grutas naturales del golfo y las oquedades practicadas bajo la muralla de las resonantes rocas, bramarán como los inmensos rebaños de búfalos de las pampas. Los faros de la costa le perseguirán, hasta los límites del septentrión, con sus sarcásticos destellos, y los fuegos fatuos de las marismas, simples vapores en combustión, con sus danzas fantásticas, harán estremecer los pelos de sus poros y verdear el iris de sus ojos. Que el pudor se complazca en vuestras cabañas y encuentre seguridad a la sombra de vuestros campos. Así, vuestros hijos serán hermosos y se inclinarán, con agradecimiento, ante sus padres; si no, enflaquecidos y desmedrados como el pergamino de las bibliotecas, avanzarán a grandes pasos, llevados por la revuelta, contra el día de su nacimiento y el clítoris de su madre impura.» ¿Cómo querrán obedecer los hombres tan severas leyes, si el propio legislador es el primero que se niega a acatarlas?... ¡Y mi vergüenza es inmensa como la eternidad!» Oí que el cabello le perdonaba, con humildad, su secuestro, porque su dueño había actuado por prudencia y no por ligereza, y el pálido y postrer rayo del sol que iluminaba mis párpados se retiró de las quebradas de la montaña. Vuelto hacia él, lo vi plegarse como un sudario... ¡No des esos saltos! Cállate..., cállate.... ¡si alguien te oyese! Te colocaré de nuevo entre los demás cabellos. Y, ahora que el sol se ha puesto por el horizonte, cínico viejo y dulce

cabello, reptad, ambos, hacia la lejanía del lupanar, mientras la noche, extendiendo su sombra sobre el convento, cubre el recorrido de vuestros pasos furtivos por la llanura... Entonces, el piojo, surgiendo de pronto por detrás de un promontorio, me dijo, erizando sus garras: «¿Qué te parece?» Pero no quise replicarle. Me retiré y llegué al puente. Borré la inscripción primordial y la cambié por esta: «Es doloroso guardar, como un puñal, semejante secreto en el corazón, pero juro no revelar jamás aquello de lo que fui testigo cuando penetré, por vez primera, en ese terrible torreón.» Arrojé, por encima del parapeto, el cortaplumas que me había servido para grabar las letras, y, haciendo algunas reflexiones rápidas sobre el carácter del infantil Creador, que debía aún, ¡ay!, durante mucho tiempo, hacer sufrir a la humanidad (la eternidad es larga), bien con las crueldades ejercidas o bien con el innoble espectáculo de los chancros que produce un gran vicio, cerré los ojos, como un hombre ebrio, al pensar que tenía tal ser por enemigo, y reemprendí, con tristeza, mi camino por el dédalo de calles.

CANTO CUARTO

Es un hombre o una piedra o un árbol el que se dispone a iniciar el cuarto canto. Cuando el pie resbala al pisar una rana, se experimenta una sensación de asco, pero cuando apenas se roza el cuerpo humano con la mano, la piel de los dedos se resquebraja, como las escamas de un bloque de mica roto a martillazos, y, al igual que el corazón de un tiburón, que lleva una hora muerto, palpita todavía, en cubierta, con tenaz vitalidad, nuestras entrañas se agitan de cabo a rabo, mucho tiempo después del contacto. ¡Tanto horror inspira el hombre a su propio semejante! Tal vez me engañé cuando lo digo, pero tal vez, también, diga la verdad. Conozco, concibo una enfermedad más terrible que los ojos hinchados por las largas meditaciones sobre el extraño carácter del hombre: pero estoy buscándola todavía... ¡Y no he podido encontrarla! No me creo menos inteligente que otro y, sin embargo, ¿quién se atrevería a afirmar que he tenido éxito en mis investigaciones? ¡Qué mentira brotaría de su boca! El antiguo templo de Denderah está situado a una hora y media de la orilla izquierda del Nilo. Hoy, innumerables falanges de avispas se han apoderado de los canalones y las cornisas. Revolotean en torno a las columnas, como las tupidas ondas de una negra cabellera. Únicos habitantes del frío pórtico, custodian la entrada de los vestíbulos como un derecho hereditario. Comparo el bordoneo de sus alas metálicas con

el incesante choque de los tímpanos, precipitándose unos contra otros, durante el deshielo de los mares polares. Pero si considero la conducta de aquel a quien la providencia dio el trono de esta tierra, los tres alerones de mi dolor dejan oír un mayor murmullo. Cuando un cometa, durante la noche, aparece de pronto en una región del cielo, tras ochenta años de ausencia, muestra a los habitantes terrestres y a los grillos su cola brillante y vaporosa. Sin duda, no es consciente de tan largo viaje. No ocurre así conmigo: acodado en la cabecera de mi cama, mientras los aserrados festones de un horizonte árido y lúgubre destacan vigorosamente sobre el fondo de mi alma, me absorbo en las ensoñaciones de la compasión y me ruborizo por el hombre. Doblegado por el cierzo, el marinero, tras haber hecho su cuarto de guardia nocturno, se apresura a regresar a su hamaca: ¿por qué no se me ofrece este consuelo? La idea de que he caído, voluntariamente, tan bajo como mis semejantes y que tengo menos derecho que otro a pronunciar queja alguna sobre nuestra suerte, que permanece encadenada a la endurecida corteza de un planeta, y sobre la esencia de nuestra alma perversa, me penetra como un clavo forjado. Se han visto explosiones de grisú que han aniquilado familias enteras; pero conocieron poco tiempo la agonía porque la muerte es casi súbita entre los escombros y los gases deletéreos: ¡yo... sigo existiendo como el basalto! Tanto a la mitad como al comienzo de la vida, los ángeles se parecen a sí mismos: ¡hace ya mucho tiempo que no me parezco a mí mismo! El hombre y yo, emparedados en los límites de nuestra inteligencia, como a menudo lo está un lago en un cinturón de islas de coral, en vez de unir nuestras fuerzas respectivas para de-

fendernos contra el azar y el infortunio, nos separamos, con los temblores del odio, tomando dos caminos opuestos, como si nos hubiéramos herido recíprocamente con la punta de una daga. Diríase que el uno comprende el desprecio que inspira al otro. Impulsados por el móvil de una dignidad relativa, nos apresuramos a no inducir al error a nuestro adversario; cada uno va por su lado y no ignoro que la paz proclamada será imposible de mantener. Pues bien, ¡sea!, que mi guerra contra el hombre se eternice, ya que cada uno reconoce en el otro su propia degradación..., ya que ambos son enemigos mortales. Obtenga una victoria desastrosa o sucumba, el combate será hermoso: yo solo contra la humanidad. No utilizaré armas construidas con madera o hierro; alejaré con el pie las capas de minerales extraídos de la tierra: la sonoridad potente y seráfica del arpa será, en mis dedos, un temible talismán. El hombre, ese sublime simio, ha atravesado ya mi pecho, en más de una emboscada, con su lanza de púrpura: un soldado no muestra sus heridas por gloriosas que sean. Esta guerra terrible arrojará el dolor en ambas partes: dos amigos que intentan, con obstinación, destruirse, ¡qué drama!

Dos pilares, que no era difícil y menos aún imposible tomar por baobabs, se distinguían en el valle, más grandes que dos alfileres. En efecto, eran dos enormes torres. Y, aunque dos baobabs, a primer golpe de vista, no se parecen a dos alfileres, ni siquiera a dos torres, sin embargo, empleando con habilidad los hilos de la prudencia, es posible afirmar, sin temor a equivocarse (pues si la afirmación fuera acompañada de una sola pizca de temor, no sería ya una afirmación,

aunque el mismo nombre exprese esos dos fenómenos del alma que presentan caracteres bastante distintos como para no ser confundidos a la ligera), que un baobab no es tan distinto de un pilar como para que esté prohibida la comparación entre esas formas arquitectónicas... o geométricas... o ambas cosas... o ninguna de las dos... o, mejor, formas elevadas y macizas. Acabo de encontrar, no pretendo decir lo contrario, los epítetos adecuados a los sustantivos pilar y baobab: sépase bien que, no sin una alegría mezclada con orgullo, se lo hago notar a quienes, tras haber levantado sus párpados, han tomado la muy loable resolución de recorrer estas páginas; mientras arde la vela, si es de noche, mientras alumbra el sol, si es de día. Y además, aunque un poder superior nos ordenara, en los términos más claramente precisos, arrojar a los abismos del caos la juiciosa comparación que, sin duda, todos han podido saborear con impunidad, incluso, entonces, y, sobre todo, entonces, no debe perderse de vista este axioma principal, las costumbres contraídas con los años, los libros, el contacto con sus semejantes y el carácter inherente a cada uno, que se desarrolla en rápido florecimiento, impondría, al espíritu humano, el irreparable estigma de la reincidencia en el empleo criminal (criminal, si nos situamos momentánea y espontáneamente en el punto de vista del poder superior) de una figura de retórica que varios desprecian, pero que muchos elogian. Si al lector esta frase le parece demasiado larga, que acepte mis excusas, pero que no espere bajezas de mi parte. Puedo reconocer mis faltas, pero no agravarlas con mi cobardía. Mis razonamientos chocarán, a veces, con los cascabeles de la locura y la apariencia seria de lo que, a fin de cuentas,

sólo es grotesco (aunque, según ciertos filósofos, sea bastante difícil distinguir al bufón del melancólico, siendo la propia vida un drama cómico o una comedia dramática), sin embargo, a todos les está permitido matar moscas e, incluso, rinocerontes, para descansar, de vez en cuando, de un trabajo demasiado rudo. He aquí el modo más expeditivo de matar moscas, aunque no sea el mejor: se las aplasta entre los dos primeros dedos de la mano. La mayoría de los escritores que han tratado a fondo este tema han determinado, con mucha verosimilitud, que es preferible, en varios casos, cortarles la cabeza. Si alguien me reprocha que hable de alfileres, como de un tema radicalmente frívolo, que advierta, sin prejuicios, que los mayores efectos fueron a menudo producidos por las causas más pequeñas. Y para no seguir alejándome del marco de esta hoja de papel, ¿no se advierte, acaso, que el laborioso fragmento literario que estoy componiendo, desde el inicio de esta estrofa, tal vez sería menos apreciado si se apoyara en una espinosa cuestión de química o de patología interna? Por lo demás, hay gustos para todo, y cuando, al comienzo, he comparado los pilares a los alfileres con tanto acierto (ciertamente no creí que algún día llegarían a reprochármelo), me he basado en las leyes de la óptica que establecen que, cuanto más alejado está de un objeto el rayo visual, con mayor disminución se refleja la imagen en la retina. [...]

Estoy sucio. Los piojos me roen. Los lechones, cuando me miran, vomitan. Las costras y las escaras de la lepra han descamado mi piel, cubierta de pus amarillento. No conozco el agua de los ríos ni el rocío de las nubes, en mi nuca, como en un estercolero, crece una

enorme seta de umbelíferos pedúnculos. Sentado en un mueble informe, no he movido mis miembros desde hace cuatro siglos. Mis pies han echado raíces en el suelo y componen, hasta mi vientre, una especie de vivaz vegetación, llena de innobles parásitos, que no deriva todavía de la planta, pero que ha dejado de ser carne. Sin embargo, mi corazón late. ¿Pero cómo podría latir si la podredumbre y las exhalaciones de mi cadáver (no me atrevo a decir mi cuerpo) no lo nutrieran en abundancia? En mi axila izquierda se ha instalado una familia de sapos y cuando uno de ellos se mueve, me hace cosquillas. Cuidad de que no escape uno y vaya a rascar, con su boca, el interior de vuestra oreja: luego sería capaz de penetrar en vuestro cerebro. En mi axila derecha hay un camaleón que intenta, perpetuamente, cazarlos para no morir de hambre: todos tenemos que vivir. Pero, cuando una de las partes desbarata por completo las artimañas de la otra, nada encuentran mejor que no molestarse, y chupan la delicada grasa que cubre mis costillas: estoy acostumbrado. Una maligna víbora devoró mi verga y ha tomado su lugar: la muy infame me ha hecho eunuco. ¡Oh, si hubiera podido defenderme con mis paralizados brazos!, pero creo, más bien, que se han convertido en leños. Sea como sea, es importante advertir que la sangre no acude ya a pasar por ellos su rojez. Dos pequeños erizos, que no crecen ya, han arrojado a un perro, que no lo ha rechazado, el contenido de mis testículos: tras lavar con cuidado la epidermis, se han alojado en su interior. El ano ha sido ocluido por un cangrejo; alentado por mi inercia, custodia la entrada con sus pinzas y me hace mucho daño. Dos medusas han cruzado los mares, inmediatamente atraídas por una esperanza

que no se vio defraudada. Han mirado atentamente las dos partes carnosas que forman el trasero humano y, adaptándose a su convexa curva, las han aplastado de tal modo, por medio de una presión constante, que los dos pedazos de carne han desaparecido y han tomado su lugar dos monstruos, surgidos del reino de lo viscoso, iguales por su color, su forma y su ferocidad. No habléis de mi columna vertebral porque es una espada. Sí, sí... no prestaba atención... Vuestra petición es justa. ¿Deseáis saber, no es cierto, por qué tengo una espada implantada verticalmente en mis riñones? Yo mismo no lo recuerdo con mucha claridad, sin embargo, si me decido a considerar un recuerdo, lo que, tal vez, sea sólo un sueño, sabed que el hombre, cuando supo que yo había hecho voto de vivir en la enfermedad y la inmovilidad hasta haber vencido al Creador, se me acercó por la espalda, de puntillas, aunque no tan quedo como para que yo no le oyese. Luego no escuché nada ya, durante unos instantes que no fueron muy largos. Aquel agudo puñal se hundió hasta la empuñadura entre los dos omoplatos del toro de los festejos, y su osamenta se estremeció como un temblor de tierra. La hoja se adhiere con tanta fuerza al cuerpo que nadie, hasta hoy, ha podido extraerla. Los atletas, los mecánicos, los filósofos, los médicos han probado, sucesivamente, los más distintos métodos. ¡Ignoraban que el mal que el hombre hace no puede ya deshacerse! Perdoné la profundidad de su innata ignorancia y les saludé con los párpados de mis ojos. Viajero, cuando pases cerca de mí no me dirijas, te lo suplico, la menor palabra de consuelo: debilitarías mi valor. Déjame calentar mi tenacidad en la llama del martirio voluntario. Vete..., que yo no te inspire compasión alguna. El odio

es más extraño de lo que crees; su conducta es inexplicable como la quebrada apariencia de un bastón sumergido en el agua. Aquí donde me ves, puedo hacer todavía excursiones hasta las murallas del cielo, a la cabeza de una legión de asesinos, y volver a tomar esta postura para meditar, de nuevo, sobre los nobles proyectos de la venganza. Adiós, no te entenderé más y, para instruirte y preservarte, reflexiona en la fatal suerte que me conduce a la rebelión, cuando es probable que haya nacido bueno. Contarás a tu hijo lo que has visto y, tomándole de la mano, haz que admire la belleza de las estrellas y las maravillas del universo, el nido del petirrojo y los templos del Señor. Te asombrará verle tan dócil a los consejos de la paternidad y le recompensarás con una sonrisa. Pero cuando sepa que no es observado, dirige tus ojos a él y le verás escupir su baba sobre la virtud; te ha engañado el descendiente de la raza humana, pero no seguirá engañándote: a partir de ahora sabrás qué va a ser de él. ¡Oh!, padre desgraciado, prepara, para acompañar los pasos de tu vejez, el indeleble cadalso que cortará la cabeza de un criminal precoz y el dolor que te mostrará el camino que lleva a la tumba.

[...]

Me había dormido en el acantilado. Aquel que, durante todo un día, ha perseguido al avestruz a través del desierto, sin poder alcanzarlo, no ha tenido tiempo de tomar alimento ni de cerrar los ojos. Si me está leyendo, será capaz de adivinar, rigurosamente, el sueño que me abrumaba. Pero cuando la tempestad ha empujado verticalmente, con la palma de su mano, un navío hasta el fondo del mar, si en la balsa no

queda, de toda la tripulación, más que un solo hombre, roto por la fatiga y las privaciones de toda clase; si las olas le zarandean como a los despojos de un naufragio, durante horas más largas que la vida del hombre; y si una fragata, que surca más tarde esos parajes de desolación, con la quilla hendida, descubre al infeliz que pasea por el océano su descarnada armazón y le presta un socorro que estuvo a punto de ser tardío, creo que ese náufrago adivinará mejor aún a qué grado había llegado el sopor de mis sentimientos. El magnetismo y el cloroformo, cuando quieren hacerlo, saben a veces engendrar, también, tales catalepsias letárgicas. No se parecen en absoluto a la muerte: decirlo sería una gran mentira. Pero vayamos enseguida al sueño para que los impacientes, ávidos de esa clase de lectura, no se pongan a rugir como una manada de cachalotes macrocéfalos bañándose entre sí por una hembra encinta. Soñaba que había entrado en el cuerpo de un cerdo, que no me era fácil salir de él y que revolcaba mi pelambre en los charcos más cenagosos. ¿Sería una especie de recompensa? Objeto de mis deseos, no pertenecía ya a la humanidad. Así entendí, yo mismo, la interpretación y experimenté una alegría más que profunda. Sin embargo, buscaba activamente qué acto de virtud había llevado a cabo para merecer, de parte de la Providencia, tan insigne favor. Ahora, que he repasado en mi memoria las distintas fases de aquel espantoso aplastamiento contra el vientre del granito, durante el cual la marca, sin que yo lo advirtiese, pasó dos veces por encima de aquella irreductible mezcla de materia muerta y carne viva, no carece, tal vez, de utilidad proclamar que tal degradación sólo fue, probablemente, un castigo que la justicia

divina arrojaba sobre mí. ¿Pero quién conoce sus necesidades íntimas o la causa de sus pestilentes alegrías? La metamorfosis jamás fue, a mi modo de ver, más que el alto y magnánimo fragor de una felicidad perfecta que yo aguardaba desde hacía tiempo. ¡Por fin había llegado el día en que me había convertido en cerdo! Probaba mi dentadura en la corteza de los árboles; contemplaba mi hocico con delicia. No quedaba en mí la menor parcela de divinidad; supe elevar mi alma hasta la excesiva altura de aquella inefable voluptuosidad. Escuchadme, pues, y no os ruboricéis, inagotables caricaturas de lo bello que os tomáis en serio el risible rebuzno de vuestra alma, soberanamente despreciable, y que no comprendéis por qué el Todopoderoso, en un raro momento de excelente payasada que, ciertamente, no supera las grandes leyes generales de lo grotesco, se concedió, cierto día, el mirífico placer de poblar un planeta con seres singulares y microscópicos, denominados humanos, y cuya materia se parece a la del coral rojo. En verdad tenéis motivos para ruborizaros, huesos y grasa, pero escuchadme. No invoco vuestra inteligencia; lograríais que vomitara sangre por el horror que os demuestra: olvidadla y sed consecuentes con vosotros mismos... Así, se habían terminado las coacciones. Cuando quería matar, mataba; me sucedía con frecuencia y nadie me lo impedía. Las leyes humanas seguían persiguiéndome con su venganza, aunque no atacara a la raza que con tanta tranquilidad había abandonado, pero mi conciencia no me hacía reproche alguno. Durante el día me peleaba con mis nuevos congéneres, y el suelo estaba sembrado de numerosas capas de sangre coagulada. Yo era el más fuerte y obtenía todas las victorias. Escocedoras heridas

cubrían mi cuerpo; fingía no advertirlo. Los animales terrestres se alejaban de mí y yo permanecía solo en mi resplandeciente grandeza. Cuál no sería mi asombro cuando, tras haber cruzado nadando un río, para alejarme de los parajes que mi furor había despoblado y dirigirme a otras campiñas para plantar en ellas mis hábitos de crimen y carnicería, intenté caminar por aquella florida ribera. Mis pies estaban paralizados; ningún movimiento venía a traicionar la certidumbre de aquella inmovilidad forzosa. En medio de sobrenaturales esfuerzos para continuar mi camino, desperté y sentí que me volvía, de nuevo, hombre. La Providencia me hacía comprender así, de un modo que no es inexplicable, que no deseaba que, ni siquiera en sueños, se realizaran mis sublimes proyectos. Regresar a mi forma primitiva supuso para mí tan gran dolor que, por las noches, lloro todavía. Mis sábanas están constantemente mojadas, como si las hubieran arrojado al agua, y hago que las cambien cada día. Si no lo creéis, venid a verme; comprobaréis, con vuestra propia experiencia, no ya la verosimilitud, sino, también, la misma verdad de mi aserto. ¡Cuántas veces, desde aquella noche pasada al raso, en un acantilado, me he mezclado con las piaras de cerdos para recuperar, como un derecho, mi destruida metamorfosis! Es hora ya de abandonar estos recuerdos gloriosos que no dejan, a continuación, más que la pálida vía láctea de los eternos pesares.

No es imposible ser testigo de una anormal desviación en el funcionamiento latente o visible de las leyes de la naturaleza. En efecto, si cada uno se tomara la ingeniosa molestia de interrogar las distintas fases de la propia existencia (sin olvidar una sola, pues,

tal vez, fuera esta la destinada a proporcionar la prueba de lo que digo), no dejaría de recordar, sin algún asombro, que sería cómico en otras circunstancias, que, cierto día, para hablar en primer lugar de cosas objetivas, fue testigo de algún fenómeno que parecía superar y superaba positivamente las nociones conocidas proporcionadas por la observación y la experiencia como, por ejemplo, las lluvias de sapos, cuyo mágico espectáculo no fue, al principio, comprendido por los sabios. Y que, otro día, para hablar en segundo y último lugar de cosas subjetivas, su alma presentó a los investigadores ojos de la psicología, no llegaré a decir un extravío de la razón (que, sin embargo, no sería menos curioso; por el contrario, lo sería más), pero sí, al menos, para no mostrarme difícil ante algunas personas frías que nunca me perdonarían las flagrantes lucubraciones de mi exageración, un desacostumbrado estado, con frecuencia muy grave, que indica que el límite concedido por el sentido común a la imaginación se ve, de vez en cuando, pese al efímero pacto acordado entre ambas potencias, desgraciadamente superado por la enérgica presión de la voluntad, pero la mayor parte del tiempo, también, por la ausencia de su colaboración efectiva: citemos para corroborarlo algunos ejemplos cuya oportunidad no es fácil apreciar siempre que se tome por compañera una atenta moderación. Presentaré dos: los arrebatos de la cólera y las enfermedades del orgullo. Advierto a quien me lea que procure no hacerse una idea vaga y, con más razón, falsa de las bellezas de la literatura que voy deshojando en el desarrollo, excesivamente veloz, de mis frases. ¡Ay!, quisiera desarrollar mis razonamientos y mis comparaciones lentamente y con mucha magnificencia

(¿pero quién dispone de tiempo?), para que todos comprendieran mejor, si no mi espanto, sí al menos mi estupefacción cuando, cierto atardecer de verano, mientras el sol parecía inclinarse hacia el horizonte, vi nadando en el mar, con anchas palmas de pato en vez de las extremidades de piernas y brazos, llevando una aleta dorsal, proporcionalmente tan larga y afilada como la de los delfines, a un ser humano, de vigorosos músculos, al que seguían numerosos bancos de peces (vi, en ese cortejo, entre otros habitantes de las aguas, la raya torpedo, el anarnak groenlandés y la horrible escorpena) con muy ostensibles muestras de la mayor admiración. A veces, se sumergía y su viscoso cuerpo reaparecía, casi enseguida, a doscientos metros de distancia. Las marsopas que, a mi entender, no han robado su reputación de buenas nadadoras, apenas podían seguir, a lo lejos, a aquel anfibio de nueva especie. No creo que el lector tenga motivos para arrepentirse si presta a mi narración menos el nocivo obstáculo de una credulidad estúpida que el supremo servicio de una confianza profunda que discute legalmente, con secreta simpatía, los misterios poéticos, demasiado escasos a su entender, que me encargo de revelarle cada vez que se presenta la ocasión, como de modo inesperado se ha presentado hoy, íntimamente penetrada de las tonificantes aromas de las plantas acuáticas, que la brisa, enfriándose, transporta a esta estrofa, contenedora de un monstruo que se ha apropiado de los rasgos distintivos de la familia de los palmípedos. ¿Quién habla de apropiación? Sépase bien que el hombre, por su compleja y múltiple naturaleza, no ignora los medios de ampliar más todavía sus fronteras; vive en el agua como un hipocampo; por entre las capas

superiores del aire, como el quebrantahuesos; y bajo la tierra, como el topo, la cochinilla y la sublimación de la lombriz. Este es, en su forma más o menos concisa (pero mejor más que menos), el exacto criterio del consuelo, extremadamente fortificante, que me esforcé por hacer nacer en mi espíritu cuando pensé que el ser humano, que distinguía a gran distancia nadando con sus cuatro miembros, en la superficie de las olas, como nunca lo hiciera el más soberbio cormorán, sólo había, tal vez, experimentado el nuevo cambio de las extremidades de sus brazos y sus piernas como expiatorio castigo por algún crimen desconocido. No era necesario que siguiera devanándose los sesos para fabricar, de antemano, las melancólicas píldoras de la compasión, pues ignoraba que ese hombre, cuyos brazos golpeaban alternativamente las amargas ondas, mientras sus piernas, con fuerza semejante a la que poseen los espirales colmillos del narval, producían el retroceso de las capas acuáticas, no se había apropiado de esas extraordinarias formas voluntariamente ni le habían sido impuestas como suplicio. Según lo que más tarde supe, esta es la sencilla verdad: la prolongación de la existencia, en este fluido elemento, había producido insensiblemente en el ser humano que se había exiliado por voluntad propia de los rocosos continentes, los cambios importantes, pero no esenciales, que yo había advertido en el objeto que una mirada pasablemente confusa me había hecho tomar, desde los primordiales momentos de su aparición (con una incalificable ligereza, cuyos desvaríos engendran el penoso sentimiento que comprenderán con facilidad los psicólogos y los amantes de la prudencia) por un pez de extraña forma, no descrito todavía en las clasificaciones de los naturalistas, pero

sí, tal vez, en sus obras póstumas, aunque no tenga la excusable pretensión de inclinarme hacia esta última suposición, imaginada en condiciones demasiado hipotéticas. En efecto, ese anfibio (puesto que anfibio hay, sin que pueda afirmarse lo contrario) sólo era visible para mí, haciendo abstracción de los peces y los cetáceos, pues advertí que algunos campesinos, que se habían detenido para contemplar mi rostro turbado por ese fenómeno sobrenatural, y que intentaban inútilmente explicarse por qué mis ojos permanecían constantemente fijos, con una perseverancia que parecía invencible, pero que en realidad no lo era, en un lugar del mar donde, por su parte, sólo distinguían una cantidad apreciable y limitada de bancos de peces de todas las especies, distendían la abertura de su grandiosa boca, tal vez tanto como una ballena. «Eso les hacía sonreír, pero no, como a mí, palidecer, decían en su pintoresco lenguaje; y no eran tan estúpidos como para no advertir que, precisamente, yo no miraba las evoluciones campestres de los peces, sino que mi vista se dirigía mucho más allá.» De tal modo que, por lo que a mí concierne, volviendo maquinalmente los ojos hacia la notable envergadura de tan poderosas bocas, me decía, en mi fuero interno que, a menos que se encontrara en la totalidad del universo un pelícano, grande como una montaña o al menos como un promontorio (admirad, os lo ruego, la finura de la restricción que no pierde ni una pulgada de terreno), ningún pico de ave de rapiña o ninguna quijada de animal salvaje sería nunca capaz de superar, ni siquiera de igualar, cada uno de aquellos cráteres abiertos de par en par, pero demasiado lúgubres. Y, sin embargo, aunque reserve un buen lugar al simpático empleo de la metáfora (esa

figura retórica presta muchos más servicios a las aspiraciones humanas hacia el infinito de lo que se esfuerzan en imaginar, de ordinario, quienes están imbuidos de prejuicios o ideas falsas, lo que viene a ser lo mismo), no es menos cierto que la reidora boca de esos campesinos sigue siendo, todavía, lo bastante amplia como para tragarse tres cachalotes. Acortemos más aún nuestro pensamiento, seamos serios, y contentémonos con tres pequeños elefantes recién nacidos. De una sola brazada el anfibio dejaba a su espalda un quilómetro de espumosa estela. Durante el muy corto instante en que el brazo extendido hacia adelante permanece suspendido en el aire, antes de hundirse de nuevo, sus dedos separados, unidos por medio de un repliegue de la piel, en forma de membrana, parecían lanzarse hacia las alturas del espacio y atrapar las estrellas. De pie en la roca, me serví de mis manos como de una bocina y grité, mientras los cangrejos y otros pequeños crustáceos huían hacia la oscuridad de las más recónditas grietas: «¡Oh!, tú, cuya natación supera el vuelo de las largas alas de la fragata, si comprendes todavía el significado de las grandes voces que, como fiel interpretación de su pensamiento íntimo, lanza con fuerza la humanidad, dignate detener, por un instante, tu rápida marcha y cuéntame sumariamente las fases de tu verídica historia. Pero te advierto que no necesitas dirigirme la palabra si tu audaz designio es hacer que nazca en mí la amistad y la veneración que sentí por ti al verte, por primera vez, llevando a cabo, con la gracia y la fuerza del tiburón, tu indomable y rectilíneo peregrinaje.» Un suspiro que me heló los huesos e hizo vacilar la roca en la que apoyaba la planta de mis pies (a menos que fuese yo mismo quien vacilara, a causa

de la brutal penetración de las ondas sonoras que llevaba a mis oídos semejante grito de desesperación) se escuchó hasta en las entrañas de la tierra: los peces se sumergieron bajo las olas con el fragor de un alud. El anfibio no se atrevió a acercarse demasiado a la orilla, pero en cuanto se aseguró de que su voz llegaba con claridad suficiente a mis tímpanos, redujo el movimiento de sus palmeados miembros, de modo que su busto, cubierto de algas, se mantuviera por encima de las mugientes olas. Le vi inclinar la frente, como para invocar por medio de una orden solemne, la jauría errabunda de los recuerdos. No me atreví a interrumpirle en esta ocupación, santamente arqueológica: sumido en el pasado, parecía un escollo. Por fin, tomó la palabra en estos términos: «La escolopendra no carece de enemigos; la fantástica belleza de sus innumerables patas, en vez de atraerle la simpatía de los animales es sólo, tal vez, para ellos, el poderoso estímulo de una celosa irritación. Y no me hubiera sorprendido saber que ese insecto se enfrenta a los más intensos odios. Te ocultaré el lugar de mi nacimiento, que no interesa a mi relato: pero la vergüenza que salpicaría a mi familia le interesa a mi deber. Mi padre y mi madre (¡que Dios les perdone!), tras un año de espera, vieron cómo el cielo escuchaba sus votos: dos gemelos, mi hermano y yo, fueron dados a luz. Razón de más para amarse. No fue así. Porque yo era el más hermoso de ambos, y el más inteligente, y mi hermano comenzó a odiarme y no se tomó el trabajo de ocultar sus sentimientos: por ello, mi padre y mi madre derramaron sobre mí la mayor parte de su amor mientras, con mi amistad sincera y constante, me esforzaba en apaciguar un alma que no tenía derecho a rebelarse contra quien

había sido formado de la misma carne. Entonces, mi hermano no conoció ya límites a su furor y me perdió, en el corazón de nuestros comunes padres, con las más inverosímiles calumnias. Viví, durante quince años, en un calabozo con larvas y agua cenagosa por todo alimento. No te contaré en detalle los inauditos tormentos que sufrí en este largo e injusto secuestro. A veces, en cierto momento del día, uno de los tres verdugos, por turno, entraba de pronto, cargado de pinzas, tenazas y distintos instrumentos de suplicio. Los gritos que me arrancaban las torturas no les conmovían; la abundante pérdida de mi sangre les hacía sonreír. ¡Oh, hermano mío, te he perdonado, a ti, causa primera de todos mis males! ¿Es posible que una rabia ciega no consiga, por fin, hacerle abrir los ojos? Hice, en mi eterna prisión, muchas reflexiones. Adivinarás cuál fue mi odio general contra la humanidad. El progresivo debilitamiento, la soledad de cuerpo y alma no habían logrado que yo perdiera todavía toda mi razón hasta el punto de albergar resentimiento contra aquellos a quienes no había dejado de amar: triple cepo que me esclavizaba. Conseguí, por medio de la astucia, recobrar mi libertad. Asqueado por los habitantes del continente que, aún llamándose mis semejantes, no parecían hasta entonces asemejarse en nada (y si creían que me parecía a ellos, ¿por qué me hacían daño?), dirigí mi carrera hacia los guijarros de la playa, firmemente resuelto a darme muerte si el mar tenía que ofrecerme las anteriores reminiscencias de una existencia fatalmente vivida. ¿Podrás creerme? Desde el día en que huí de la casa paterna no lamento tanto como imaginas vivir en el mar y en sus grutas de cristal. La Providencia, como puedes ver, me ha otorgado, en

parte, la organización del cisne. Vivo en paz con los peces y ellos me procuran el alimento que necesito, como si fuera su monarca. Voy a lanzar un silbido especial, siempre que no te moleste, y verás cómo reaparecerán.» Sucedió como lo había dicho. Inició de nuevo su regio nado, rodeado por el cortejo de sus súbditos. Y, aunque al cabo de algunos segundos había desaparecido por completo de mi vista, pude todavía distinguirlo, con un catalejo, en los límites extremos del horizonte. Nadaba con una mano y, con la otra, se enjugaba los ojos inyectados de sangre por la terrible compulsión de haberse acercado a tierra firme. Lo había hecho para complacerme. Arrojé el instrumento revelador por el escarpado farallón; rebotó de roca en roca y sus dispersos fragmentos fueron recibidos por las olas: tales fueron la última demostración y el supremo adiós con los que me incliné, como en un sueño, ante una noble y desgraciada inteligencia. Sin embargo, todo lo que había ocurrido en ese anochecer veraniego había sido real.

Noche tras noche, hundiendo la envergadura de mis alas en mi memoria agonizante, evocaba el recuerdo de Falmer... noche tras noche. Sus rubios cabellos, su rostro oval, sus majestuosos rasgos estaban todavía grabados en mi imaginación... indeleblemente... sobre todo, sus rubios cabellos. Apartad, apartad pues esa cabeza sin cabellera, pulida como el caparazón de la tortuga. Tenía catorce años y yo tenía, sólo, uno más. Que se calle esta voz lúgubre. ¿Por qué viene a denunciarme? Pero soy yo mismo el que habla. Valiéndome de mi propia lengua para emitir mi pensamiento, advierto que mis labios se mueven y que soy yo mismo el que habla. Y soy yo mismo el que,

contando una historia de mi juventud y sintiendo que el remordimiento penetra en mi corazón... soy yo mismo, a menos que me engañe... soy yo mismo el que habla. Yo tenía, sólo, un año más. ¿Quién es, pues, ese a quien aludo? Es un amigo que tuve, creo, en tiempos pasados. Sí, sí, ya he dicho cómo se llama... No quiero deletrear de nuevo esas seis letras, no, no. Tampoco es útil repetir que yo tenía un año más. ¿Quién sabe? Repitémoslo, sin embargo, aunque con penoso murmullo: yo tenía, sólo, un año más. Incluso, entonces, la preeminencia de mi fuerza física era, más bien, una razón para sostener, por el rudo sendero de la vida, a quien se había entregado a mí, que un motivo para maltratar a un ser visiblemente más débil. Pues creo, en efecto, que era más débil... Incluso, entonces. Es un amigo que tuve, creo, en tiempos pasados. La preeminencia de mi fuerza física... noche tras noche... sobre todo, sus rubios cabellos. Existe más de un ser humano que ha visto cabezas calvas: la vejez, la enfermedad, el dolor (las tres juntas o tomadas por separado) explican de manera satisfactoria ese fenómeno negativo. Tal es, al menos, la respuesta que me daría un sabio si le interrogara a este respecto. La vejez, la enfermedad, el dolor. Pero no ignoro (también yo soy sabio) que cierto día, porque me había detenido la mano cuando levantaba mi puñal para atravesar el seno de una mujer, le agarré por los cabellos con férreo brazo y le hice dar vueltas en el aire con tal velocidad que la cabellera se me quedó entre las manos y su cuerpo, lanzado por la fuerza centrífuga, fue a chocar contra el tronco de una encina... No ignoro que cierto día su cabellera se me quedó entre las manos. También yo soy sabio. Sí, sí, ya he dicho cómo se llama. No ignoro que un día llevé a cabo un acto infame,

mientras su cuerpo era impulsado por la fuerza centrífuga. Tenía catorce años. Cuando, en un acceso de alienación mental, corro por los campos llevando apretada contra mi corazón una cosa sanguinolenta que conservo desde hace mucho tiempo, como una reliquia venerada, los chiquillos que me persiguen... los chiquillos y las viejas que me persiguen a pedradas, lanzan estos gemidos lamentables: «Esta es la cabellera de Falmer.» Apartad, apartad pues esa cabeza calva, pulida como el caparazón de la tortuga... Una cosa sanguinolenta. Pero soy yo mismo el que habla. Su rostro oval, sus majestuosos rasgos. Y creo, efectivamente, que era más débil. Las viejas y los chiquillos. Pues creo, en efecto... ¿Qué quería decir?... pues creo, en efecto, que era más débil. Con férreo brazo. Aquel choque, ¿lo mató aquel choque? ¿Se quebraron sus huesos contra el árbol... irremediablemente? ¿Lo mató aquel choque engendrado por el vigor de un atleta? ¿Conservó la vida, aunque sus huesos se hubieran irremediablemente quebrado... irremediablemente? ¿Lo mató aquel choque? Temo saber aquello de lo que no fueron testigos mis ojos cerrados. En efecto... Sobre todo, aquellos rubios cabellos. En efecto, huí a lo lejos con una conciencia en lo sucesivo implacable. Tenía catorce años. Con una conciencia en lo sucesivo implacable. Noche tras noche. Cuando un joven, que aspira a la gloria, en un quinto piso, inclinado sobre su mesa de trabajo, a la hora silenciosa de la medianoche, percibe un rumor que no sabe a qué atribuir, vuelve a todos lados su cabeza, embotada por la meditación y los polvorientos manuscritos, pero nada, no puede sorprender ningún indicio que le revele la causa de lo que tan débilmente oye, aunque, sin embargo, lo oiga. Advierte, por fin,

que el humo de su vela, elevándose hacia el techo, produce, por entre el aire ambiental, las casi imperceptibles vibraciones de una hoja de papel colgada de un clavo que sobresale de la pared. En un quinto piso. Al igual que un joven, que aspira a la gloria, escucha un rumor que no sabe a qué atribuir, así oigo yo una voz melodiosa que pronuncia a mi oído: «¡Maldoror!» Pero, antes de poner fin a su error, creía oír las alas de un mosquito... inclinado sobre su mesa de trabajo. Sin embargo, no sueño; ¿qué importa que esté tendido en mi lecho de raso? Hago, con sangre fría, la perspicaz advertencia de que tengo los ojos abiertos, aunque sea la hora de los dominós rosados y los bailes de máscaras. Jamás... ¡oh, no, jamás!... voz mortal alguna dejó escuchar estos seráficos acentos, pronunciando con tan dolorosa elegancia las sílabas de mi nombre. Las alas de un mosquito... Qué benevolente es su voz... ¿Me ha perdonado, pues? Su cuerpo fue a chocar contra el tronco de una encina... «¡Maldoror!»

CANTO QUINTO

Que el lector no se enoje conmigo si mi prosa no tiene la fortuna de complacerle. Afirmas que mis ideas son, por lo menos, singulares. Eso que dices, hombre respetable, es verdad, pero una verdad a medias. ¡Y qué abundante manantial de errores y engaños es cualquier verdad a medias! Las bandadas de estorninos tienen un modo de volar que les es propio y parece sometido a una táctica uniforme y regular, como si fuera la de una tropa disciplinada que obedeciera con precisión la voz de un solo jefe. Los estorninos obedecen la voz del instinto y su instinto les lleva a acercarse siempre al centro del pelotón, mientras que la rapidez de su vuelo les lleva incesantemente más allá; de modo que esa multitud de pájaros, así reunidos por una común tendencia hacia el mismo punto imantado, yendo y viniendo sin cesar, circulando y cruzándose en todas direcciones, forma una especie de torbellino muy agitado cuya entera masa, sin seguir una dirección precisa, parece tener un movimiento general de rotación alrededor de sí misma, resultante de los movimientos particulares de circulación propios de cada una de sus partes, y en el que el centro, tendiendo constantemente a desarrollarse, pero presionado, empujado sin cesar por el esfuerzo contrapuesto de las líneas circundantes que gravitan sobre él, está siempre más prieto que ninguna de estas líneas que, por su parte, lo están tanto más

cuanto más cerca están del centro. Pese a tan singular manera de arremolinarse, los estorninos no dejan por ello de hender el aire ambiente, con rara velocidad, y ganan sensiblemente, segundo tras segundo, un precioso terreno al término de sus fatigas y al objetivo de su peregrinaje. Del mismo modo, no prestes atención a mi extraña manera de cantar cada una de estas estrofas. Pero persuádate de que los acentos fundamentales de la poesía no dejan de conservar, por ello, su intrínseco derecho sobre mi inteligencia. No generalicemos los hechos excepcionales, no pido nada mejor: sin embargo, mi carácter entra en el orden de las cosas posibles. Sin duda, entre los dos términos extremos de tu literatura, tal como la entiendes, y de la mía, hay una infinidad de intermedios y sería fácil multiplicar las divisiones, pero no sería de utilidad alguna y existiría el riesgo de añadir algo estrecho y falso a una concepción eminentemente filosófica, que deja de ser racional cuando no es ya comprendida tal como ha sido imaginada, es decir, con amplitud. Sabes aliar el entusiasmo y la frialdad interior, observador de humor concentrado; en fin, por lo que a mí respecta, te encuentro perfecto... ¡Y no quieres comprenderme! Si no gozas de buena salud, sigue mi consejo (es el mejor que tengo a tu disposición) y vete a dar un paseo por el campo. ¿Triste compensación, me dices? Cuando hayas tomado el aire, vuelve a buscarme: tus sentidos habrán reposado. No llores más; no quería apenarte. ¿No es cierto, amigo mío, que, hasta cierto punto, mis cantos se han ganado tu simpatía? Pues bien, ¿quién te impide franquear los demás peldaños? La frontera entre tu gusto y el mío es invisible; nunca podrás aprehenderla: prueba de que esta frontera no existe.

Piensa pues que, entonces (y sólo estoy rozando la cuestión), no sería imposible que hubieras firmado un tratado de alianza con la obstinación, esa atractiva hija del mulo, rico manantial de intolerancia. Si no supiera que no eres tonto, no te haría semejante reproche. No tiene, para ti, utilidad alguna que te encostres en el cartilaginoso caparazón de un axioma que crees incommovible. Hay también otros axiomas incommovibles y que caminan paralelamente al tuyo. Si tienes una pronunciada inclinación por el caramelo (admirable farsa de la naturaleza), a nadie le parecerá un crimen, pero aquellos cuya inteligencia, más enérgica y capaz de mayores cosas, prefiere la pimienta y el arsénico, tienen buenas razones para actuar de ese modo, sin tener la intención de imponer su pacífico dominio a quienes tiemblan de miedo ante una musaraña o la parlante expresión de las superficies de un cubo. Hablo por experiencia, sin pretender desempeñar aquí el papel del provocador. Y, al igual que los rotíferos y los tardígrados pueden ser calentados a una temperatura próxima a la ebullición, sin perder necesariamente su vitalidad, lo mismo ocurrirá contigo si sabes asimilar, con precaución, la acre serosidad supurativa que se desprende con lentitud de la irritación que causan mis interesantes lucubraciones. Pero, bueno, ¿acaso no se ha conseguido injertar en el lomo de una rata viva la cola desprendida del cuerpo de otra rata? Intenta, pues, de igual modo, transportar a tu imaginación las distintas modificaciones de mi razón cadavérica. Pero sé prudente. Mientras escribo, nuevos estremecimientos recorren la atmósfera intelectual: se trata sólo de tener el valor de mirarlos de frente. ¿Por qué haces esa mueca? Y la acompañas, incluso, con un

gesto que sólo podría imitarse tras largo aprendizaje. No dudes de que la costumbre es necesaria para todo; y puesto que la repulsión instintiva que había aparecido ya desde las primeras páginas, ha menguado notablemente de intensidad, en razón inversa a tu aplicación a la lectura, como un forúnculo al que se le hubiera practicado una incisión, debe esperarse, aunque la cabeza esté todavía enferma, que tu curación no tarde, ciertamente, en iniciar su último período. Es indudable, para mí, que navegas ya en plena convalecencia; sin embargo, lamentablemente, tu rostro ha quedado muy demacrado. Pero... ¡valor!, hay en ti un espíritu poco común, te amo y no desespero de tu completo restablecimiento, siempre que absorbas algunas sustancias medicamentosas, que sólo apresurarán la desaparición de los últimos síntomas del mal. Como alimento astringente y tónico arrancarás, primero, los brazos de tu madre (si existe todavía), los cortarás en pedacitos y te los comerás luego, en un solo día, sin que ningún rasgo de tu rostro revele tu emoción. Si tu madre fuera demasiado anciana, elige otro sujeto quirúrgico, más joven y fresco, sobre el que la legra pueda hacer presa, y cuyos huesos tarsos, cuando camine, encuentren con facilidad un punto de apoyo para bascular: tu hermana, por ejemplo. No puedo evitar compadecer su suerte, y no soy de aquellos en quienes un gélido entusiasmo no hace sino afectar la bondad. Tú y yo derramaremos por ella, por esa amada virgen (aunque no tenga pruebas para establecer que sea virgen), dos lágrimas irreprimibles, dos lágrimas de plomo. Eso será todo. La más lenitiva poción que te aconsejo es una jofaina llena de pus blenorragico con algunos nódulos, en el que previamente se haya disuelto un

quiste piloso del ovario, un chancro folicular, un prepuccio inflamado, retraído en la parte posterior del glande por una parafimosis, y tres babosas rojas. Si sigues mi receta, mi poesía te recibirá con los brazos abiertos, al igual que un piojo cercena, con sus besos, la raíz de un cabello.

Veía, ante mí, un objeto erguido en un cerro. No distinguía con claridad su cabeza, pero adivinaba ya que su forma no era ordinaria, sin precisar, no obstante, la exacta proporción de sus contornos. No me atrevía a acercarme a aquella columna inmóvil, y aun cuando hubiera tenido a mi disposición las patas ambulatorias de más de tres mil cangrejos (y ni siquiera hablo ya de las que sirven para la prensión y la masticación de los alimentos), habría permanecido en el mismo lugar si un acontecimiento, muy fútil en sí mismo, no hubiera impuesto un pesado tributo a mi curiosidad, que reventaba sus diques. Un escarabajo haciendo rodar por el suelo, con sus mandíbulas y sus antenas, una bola cuyos principales elementos estaban compuestos de materias excrementales, avanzaba con paso rápido hacia el citado cerro, cuidando de poner muy en evidencia su voluntad de tomar tal dirección.

¡Aquel animal articulado no era mucho mayor que una vaca! Si alguien duda de lo que digo, que se acerque y satisfaré a los más incrédulos con el testimonio de buenos testigos. Lo seguí, de lejos, ostensiblemente intrigado. ¿Qué deseaba hacer con aquella gran bola negra? ¡Oh!, lector, tú que presumes sin cesar de tu perspicacia (y no sin razón), ¿serías capaz de darme el nombre? Pero no quiero someter a prueba tu conocida pasión por los enigmas. Bástete saber que el más

suave castigo que puedo infligirte es, aun, hacerte observar que este misterio sólo te será revelado (pero te será revelado) más tarde, al final de tu vida, cuando te enzarces en discusiones filosóficas con la agonía sentada a la cabecera de tu cama... y tal vez, incluso, al final de esta estrofa. El escarabajo había llegado al pie del cerro. Había ajustado mi paso a sus huellas y me hallaba todavía a gran distancia del lugar de la escena, pues, al igual que los estercorarios, pájaros inquietos, como si siempre estuvieran hambrientos, se complacen en los mares que bañan ambos polos y sólo accidentalmente se adentran en las zonas templadas, no me sentía tranquilo y adelantaba mis piernas con mucha lentitud. ¿Pero qué era, pues, la sustancia corporal hacia la que yo avanzaba? Sabía que la familia de los pelecanidos comprende cuatro géneros distintos: el pájaro bobo, el pelícano, el cormorán y la fregata. La forma grisácea que yo divisaba no era un pájaro bobo. El bloque plástico que yo distinguía no era una fregata. La carne cristalizada que yo observaba no era un cormorán. ¡Ahora veía al hombre de encéfalo desprovisto de protuberancia anular! Busqué vagamente, por los recovecos de mi memoria, en qué paraje tórrido o helado había observado ya ese larguísimo pico, ancho, convexo, abovedado, de pronunciada arista, ungulada, abultada y muy ganchuda en su extremo; esos dentados bordes, rectos; esa mandíbula inferior, de ramas separadas hasta cerca de la punta; ese intervalo que llena una piel membranosa; esa amplia bolsa, amarilla y saceliforme, ocupando toda la garganta y pudiendo distenderse considerablemente; y esos estrechos orificios nasales, longitudinales, casi imperceptibles, abiertos en un surco basa. Si aquel ser vivo, de respiración pulmonar y

simple, de cuerpo provisto de pelos, hubiera sido por completo un ave hasta la planta de los pies y no sólo hasta los hombros, no me habría sido, entonces, tan difícil reconocerlo: cosa muy fácil de hacer como vosotros mismos podréis ver. Sólo que, esta vez, me dispense de hacerlo. Para la claridad de mi demostración necesitaría que una de esas aves estuviera sobre mi mesa de trabajo, aunque estuviese disecada.

Pero no soy lo bastante rico para procurármela. Siguiendo paso a paso una hipótesis anterior, habría indicado, enseguida, su verdadera naturaleza y encontrado un lugar en los cuadros de historia natural, a aquel cuya nobleza, en su enfermizo aspecto, yo admiraba. ¡Con qué satisfacción, al no ignorar por completo los secretos de su doble organismo, y con qué avidez de saber más lo contemplaba yo en su duradera metamorfosis! Aunque no poseyera un rostro humano, me parecía bello como los dos largos filamentos tentaculiformes de un insecto; o, mejor, como una precipitada inhumación; o, también, como la ley de la reconstitución de los órganos mutilados; y, sobre todo, como un líquido eminentemente putrescible. Pero, sin prestar atención alguna a lo que ocurría por los alrededores, el forastero miraba siempre hacia adelante, con su cabeza de pelícano. Otro día retomaré el final de esta historia. Mientras, proseguiré mi narración con hosco apresuramiento, pues si por vuestro lado estáis impacientes por saber adónde quiere llegar mi imaginación (¡si el cielo quisiera que, en efecto, se tratara sólo de imaginación!), por el mío he tornado la resolución de terminar de una vez (¡y no de dos!) lo que debía deciros. Pese a que, sin embargo, nadie tenga derecho a acusarme de falta de valor. Pero cuando se presentan tales circunstancias,

más de uno siente latir en la palma de su mano las pulsaciones de su corazón. Acaba de morir, casi desconocido, en un pequeño puerto de Bretaña, un patrón de cabotaje, anciano marino que fue el héroe de una terrible historia. Era, por aquel entonces, capitán de largas singladuras y viajaba por cuenta de un armador de Saint-Malo. Pues bien, tras una ausencia de trece meses, llegó al hogar conyugal cuando su mujer, que guardaba todavía cama, acababa de darle un heredero, a cuyo reconocimiento no tenía derecho alguno. El capitán no dejó traslucir ni su sorpresa ni su cólera, y rogó con frialdad a su mujer que se vistiera y le acompañara a dar un paseo por las murallas de la ciudad. Corría el mes de enero. Las murallas de Saint-Malo son altas y cuando sopla el viento del norte los más intrépidos retroceden. La infeliz obedeció, tranquila y resignada; al regresar, deliró. Expiró por la noche. Pero sólo era una mujer. Yo, sin embargo, que soy un hombre, ante un drama no menos grande, no sé si conservé suficiente control sobre mí mismo como para que los músculos de mi rostro permanecieran inmóviles. En cuanto el escarabajo llegó al pie del cerro, el hombre levantó su brazo hacia el oeste (precisamente en esa dirección, un buitre de los corderos y un búho de Virginia habían entablado un combate en los aires), enjugó en su pico una larga lágrima que presentaba un sistema de coloración diamantino y le dijo al escarabajo: «¡Infeliz bola!, ¿no la has hecho ya rodar bastante tiempo? Tu venganza no se ha saciado todavía, y esa mujer, cuyas piernas y brazos habías atado, con collares de perlas, para que formaran un poliedro amorfo y poder arrastrarla, así, con tus tarsos, a través de caminos y valles, por zarzas y piedras (¡deja que me acerque

para ver si todavía es ella!), ha visto, ya, sus huesos llenarse de heridas, pulirse sus miembros por la ley mecánica del frotamiento rotatorio, confundirse en la unidad de la coagulación y presentar su cuerpo, en vez de las alineaciones primordiales y las curvas naturales, la monótona apariencia de un único todo homogéneo que, por la confusión de sus distintos elementos machacados, mucho se parece a la masa de una esfera. Hace tiempo ya que ha muerto; entrega a la tierra sus despojos y guárdate de aumentar, hasta irreparables proporciones, la rabia que te consume: ya no es justicia, pues el egoísmo que se oculta en los tegumentos de tu frente levanta lentamente, como un fantasma, el paño que lo cubre.» El buitre de los corderos y el búho de Virginia, llevados insensiblemente por los avatares de su combate, se habían acercado a nosotros. El escarabajo tembló ante estas inesperadas palabras y lo que, en otra ocasión, habría sido un insignificante movimiento, se convirtió, esta vez, en la marca distintiva de un furor que no conocía ya límites, pues frotó temiblemente sus muslos posteriores contra el borde de los élitros, dejando escapar un agudo chirrido: «¿Quién eres, pues, ser pusilánime? Al parecer has olvidado algunos extraños acontecimientos de tiempos pasados; no los conservas en tu memoria, hermano. Esta mujer nos traicionó, uno tras otro. Primero a ti, a mí luego. Me parece que esta injuria no debe (¡no debe!) desaparecer tan fácilmente del recuerdo. ¡Tan fácilmente! A ti, tu magnánima naturaleza te permite perdonar. ¿Pero sabes si, pese a la anormal situación de sus átomos, esta mujer, reducida a pasta de amasador (no se trata ahora de saber si, al primer golpe de vista, podría creerse que ese cuerpo ha visto aumentada notablemente su densidad más

por el engranaje de dos fuertes ruedas que por efecto de mi fogosa pasión), ha dejado ya de existir? Cállate, y deja que me venga.» Reanudó sus manejos y se alejó empujando ante sí la bola. Cuando se hubo alejado, el pelícano exclamó: «Esta mujer, con su poder mágico, me dio una cabeza de palmípedo y convirtió a mi hermano en escarabajo: tal vez merezca, incluso, peores tratos que los que acabo de enumerar.» Y yo, que no estaba seguro de no soñar, adivinando, por lo que había oído, la naturaleza de las hostiles relaciones que unían, por encima de mí, en sangriento combate, al buitre de los corderos y al búho de Virginia, eché mi cabeza atrás, como una capucha, para dar al juego de mis pulmones la felicidad y la elasticidad susceptibles, y les grité, dirigiendo mis ojos a lo alto: «Cesad en vuestra discordia. Ambos tenéis razón, pues a ambos os había ella prometido su amor: en consecuencia, os ha engañado a los dos. Pero no sois los únicos. Además, os despojó de vuestra forma humana, jugando cruelmente con vuestros más santos dolores. ¡Dudaréis todavía en creerme! Además, ella ha muerto, y el escarabajo le ha hecho sufrir un castigo de indeleble huella, pese a la compasión del primer traicionado.» Al oír estas palabras, pusieron fin a su querella y no siguieron ya arrancándose plumas ni jirones de carne: tenían razón para actuar así. El búho de Virginia, bello como una memoria sobre la curva que describe un perro corriendo tras de su dueño, se introdujo en las grietas de un convento en ruinas. El buitre de los corderos, bello como la ley que rige la detención del desarrollo del pecho en los adultos, cuya propensión al crecimiento no está en relación con la cantidad de moléculas que su organismo asimila, se perdió en las

altas capas de la atmósfera. El pelícano, cuyo generoso perdón me había impresionado mucho, porque no me parecía natural, recuperando en su cerro la majestuosa impasibilidad de un faro, como para advertir a los navegantes que prestaran atención a su ejemplo y preservar su suerte del amor de las sombrías hechiceras, siguió mirando al frente. El escarabajo, bello como el temblor de las manos en el alcoholismo, desapareció por el horizonte. Otras cuatro existencias que podían tacharse del libro de la vida. Me arranqué un músculo entero del brazo izquierdo, pues no sabía ya lo que hacía, tanto me había conmovido ese cuádruple infortunio. ¡Y yo había creído que se trataba de materias excrementales! ¡Vamos, seré estúpido! [...]

—¡Pero quién!... ¿pero quién se atreve, aquí, como un conspirador, a arrastrar los anillos de su cuerpo hacia mi negro pecho? Quienquiera que seas, excéntrica pitón, ¿con qué pretexto justificas tu ridícula presencia? ¿Es un vasto remordimiento lo que te atormenta? Porque, mira, boa, tu salvaje majestad no tendrá, lo supongo, la exorbitante pretensión de sustraerse a la comparación que de ella hago con los rasgos del criminal. Esta baba espumosa y blanquecina es, para mí, el signo de la rabia. Escúchame: ¿sabes que tu ojo está muy lejos de beber un rayo celestial? No olvides que si tu presuntuoso cerebro me creyó capaz de ofrecerte algunas palabras de consuelo sólo pudo ser a causa de una ignorancia totalmente desprovista de conocimientos fisiognómicos. ¡Dirige durante algún tiempo, que sea suficiente, claro, el brillo de tus ojos hacia lo que tengo derecho, como cualquier otro, a llamar mi rostro! ¿No ves cómo llora? Te has engañado, basilisco. Será preciso que busques en otra parte

la triste ración de consuelo que mi radical impotencia te niega, pese a las numerosas protestas de mi buena voluntad. ¡Oh!, ¿qué fuerza, expresable en frases, te arrastró fatalmente hacia tu perdición? Es casi imposible que me acostumbre al razonamiento de que no comprendes que, aplastando contra la enrojecida hierba, de un taconazo, las fugitivas curvas de tu cabeza triangular, yo podría amasar una innumerable papilla con la hierba de la sabana y la carne de la aplastada.

— ¡Aléjate lo antes posible de mí, culpable de pálida faz! El espejismo falaz del espanto te ha mostrado tu propio espectro. Disipa tus injuriosas sospechas si no quieres que te acuse, a mi vez, y que te dirija una recriminación que, ciertamente, sería aprobada por el juicio del serpentario reptilívoro. ¡Qué monstruoso extravío de la imaginación te impide reconocerme! ¿No recuerdas, pues, los importantes servicios que te he prestado al gratificarte con una existencia que hice emerger del caos y, por tu parte, el voto, inolvidable para siempre, de no desertar de mis filas para serme fiel hasta la muerte? Siendo niño (tu inteligencia se hallaba, entonces, en su más hermosa fase), eras el primero en trepar a la colina, veloz como la gamuza, para saludar con un gesto de tu manita los multicolores rayos de la aurora naciente. Las notas de tu voz brotaban de tu sonora laringe como perlas diamantinas, y resolvían sus colectivas personalidades en la vibrante suma de un largo himno de adoración. Ahora, arrojas a tus pies, como un harapo manchado de barro, la magnanimidad que he manifestado durante demasiado tiempo. El agradecimiento ha visto desecarse sus raíces, como el lecho de una charca, pero, en su lugar, la ambición ha

crecido en proporciones que me sería penoso calificar. Mas ¿quién es el que me escucha para tener tal confianza en el abuso de su propia debilidad?

—¿Y quién eres tú, audaz substancia? ¡No... no!... No me engañe, y pese a las múltiples metamorfosis a las que has recurrido, tu cabeza de serpiente brillará siempre ante mis ojos, como un faro de eterna injusticia y de cruel dominio. Quiso tomar las riendas del mando, pero no sabe reinar. Quiso convertirse en un objeto de horror para todos los seres de la creación, y lo ha conseguido. Quiso probar que sólo él es el monarca del universo, y en eso se ha engañado. ¡Oh, miserable!, ¿has aguardado hasta ahora para oír las murmuraciones y las confabulaciones que, elevándose simultáneamente de la superficie de las esferas, vienen a rozar con hosca ala los bordes papiláceos de tu destructible tímpano? No está lejos el día en que mi brazo te derribará en el polvo envenenado por tu respiración y, arrancando de tus entrañas una nociva vida, dejará en el camino tu cadáver, acribillado de contorsiones, para enseñar al viajero consternado que esa carne palpitante, que llena de asombro su vista e inmoviliza en su paladar la muda lengua, no debe ya ser comparada, si se mantiene la sangre fría, más que al tronco podrido de una encina que cayó de vetustez. ¿Qué pensamientos de compasión me retienen en tu presencia? En cuanto a ti, te lo advierto, mejor es que retrocedas ante mí y vayas a lavar tu inconmensurable vergüenza en la sangre de un niño recién nacido: esas tus costumbres. Y son dignas de ti. Vamos... sigue caminando hacia adelante. Te condeno a convertirte en un vagabundo. Te condeno a permanecer solo y sin familia. Camina constantemente, para que tus piernas te nieguen su sostén.

Atraviesa las arenas del desierto hasta que el fin del mundo sumerja las estrellas en la nada. Cuando pases cerca del cubil del tigre, este se apresurará a huir para no mirar, como en un espejo, su carácter exhibido sobre el zócalo de la perversidad ideal. Pero cuando la imperiosa fatiga te ordene detener la marcha ante las losas de mi palacio, cubiertas de abrojos y cardos, ten cuidado con tus sandalias hechas trizas y cruza de puntillas la elegancia de los vestíbulos. No es una recomendación inútil. Podrías despertar a mi joven esposa y a mi hijo de corta edad, que yacen en las sepulturas de plomo contiguas a los fundamentos del antiguo castillo. Si no tomaras precauciones de antemano, podrían hacerte palidecer con sus subterráneos aullidos. Cuando tu impenetrable voluntad les arrebató la existencia, no ignoraban que tu poder es temible y no tenían, a este respecto, duda alguna, pero no esperaban en absoluto (y su despedida postrera me confirmó su creencia) que tu Providencia se mostrara tan inmisericorde. De todos modos, cruza rápidamente esas salas abandonadas y silenciosas, revestidas de esmeralda, pero de mar-chitos blasones, donde descansan las gloriosas estatuas de mis antepasados. Esos cuerpos de mármol están irritados contigo; evita sus vidriosas miradas. Es un consejo que te da la lengua de su único y postrer descendiente. Mira cómo su brazo está levantado en actitud de provocadora defensa, con la cabeza orgullosamente echada hacia atrás. Sin duda, han adivinado el mal que me has hecho, y si pasas al alcance de los helados pedestales que sostienen esos bloques esculpidos, la venganza te aguarda. Si tu defensa necesita alegar alguna cosa, habla. Es demasiado tarde ya para llorar. Hubiera sido preciso

llorar en momentos más adecuados, cuando la ocasión fue propicia. Si tus ojos se han abierto por fin, juzga tú mismo cuáles fueron las consecuencias de tu conducta. ¡Adiós!, voy a respirar la brisa de los acantilados, pues mis pulmones, sofocados a medias, exigen a grandes gritos un espectáculo más tranquilo y virtuoso que el tuyo.

¡Oh!, pederastas incomprensibles, no seré yo quien lance injurias contra vuestra gran degradación; no seré yo quien venga a verter el desprecio en vuestro ano infundibuliforme. Basta con que las enfermedades vergonzosas y casi incurables que os asedian lleven consigo su indefectible castigo. Legisladores de estúpidas instituciones, inventores de una moral estrecha, alejaos de mí pues soy un alma imparcial. Y vosotros, jóvenes adolescentes o, mejor, muchachas, explicadme cómo y por qué (pero manteneos a conveniente distancia pues tampoco yo sé resistir mis pasiones) la venganza ha germinado en vuestros corazones hasta haber atado en el flanco de la humanidad semejante corona de heridas. Hacéis que se avergüence de sus hijos con vuestra conducta (¡que, por mi parte, yo venero!); vuestra prostitución, ofreciéndose al primer recién llegado, ejerce la lógica de los pensadores más profundos, mientras vuestra exagerada sensibilidad colma la medida de la estupefacción de la propia mujer. ¿Vuestra naturaleza es más o menos terrestre que la de vuestros semejantes? ¿Poseéis acaso un sexto sentido que nos falta? No mintáis y contad vuestros pensamientos. No os estoy haciendo una pregunta, pues desde que frecuento como observador lo sublime de vuestras grandiosas inteligencias, sé a qué atenerme. Que mi

mano izquierda os bendiga, que mi mano derecha os santifique, ángeles protegidos por mi amor universal. Beso vuestro rostro, beso vuestro pecho, beso, con mis suaves labios, las distintas partes de vuestro cuerpo armonioso y perfumado. ¿Por qué no me dijisteis enseguida lo que erais, cristalizaciones de una belleza moral superior? Me ha sido necesario adivinar por mí mismo los innumerables tesoros de ternura y castidad que ocultaban los latidos de vuestro corazón oprimido. Pecho ornado con guirnaldas de rosas y vetiver. Me ha sido necesario entreabrir vuestras piernas para conoceros y que mi boca se suspendiera de las insignias de vuestro pudor. Pero (cosa importante para señalar) no olvidéis lavar cada día la piel de vuestras partes con agua caliente, pues, de lo contrario, chancros venéreos florecerían infaliblemente en las hendiduras comisuras de mis insatisfechos labios. ¡Oh!, si en vez de ser un infierno el universo hubiera sido sólo un celestial ano inmenso, ved el gesto que realizo junto a mi bajo vientre: sí, habría hundido mi verga a través de su sangriento esfínter, destrozando, con mis impetuosos movimientos, las mismas paredes de su pelvis. La desgracia no habría arrojado, entonces, en mis cegados ojos dunas enteras de móvil arena; habría descubierto el lugar subterráneo donde yace la verdad dormida y los ríos de mi esperma viscoso habrían hallado, así, un océano donde precipitarse. Pero, ¿por qué me sorprendo añorando un estado de cosas imaginario que nunca recibirá el sello de su ulterior realización? No nos tomemos el trabajo de elaborar fugaces hipótesis. Entre tanto, que quien se abraza en el ardor de compartir mi lecho venga a mi encuentro, pero pongo a mi hospitalidad una condición rigurosa: no debe

tener más de quince años. Que, por su lado, no crea que yo tengo treinta; ¿qué importa eso? La edad no disminuye la intensidad de los sentimientos, ni mucho menos, y, aunque mis cabellos se hayan vuelto blancos como la nieve, no ha sido a causa de la vejez, sino, al contrario, por el motivo que ya sabéis. ¡No me gustan las mujeres! ¡Ni siquiera los hermafroditas! Necesito seres que se me parezcan, en cuya frente la nobleza humana esté grabada en los caracteres más distintos e imborrables. ¿Estáis seguros de que las que lucen largos cabellos son de la misma naturaleza que yo? No lo creo y no abandonaré mi opinión. Una saliva salobre fluye de mi boca, no sé por qué. ¿Quién quiere chuparla para librarme de ella? Sube... sube sin cesar. Ya sé de qué se trata. He observado que, cuando sorbo de la misma garganta la sangre de quienes se acuestan a mi lado (impropiamente se me supone vampiro, porque así se denomina a los muertos que salen de sus tumbas; y yo estoy vivo), a la mañana siguiente devuelvo una parte por la boca: esa es la explicación de la infecta saliva. ¿Qué queréis que haga si los órganos, debilitados por el vicio, se niegan a llevar a cabo las funciones de la nutrición? Pero no reveléis a nadie mis confidencias. No os lo digo por mí, lo digo por vosotros mismos y por los demás, para que el prestigio del secreto mantenga en los límites del deber y de la virtud a quienes, imantados por la electricidad de lo desconocido, se sientan tentados a imitarme. Tened la bondad de mirar mi boca (de momento no tengo tiempo de emplear una fórmula de cortesía más larga); al primer golpe de vista os sorprende por la apariencia de su estructura, sin utilizar la serpiente en vuestras comparaciones, es que contraigo su tejido hasta la última

reducción, para hacer creer que tengo un carácter frío. Pero no ignoráis que es diametralmente opuesto. ¡Por qué no podré mirar, a través de estas páginas seráficas, el rostro del que me lee! Si no ha superado la pubertad, que se acerque. Apriétame contra ti y no temas hacerme daño, estrechemos progresivamente los lazos de nuestros músculos. Más, todavía. Siento que es inútil insistir; la opacidad, notable por más de una razón, de esta hoja de papel es uno de los más considerables obstáculos para el logro de nuestra completa unión. Siempre he sentido una infame predilección por la pálida juventud de los colegios y por los niños demacrados de las manufacturas. Mis palabras no son las reminiscencias de un sueño y tendría que desenmarañar demasiados recuerdos si se me impusiera la obligación de hacer desfilar ante vuestros ojos los acontecimientos que podrían dar consistencia, con su testimonio, a la veracidad de mi dolorosa afirmación. La justicia humana no me ha sorprendido todavía en flagrante delito, pese a la incontestable habilidad de sus agentes. Incluso he asesinado (¡no hace mucho tiempo!) a un pederasta que no se prestaba bastante a mi pasión; arrojé su cadáver a un pozo abandonado y se carece de pruebas decisivas contra mí. ¿Por qué os estremecéis de miedo, adolescente que me leéis? ¿Creéis que quiero hacer otro tanto con vos? Os mostráis soberanamente injusto... Tenéis razón: desconfiad de mí, sobre todo, si sois bello. Mis partes ofrecen sempiternamente el lúgubre espectáculo de la turgencia; nadie puede asegurar (¡y cuántos se han acercado!) que las ha visto en estado de tranquilidad normal, ni siquiera el limpiabotas que me asestó en ellas una cuchillada en un instante de delirio. ¡Ingrato! Me cambio de ropa dos

veces por semana, no siendo la limpieza el principal motivo de mi decisión. Si no actuara así, los miembros de la humanidad desaparecerían, al cabo de unos días, entre prolongados combates. En efecto, me encuentre donde me encuentre, me acosan continuamente con su presencia y vienen a lamer la superficie de mis pies. ¡Pero qué poder poseen, pues, mis gotas seminales para atraer todo cuanto respira por nervios olfativos! Llegan de las orillas de los Amazonas, atraviesan los valles que riega el Ganges, abandonan los líquenes polares para emprender largos viajes en mi busca y preguntar a las inmóviles ciudades si han visto pasar, por un instante, ante sus murallas, a aquel cuya sagrada esperma aromatiza las montañas, los lagos, los brezales, las selvas, los promontorios y la vastedad de los mares. Su desesperación al no poder encontrarme (me oculto secretamente en los lugares más inaccesibles para alimentar su ardor) les lleva a cometer los más lamentables actos. Se reúnen trescientos mil a cada lado y los mugidos de los cañones sirven de preludeo a la batalla. Todos los flancos se ponen en marcha a la vez, como un solo guerrero. Se forman los cuadros y caen enseguida, para no volver a levantarse. Los despavoridos caballos huyen en todas direcciones. Las balas de cañón roturan el suelo, como implacables meteoros. La escena del combate es sólo ya un vasto campo de carnicería, cuando la noche revela su presencia y la silenciosa luna aparece por entre los desgarrones de una nube. Señalándome con el dedo un espacio de varias leguas cubierto de cadáveres, el vaporoso cuarto creciente del astro me ordena tomar, por un instante, como tema de meditabundas reflexiones, las funestas consecuencias que acarrea, a su entender, el inexplicable

talismán encantador que me concedió la Providencia: ¡Cuántos siglos serán, por desgracia, necesarios, todavía, antes de que la raza humana perezca por completo gracias a mi pérfida trampa! Así es cómo un espíritu hábil, y que no se vanagloria, emplea para alcanzar sus fines, medios que al principio parecerían incluso oponer a ello un invencible obstáculo. Mi inteligencia se eleva siempre hacia esa imponente cuestión y vos mismo sois testigo de que no me es posible limitarme al modesto tema que, al principio, tenía intención de tratar. Una última palabra... era una noche de invierno. Mientras la brisa soplaba entre los abetos, el Creador abrió su puerta en medio de las tinieblas e hizo entrar a un pederasta.

¡Silencio!, pasa un cortejo fúnebre por vuestro lado. Inclínad la binaridad de vuestras rótulas hacia la tierra y entonad un canto de ultratumba. (Si mis palabras os parecen más bien una mera fórmula imperativa que una orden formal, fuera de lugar, demostraréis ingenio y del mejor.) Es posible que logréis, así, alegrar extremadamente el alma de un muerto que va a descansar en una fosa de la vida. El hecho es incluso, para mí, cierto. Advertid que no afirmo que vuestra opinión no pueda ser, hasta cierto punto, contraria a la mía, pero lo que interesa, ante todo, es poseer nociones justas sobre los fundamentos de la moral, de modo que cada uno deba penetrarse del principio que ordena hacer a los demás lo que, tal vez, querría que le hicieran a sí mismo. El sacerdote de las religiones abre la marcha, llevando en una mano una bandera blanca, signo de paz, y en la otra un emblema de oro que representa las partes del hombre y de la mujer, como indicando que esos

miembros carnales son, la mayoría de las veces, haciendo abstracción de cualquier metáfora, instrumentos muy peligrosos en manos de quienes los utilizan, cuando los manipulan ciegamente para fines diversos que se querellan entre sí, en vez de engendrar una oportuna reacción contra la conocida pasión que provoca casi todos nuestros males. En la parte baja de su espalda lleva atada (artificialmente, claro) una cola de caballo, de espesas crines, que barre el polvo del suelo. Significa que debemos cuidar de no rebajarnos, por nuestra conducta, al rango de los animales. El ataúd conoce el camino y avanza tras la túnica flotante del consolador. Los parientes y amigos del difunto, como manifiesta su posición, han decidido cerrar el cortejo. Éste avanza con majestad, como un navío que hiende la pleamar y no teme el fenómeno del hundimiento, pues en la actualidad las tempestades y los escollos se hacen notar ni más ni menos que por su explicable ausencia. Los grillos y los sapos siguen a pocos pasos la fiesta mortuoria; tampoco ellos ignoran que su modesta presencia en los funerales de alguien les será tenida en cuenta algún día. Charlan en voz baja y en su pintoresco lenguaje (no seáis tan presuntuosos, permitidme que os dé este desinteresado consejo, como para creer que sois el único que poseéis la preciosa facultad de traducir lo que siente vuestro pensamiento) de aquel a quien más de una vez vieron correr a través de las verdeantes praderas y sumergir el sudor de sus miembros en las azulosas aguas de los arenáceos golfos. Primero, la vida pareció sonreírle sin segundas intenciones y, magníficamente, le coronó de flores, pero puesto que vuestra misma inteligencia advierte o, mejor, adivina que ha sido detenido en los límites de

la infancia, no necesito, hasta la aparición de una retractación verdaderamente necesaria, proseguir con los prolegómenos de mi rigurosa demostración. Diez años. Número exactamente calcado hasta la confusión sobre el de los dedos de la mano. Es poco y es mucho. En el caso que nos ocupa, sin embargo, me apoyaré en vuestro amor a la verdad para que proclaméis conmigo, sin aguardar un segundo más, que es poco. Y cuando pienso someramente en esos tenebrosos misterios por los que un ser humano desaparece de la tierra, con tanta facilidad como una mosca o una libélula, sin conservar la esperanza del regreso, me sorprendo alimentando el vivo sentimiento de no poder, probablemente, vivir tiempo bastante como para explicaros bien lo que yo mismo no tengo la pretensión de comprender. Pero, puesto que está demostrado que, por una extraordinaria casualidad, no he perdido todavía la vida desde aquel lejano tiempo en que, lleno de terror, comencé la frase precedente, calculo mentalmente que no será inútil, aquí, construir la completa confesión de mi radical impotencia, sobre todo, cuando se trata, como ahora, de tan imponente e inabordable cuestión. Hablando en general es singular la seductora tendencia que nos lleva a buscar (para expresarlas luego) las semejanzas y las diferencias que contienen, en sus naturales propiedades, los objetos más opuestos entre sí y, a veces, los menos aptos en apariencia para prestarse a ese tipo de combinaciones simpáticamente curiosas y que, palabra de honor, dan graciosamente al estilo del escritor, que se permite esta personal satisfacción, el imposible e inolvidable aspecto de un búho serio por toda la eternidad. Sigamos, en consecuencia, la corriente que nos arrastra.

El milano real tiene las alas proporcionalmente más largas que el cernícalo y el vuelo mucho más fácil: pasa, de este modo, su vida en el aire. Casi nunca descansa y recorre cada día espacios inmensos, y este gran movimiento no es un ejercicio de caza, ni de persecución de presas, ni siquiera de exploración, pues no caza, sino que parece que el vuelo sea su estado natural, su situación favorita. No es posible evitar la admiración ante el modo como lo ejecuta. Sus alas largas y estrechas parecen inmóviles; la cola cree dirigir todas las evoluciones y la cola no se engaña: actúa sin cesar. Se eleva sin esfuerzo; desciende como si se deslizara por un plano inclinado; más parece nadar que volar. Precipita su carrera, la hace más lenta, se detiene y permanece como suspendido o clavado en el mismo lugar durante horas enteras. No puede advertirse en las alas movimiento alguno: por más que abrierais los ojos como la boca de un horno, sería igualmente inútil. Todos tienen el sentido común de confesar sin dificultad (aunque de cierta mala gana) que no se advierte, al primer golpe de vista, la relación, por lejana que sea, que yo señalo entre la belleza del vuelo del milano real y la del rostro del niño, levantándose suavemente por encima del ataúd descubierto, como un nenúfar que rompiese la superficie de las aguas, y en eso consiste precisamente el imperdonable defecto que acarrea la inamovible situación de una falta de arrepentimiento, con respecto a la voluntaria ignorancia en la que todos se han estancado. Esta relación de tranquila majestad ante los dos términos de mi taimada comparación es ya demasiado común y de un simbolismo bastante comprensible, como para que aumente mi asombro ante lo que sólo puede tener, como única

excusa, ese mismo carácter de vulgaridad que hace recaer, sobre cualquier objeto o espectáculo que lo sufre, un profundo sentimiento de injusta indiferencia. ¡Como si lo que se ve cada día no debiera, por ello, atraer nuestra admiración! Llegado a la entrada del cementerio, el cortejo se apresura a detenerse; su intención no es ir más lejos. El sepulturero termina de cavar la fosa; depositan en ella el ataúd con todas las precauciones que se toman en semejantes casos. Algunas paletadas de tierra inesperadas cubren el cuerpo del niño. El sacerdote de las religiones, entre la conmovida asistencia, pronuncia algunas palabras para enterrar aún mejor al muerto en la imaginación de los asistentes. «Dice que le extraña mucho que se derramen tantas lágrimas en un acto de tanta insignificancia. Textual. Pero teme no calificar adecuadamente lo que a su entender es una indiscutible felicidad. Si, en su ingenuidad, hubiera creído que la muerte es tan poco simpática, habría renunciado a su ministerio para no aumentar el legítimo dolor de los numerosos parientes y amigos del difunto, pero una secreta voz le advierte que debe prodigarles algunos consuelos, que no serán inútiles, aunque fuera sólo el de hacerles entrever la esperanza de un próximo encuentro en los cielos entre el que ha muerto y los que han sobrevivido.» Maldoror huía a galope tendido y parecía dirigir su carrera hacia los muros del cementerio. Los cascos de su corcel levantaban alrededor de su dueño una falsa corona de espesa polvareda. Vosotros no podéis saber el nombre de ese jinete, pero yo lo sé. Se acercaba cada vez más; su rostro de platino comenzaba a ser perceptible, aunque llevara la parte baja por completo envuelta en un manto que el lector se ha guardado mucho de expulsar de su memoria y

que sólo permitía distinguir los ojos. En medio de su discurso, el sacerdote de las religiones palidece de pronto, pues su oído reconoce el irregular galope de aquel célebre caballo blanco que jamás abandonó a su dueño. «Sí, prosiguió, tengo gran confianza en ese próximo encuentro, entonces, se comprenderá mejor qué sentido debe darse a la temporal separación del alma y del cuerpo. Quien piensa vivir en esta tierra se arrulla con una ilusión cuya evaporación sería importante acelerar.» El ruido del galope se hacía cada vez más fuerte, y cuando el jinete, ciñendo la línea del horizonte, estuvo a la vista, en el campo óptico que abarcaba el portal del cementerio, veloz como un ciclón giratorio, el sacerdote de las religiones, con mayor gravedad, continuó: «No parecéis sospechar que este, a quien la enfermedad obligó a conocer sólo las primeras fases de la vida y que la fosa acaba de acoger en su seno, está indudablemente vivo, pero sabed, al menos, que aquel cuya equívoca silueta distinguís a lomos de un nervioso caballo, y sobre quien os aconsejo fijar lo antes posible la mirada, pues sólo es un punto y pronto desaparecerá entre los brezos, aunque haya vivido mucho, es el único muerto verdadero.»

[...] En aquel instante, tus vigorosos miembros estaban perdiéndose de vista y seguían alejándose, rápidos como una sonda a la que se deja correr. Una barca, que volvía de colocar sus redes en mar abierto, pasó por aquellos parajes. Los pescadores tomaron a Règinald por un náufrago y le izaron, desvanecido, a su embarcación. Se comprobó la presencia de una herida en el costado derecho; todos aquellos expertos marinos emitieron la opinión de que ninguna punta

de escollo o fragmento de roca podía producir un agujero tan microscópico y, al mismo tiempo, tan profundo. Un arma cortante, tal vez un estilete de los más aguzados, era la única que podía arrogarse derechos a la paternidad de tan fina herida. Él nunca quiso contar las distintas fases de la zambullida por entre las entrañas de las olas y ha mantenido hasta hoy este secreto. Ahora las lágrimas corren por sus mejillas algo descoloridas y caen sobre tus sábanas: a veces el recuerdo es más amargo que la propia cosa. Pero no sentiré compasión: sería demostrarte excesiva estima. No hagas girar en sus órbitas tus ojos furibundos. Mejor permanecer tranquilo. Sabes que no puedes moverte. Además, no he concluido mi relato. — Levanta tu espada, Règinald, y no olvides con tanta facilidad la venganza. ¿Quién sabe?, tal vez algún día podría reprochártelo. — Más tarde, concebiste remordimientos cuya existencia iba a ser efímera, decidiste redimir tu falta eligiendo a otro amigo para bendecirle y honrarle. Con este recurso expiatorio, borrabas las manchas del pasado y hacías recaer sobre aquel que se convirtió en tu segunda víctima, la simpatía que no supiste demostrar al otro. Vana esperanza; el carácter no se modifica de un día a otro, y tu voluntad siguió siendo idéntica a sí misma. Yo, Ellseneur, te vi por primera vez y, desde entonces, no pude olvidarte. Nos miramos unos instantes y comenzaste a sonreír. Bajé los ojos porque vi en los tuyos una llama sobrenatural. Me preguntaba si, con la ayuda de una noche oscura, te habrías dejado caer en secreto hasta nosotros, desde la superficie de alguna estrella, pues, te lo confieso hoy, cuando no es ya necesario fingir, no te parecías a los jabatos de la humanidad, sino que una aureola de

fulgurantes rayos rodeaba la superficie de tu frente. Hubiera deseado establecer relaciones íntimas contigo; mi presencia no osaba acercarse, ante la sorprendente novedad de tan extraña nobleza, y un tenaz terror merodeaba a mi alrededor. ¿Por qué no escuché tales advertencias de mi conciencia? Fundados presentimientos. Advirtiéndome mi vacilación, te ruborizaste a tu vez y extendiste el brazo. Puse valerosamente mi mano en la tuya y, tras esta acción, me sentí más fuerte; ahora, un soplo de tu inteligencia había penetrado en mí. Con los cabellos al viento y respirando el aliento de las brisas, caminamos por unos instantes hacia adelante, a través de los espesos bosquecillos de lentiscos, jazmines, granados y naranjos, cuyos aromas nos embriagaban. Un jabalí rozó a la carrera nuestras ropas y una lágrima cayó de sus ojos, cuando me vio contigo: no me expliqué su conducta. Al caer la noche llegamos a una ciudad populosa. Los perfiles de las cúpulas, las torres de los minaretes y las marmóreas bolas de los belvederes recortaban vigorosamente sus quebrados perfiles, a través de las tinieblas, contra el azul intenso del cielo. Pero no quisiste descansar en aquel lugar, aunque estuviéramos abrumados de fatiga. Bordeamos la base de las fortificaciones exteriores, como chacales nocturnos; evitamos el encuentro con los centinelas al acecho; y conseguimos alejarnos, por la puerta opuesta, de aquella solemne reunión de animales razonables, civilizados como los castores. El vuelo de la fulgora portadora de linterna, el crujido de las secas hierbas, los intermitentes aullidos de algún lobo lejano acompañaban la oscuridad de nuestra incierta marcha a través de la campiña. ¿Cuáles eran, pues, tus motivos válidos para huir de las colmenas humanas? Me

hacía esta pregunta con cierta turbación; por otra parte, mis piernas comenzaban a negarme su servicio que se había prolongado durante demasiado tiempo. Llegamos por fin al lindero de un espeso bosque, cuyos árboles estaban unidos entre sí por una maraña de altas lianas inextricables, plantas parásitas y cactus de monstruosas espinas. Te detuviste ante un abedul. Me dijiste que me arrodillara para prepararme a morir; me concediste un cuarto de hora para abandonar esta tierra. Ciertas miradas furtivas que me lanzaste a hurtadillas durante nuestra larga carrera, cuando no te observaba, ciertos gestos cuya irregularidad de medida y movimiento yo había advertido, acudieron de inmediato a mi memoria, como las abiertas páginas de un libro. Mis sospechas se habían confirmado. Demasiado débil para luchar contigo, me derribaste al suelo como el huracán abate la hoja del álamo. Con una de tus rodillas en mi pecho y la otra apoyada en la húmeda hierba, mientras una de tus manos apresaba la binaridad de mis brazos en su grillete, vi cómo la otra sacaba un cuchillo de la vaina colgada de tu cinturón. Mi resistencia era casi nula y cerré los ojos: el patear de un rebaño de bueyes se oyó a cierta distancia, traído por el viento. Avanzaba como una locomotora azuzado por el bastón de un gañán y las quijadas de un perro. No había tiempo que perder y lo comprendiste; temiendo no lograr tus fines, pues, la cercanía de un inesperado auxilio había acrecentado mi poder muscular, y advirtiéndome que sólo podías inmovilizar uno de mis brazos a la vez, te limitaste, con un rápido movimiento de la hoja de acero, a cortarme la muñeca derecha. El pedazo, exactamente cercenado, cayó al suelo. Emprendiste la huida, mientras yo me hallaba

aturdido por el dolor. No te contaré cómo el gañán acudió en mi auxilio ni cuánto tiempo fue necesario para mi curación. Bástete saber que aquella traición, que yo no esperaba, me dio deseos de buscar la muerte. Llevaba mi presencia a los combates para ofrecer mi pecho a los golpes. Conseguí gloria en los campos de batalla; mi nombre se hizo temible, incluso, para los más intrépidos, pues mi artificial mano metálica derramaba matanza y destrucción sobre las filas enemigas. Sin embargo, cierto día en que los obuses retumbaban con mucha mayor fuerza que de ordinario y los escuadrones, arrebatados de su base, se atorbellinaban como pajas bajo la influencia del ciclón de la muerte, un jinete, de osado ademán, avanzó hacia mí para disputarme la palma de la victoria. Ambos ejércitos se detuvieron, inmóviles, para contemplarnos en silencio. Combatimos durante mucho tiempo, acribillados de heridas y con los cascos destrozados. De común acuerdo detuvimos la lucha para descansar y reanudarla, luego, con mayor energía. Lleno de admiración por su adversario, cada uno de nosotros levanta la propia visera: «¡Elsseigneur!...», «¡Règinald!...», esas fueron las sencillas palabras que nuestras jadeantes gargantas pronunciaron al mismo tiempo. Este último, caído en la desesperación de una inconsolable tristeza, había tomado, como yo, la carrera de las armas, y las balas le habían respetado. ¡En qué circunstancias nos volvíamos a encontrar! ¡Pero tu nombre no fue pronunciado! Él y yo nos juramos amistad eterna, aunque, ciertamente, distinta de las dos primeras en las que tú habías sido el actor principal. Un arcángel, bajado del cielo y mensajero del Señor, nos ordenó convertirnos en una sola araña y venir cada noche a chuparte la garganta, hasta que

un mandamiento llegado de arriba detuviera el curso del castigo. Durante casi diez años hemos frecuentado tu yacija. Desde hoy quedas libre de nuestra persecución. La vaga promesa de la que hablabas, no nos la hiciste a nosotros, sino al Ser que es más fuerte que tú: tú mismo comprendías que mejor era someterse a ese irrevocable decreto. ¡Despierta, Maldoror! El encanto magnético que ha gravitado sobre tu sistema cerebroespinal, durante las noches de dos lustros, se evapora.» Despierta como le ha sido ordenado y ve dos formas celestiales que desaparecen por los aires con los brazos enlazados. No intenta dormirse de nuevo. Saca, lentamente, uno tras otro, sus miembros de la yacija. Va a calentar su helada piel en los reavivados tizones de la chimenea gótica. Sólo la camisa cubre su cuerpo. Busca con los ojos la redoma de cristal para humedecer su reseco paladar. Abre los postigos. Se apoya en el alféizar de la ventana. Contempla la luna que derrama, en su pecho, un cono de rayos estáticos en el que palpitan, como falenas, átomos de plata de inefable dulzura. Espera que el crepúsculo matutino aporte, cambiando el decorado, un irrisorio alivio a su trastornado corazón.

CANTO SEXTO

No creáis, vos, cuya envidiable tranquilidad no puede sino embellecer más aún vuestra facies, que se trata todavía de lanzar, en estrofas de catorce o quince líneas, como haría un alumno de cuarto curso, exclamaciones que parezcan inoportunos y sonoros cloqueos de gallina cochinchina, tan grotescos como sería dable imaginar, por poco que uno se lo propusiera; pero es preferible probar con hechos las proposiciones que se adelantan. ¿Pretenderíais, acaso, que porque insulté, como burlándome, al hombre, al Creador y a mí mismo, en mis explicables hipérboles, mi misión se hubiese completado? No: la parte más importante de mi trabajo sigue subsistiendo, como tarea por hacer. A partir de ahora, los hilos de la novela moverán a los tres personajes antes citados: les será, así, comunicado un poder menos abstracto. La vitalidad se extenderá magníficamente por el torrente de su aparato circulatorio y veréis como os asombrará encontrar, donde en principio habíais creído ver sólo vagas entidades pertenecientes al campo de la pura especulación, por una parte, el organismo corporal con sus ramificaciones de nervios y sus membranas mucosas; por la otra, el principio espiritual que preside las funciones fisiológicas de la carne. Son seres dotados de una enérgica vida quienes, con los brazos cruzados y el pecho presto, posarán prosaicamente (aunque estoy

seguro de que el efecto será muy poético) ante vuestro rostro, situándose sólo a unos pasos de vos para que los rayos solares, hiriendo primero las tejas de los techos y las cubiertas de las chimeneas, vayan luego a reflejarse visiblemente en sus cabellos terrestres y materiales. Pero no se tratará ya de anatemas, poseedores de la especialidad de provocar la risa; de personalidades ficticias que habrían hecho bien permaneciendo en el cerebro del autor; o de pesadillas colocadas demasiado por encima de la existencia ordinaria. Advertid que, precisamente por eso, mi poesía será más hermosa. Tocaréis con vuestras manos los ramales ascendentes de la aorta y las cápsulas suprarrenales; ¡y también sentimientos! Los cinco primeros relatos no han sido inútiles, eran el frontispicio de mi obra, los cimientos de la construcción, la explicación previa de mi poética futura: y me debía a mí mismo, antes de cerrar mi maleta y ponerme en marcha hacia las regiones de la imaginación, advertir a los sinceros aficionados a la literatura, con el rápido esbozo de una generalización clara y precisa, del objetivo que me había propuesto perseguir. Consecuentemente, opino que ahora, la parte sintética de mi obra, está ya completa y suficientemente parafraseada. Por ella habéis sabido que he decidido atacar al hombre y a Aquel que le creó. Por el momento, y también para más tarde, no necesitáis saber más. Nuevas consideraciones me parecen superfluas, pues sólo iban a repetir de otro modo más amplio, es cierto, pero idéntico, el enunciado de la tesis cuyo primer desarrollo verá el final de este día. Se desprende de las observaciones precedentes que mi intención es emprender, de ahora en adelante, la parte analítica; tan cierto es eso que, sólo hace unos minutos, expresé

el ardiente deseo de que os hallarais aprisionado en las glándulas sudoríparas de mi piel, para verificar la fidelidad de lo que afirmo con conocimiento de causa. Es preciso, lo sé, apoyar con gran número de pruebas la argumentación comprendida en mi teorema, pues bien, esas pruebas existen y ya sabéis que no ataco a nadie sin tener serios motivos. Me río a mandíbula batiente cuando pienso que me reprocháis que lance amargas acusaciones contra la humanidad, uno de cuyos miembros soy (¡y esta mera observación me daría ya la razón!) y contra la Providencia: no me retractaré de mis palabras, pero no me será difícil, contando lo que he visto, sin más ambición que la verdad, justificarlas. Hoy voy a fabricar una pequeña novela de treinta páginas. Esta medida permanecerá, en lo sucesivo, casi estacionaria. Esperando ver pronto, algún día, que la consagración de mis teorías es aceptada por una u otra forma literaria, creo haber hallado por fin, tras algunos tanteos, mi fórmula definitiva. ¡Es la mejor porque es la novela! Este híbrido prefacio ha sido expuesto de un modo que no parecerá, tal vez, bastante natural, en el sentido de que sorprende, por así decirlo, al lector, que no ve bien a dónde se le quiere en principio llevar, pero he consagrado todos mis esfuerzos a provocar este sentimiento de notable estupefacción del que, por lo general, deben intentar substraerse quienes pasan su tiempo leyendo libros o folletos. En efecto, me era imposible hacer menos pese a mi buena voluntad: sólo más tarde, cuando hayan aparecido algunas novelas, comprenderéis mejor el prefacio del renegado de fuliginoso rostro.

[...]

I

Las tiendas de la calle Vivienne exponen sus riquezas ante los maravillados ojos. Iluminados por numerosos mecheros de gas, los cofres de caoba y los relojes de oro lanzan, a través de los escaparates, haces de deslumbradora luz. El reloj de la Bolsa ha dado las ocho: ¡no es tarde! Apenas se ha escuchado la última campanada cuando la calle, cuyo nombre ha sido ya citado, comienza a temblar y sacude sus fundamentos desde la Plaza Royale hasta el bulevar Montmartre. Los paseantes apresuran el paso y se retiran pensativos a sus casas. Una mujer se desmaya y cae sobre el asfalto. Nadie la levanta: todos tienen prisa por alejarse de ese lugar. Los porticones se cierran con ímpetu y los habitantes se arrebujan en sus mantas. Diríase que la peste asiática ha revelado su presencia. Así, mientras la mayor parte de la ciudad se dispone a nadar en los goces de las fiestas nocturnas, la calle Vivienne se halla de pronto helada por una especie de petrificación. Ha visto extinguirse su vida como un corazón que deja de amar. Pero la noticia del fenómeno se extiende pronto entre las demás capas de la población y un hosco silencio se cierne sobre la augusta capital. ¿Adónde han ido los mecheros de gas? ¿Qué se ha hecho de las mercenarias del amor? Nada... ¡Soledad y tiniebla! Una lechuza, volando en dirección rectilínea con una pata rota, pasa por encima de la Madeleine y emprende el vuelo hacia la barrera del Trono, gritando: «Se prepara una desgracia.» Pues bien, en este lugar que mi pluma (ese verdadero amigo que me sirve de compadre) acaba de hacer misterioso, si miráis hacia donde la calle Colbert confluye con la calle Vivienne, veréis, en la esquina formada por el cruce de ambas vías, a un

personaje que muestra su silueta y dirige su ligera marcha hacia los bulevares. Pero acercándose más, cuidando de no atraer sobre uno mismo la atención del viandante, se advierte, con agradable asombro, que es joven. De lejos, en efecto, hubiérase dicho que era un hombre maduro. La suma de los días no cuenta ya cuando se trata de apreciar la capacidad intelectual de un rostro serio. Sé leer la edad en las líneas fisiognómicas de la frente: ¡tiene dieciséis años y cuatro meses! Es bello como la retractilidad de las garras en las aves de rapiña; o, también, como la incertidumbre de los movimientos musculares en las llagas de las partes blandas de la región cervical posterior; o mejor, como esa ratonera perpetua, constantemente tendida de nuevo por el animal atrapado, que puede cazar por sí sola, indefinidamente, roedores y funcionar, incluso, oculta bajo la paja; y, sobre todo, como el encuentro fortuito de una máquina de coser y un paraguas en una mesa de disección. Mervyn, hijo de la rubia Inglaterra, vuelve de una lección de esgrima en casa de su profesor y, envuelto en su tartán escocés, regresa a casa de sus padres. Son las ocho y media y espera llegar a su casa a las nueve: es una gran presunción, por su parte, fingir estar seguro de conocer el porvenir. ¿No puede, acaso, interponerse en su camino algún obstáculo imprevisto? ¿Y es tan poco frecuente tal circunstancia como para que se responsabilice de considerarla una excepción? ¿Por qué no considera, más bien, un hecho anormal la posibilidad, que ha tenido hasta hoy, de sentirse desprovisto de inquietud y, por decirlo de algún modo, feliz? ¿Con qué derecho, en efecto, pretende llegar indemne a su morada cuando alguien le acecha y le sigue los pasos como a su futura presa?

(Sería conocer mal la profesión de escritor sensacionalista no exponer, de antemano, al menos, las restrictivas interrogaciones tras de las que llega, inmediatamente, la frase que estoy a punto de terminar.) Habéis reconocido al héroe imaginario que, desde hace mucho tiempo, rompe con la presión de su individualidad mi infeliz inteligencia. Unas veces, Maldoror se acerca a Mervyn para grabar en su memoria los rasgos del adolescente; otras, con el cuerpo echado hacia atrás, vuelve sobre sus pasos como el boomerang de Australia, en el segundo período de su trayecto o, mejor, como una máquina infernal. Indeciso acerca de lo que debe hacer. Pero su conciencia no experimenta ningún síntoma de la más embriogénica emoción, como erróneamente podríais suponer. Le vi alejarse por un instante en dirección opuesta; ¿se sentía abrumado por los remordimientos? Pero regresó con nueva saña. Mervyn ignora por qué sus arterias temporales palpitan con fuerza y apresura el paso, obsesionado por un espanto cuya causa, vos y él, buscáis en vano. Su empeño por descubrir el enigma debe serle tenido en cuenta. ¿Por qué no se vuelve? Lo comprendería todo. ¿Se piensa alguna vez en los medios más sencillos de hacer que cese un estado de alarma? Cuando un merodeador de barreras cruza un barrio de los arrabales, con cántaros de vino blanco en el buche y la blusa hecha jirones, si, en el guardacantón de una esquina, ve un viejo gato musculoso, contemporáneo de las revoluciones a las que asistieron nuestros padres, contemplando melancólicamente los rayos de la luna, que se abaten sobre la dormida llanura, avanza, solapado, describiendo una curva y hace una señal a un perro patizambo que se abalanza. El noble animal de raza felina aguarda con

valor a su adversario y vende cara su vida. Mañana algún trapero comprará una piel electrizable. ¿Por qué no huyó? Era tan fácil. Pero, en el caso que ahora nos ocupa, Mervyn complica más todavía el peligro con su propio ignorancia. Tiene ciertos atisbos, excesivamente escasos, es cierto, pero no me detendré a demostrar la vaguedad que los recubre; sin embargo, le es imposible adivinar la realidad. No es profeta, no digo lo contrario y no se atribuye la facultad de serlo. Llegado a la gran arteria, dobla a la derecha y cruza el bulevar Poissonnière y el bulevar Bonne-Nouvelle. En este punto de su camino, avanza por la calle del faubourg-Saint-Denis, deja a su espalda el apeadero del ferrocarril de Estrasburgo y se detiene ante un elevado portal, antes de haber alcanzado la perpendicular superposición de la calle Lafayette. Y como me aconsejáis que concluya en este lugar la primera estrofa, quiero, por esta vez, atenerme a vuestro deseo. ¿Sabéis que, cuando pienso en el grillete de hierro oculto bajo la piedra por la mano de un maniaco, un invencible estremecimiento recorre mis cabellos?

II

Tira del pomo de cobre y el portal de la moderna mansión gira sobre sus goznes. Recorre el patio, cubierto de fina arena, y sube los ocho peldaños de la escalinata. Las dos estatuas, colocadas a derecha e izquierda como guardianas de la aristocrática villa, no le cierran el paso. Aquel que renegó de todo, padre, madre, Providencia, amor, ideal, para sólo pensar en sí mismo, se ha cuidado mucho de no seguir los precedentes pasos. Le ha visto entrar en un espacioso salón de la planta baja, con revestimientos de

cornalina. El hijo de familia se desploma en un sofá y la emoción le impide hablar. Su madre, con un largo vestido cuya cola se arrastra, acude presta y le rodea con sus brazos. Sus hermanos, de menos edad, se agrupan alrededor del mueble que soporta una carga; no conocen la vida de modo suficiente como para hacerse una clara idea de la escena que se desarrolla. Por fin, el padre levanta su bastón y lanza sobre los asistentes una mirada llena de autoridad. Apoyando la mano en el brazo del sillón, se aleja de su habitual asiento y avanza, con inquietud, aunque debilitado por los años, hacia el cuerpo inmóvil de su primogénito. Habla en una lengua extranjera y todos le escuchan con respetuoso recogimiento: «¿Quién ha puesto al muchacho en ese estado? El brumoso Támesis acarrearé, todavía, notable cantidad de limo antes de que mis fuerzas estén por completo agotadas. En este paraje inhóspito no parecen existir preservadoras leyes. El culpable sentiría el vigor de mi brazo si le conociera. Aunque me haya jubilado, en el alejamiento de los combates marítimos, mi espada de comodoro, colgada de la pared, todavía no se ha oxidado. Por otra parte, fácil es volver a afilarla. Mervyn, tranquilízate, daré a mis criados órdenes para que encuentren el rastro de aquel a quien, de ahora en adelante, buscaré para hacerle perecer por mi propia mano. Mujer, sal de ahí y ve a acurrucarte en un rincón, tus ojos me enternecen y mejor harías cerrando el conducto de tus glándulas lacrimales. Hijo, te lo suplico, despabila tus sentidos y reconoce a tu familia; es tu padre el que te habla...» La madre se mantiene apartada y, para obedecer las órdenes de su dueño, ha tomado un libro entre las manos y se esfuerza por permanecer tranquila, en presencia del peligro que

corre aquel a quien dio a luz su matriz. «... Hijos, id a distraeros en el parque, y cuidado, al admirar el nado de los cisnes, de no caer en el estanque...» Los hermanos, con los brazos colgando, permanecen mudos. Todos, con el gorro coronado por una pluma arrancada de las alas del chotacabras de Carolina, con el pantalón de terciopelo deteniéndose en las rodillas y medias de seda roja, se toman de la mano y abandonan el salón, cuidando de pisar sólo de puntillas el entarimado de ébano. Estoy convencido de que no se divertirán y pasearán con gravedad por las avenidas de plátanos. Su inteligencia es precoz. Mejor para ellos. «...Inútiles cuidados, te acuno en mis brazos y permaneces insensible a mis súplicas. ¿Quieres levantar la cabeza? Me abrazaré, si es preciso, a tus rodillas. Pero no... Vuelve a caer inerte.» — «Mi dulce dueño, si se lo permites a tu esclava, voy a buscar a mi alcoba un frasco lleno de esencia de trementina, del que habitualmente me sirvo cuando la jaqueca invade mis sienes, al regreso del teatro, o cuando la lectura de una narración conmovedora, consignada en los anales británicos de la caballeresca historia de nuestros antepasados, lanza mi soñador pensamiento a las hornagueras del sopor.»

— «Mujer, no te había concedido la palabra y no tenías derecho a tomarla. Desde nuestra legítima unión, ninguna nube se ha interpuesto entre nosotros. Estoy satisfecho de ti y nunca he tenido reproches que hacerte: y recíprocamente. Ve a buscar a tu alcoba un frasco lleno de esencia de trementina. Sé que está en uno de los cajones de tu cómoda, no serás tú quien me lo descubra. Apresúrate a subir los peldaños de la escalera en espiral y vuelve a mi lado con rostro alegre.» Pero la sensible londinense apenas ha llegado a los

primeros peldaños (no corre con la celeridad de una persona de las clases inferiores) cuando una de sus señoritas de compañía baja ya del primer piso, con las mejillas arreboladas por el sudor y el frasco que, tal vez, contenga el licor de la vida entre sus paredes de cristal. La damisela se inclina con gracia, ofreciendo su presente, y la madre, con regia actitud, se ha dirigido hacia los flecos que adornan el sofá, único objeto que preocupa a su ternura. El comodoro, con ademán altivo, pero benevolente, acepta el frasco de manos de su esposa. Un pañuelo de la India es humedecido y rodean la cabeza de Mervyn con los orbiculares meandros de la seda. Respira las sales, agita un brazo. La circulación se reanima y se oyen los alegres gritos de una cacatúa de las Filipinas, colocada en el alféizar de la ventana. «¿Quién es?... No me detengáis... ¿Dónde estoy? ¿Acaso una tumba soporta mis entorpecidos miembros? sus tablas me parecen suaves... ¿Llevo todavía al cuello el medallón con el retrato de mi madre?... Atrás, malhechor de despeinada cabeza. No ha podido alcanzarme y he dejado entre sus dedos un faldón de mi justillo. Soltad las cadenas de los perros pues esta noche un reconocible ladrón puede introducirse, con efracción, en nuestra casa, mientras estemos sumidos en el sueño. Padre y madre míos, os reconozco y os agradezco vuestros cuidados. Llamad a mis hermanos menores. Había comprado para ellos unos bombones y quiero besarlos.» Tras estas palabras, cae en un profundo estado letárgico. El médico, a quien se ha llamado apresuradamente, se frota las manos y exclama: «La crisis ha pasado. Todo va bien. Mañana vuestro hijo despertará bien dispuesto. Id todos a vuestros respectivos lechos, lo ordeno para quedarme solo junto al enfermo

hasta que aparezca la aurora y cante el ruiseñor.» Maldoror, oculto detrás de la puerta, no ha perdido una sola palabra. Conoce ahora el carácter de los habitantes de la mansión y actuará en consecuencia. Sabe dónde mora Mervyn y no desea saber más. Ha anotado en un cuadernillo el nombre de la calle y el número del edificio. Eso es lo principal. Está seguro de no olvidarlos. Avanza sin ser visto, como una hiena, y bordeando los márgenes del patio. Escala con agilidad la reja, enganchándose por un instante en las puntas de hierro; de un salto está en la calzada. Se aleja a la chita callando: «Me ha tomado por un malhechor, exclama; es un imbécil. Me gustaría encontrar un solo hombre exento de la acusación que el enfermo ha lanzado contra mí. No le he arrebatado un faldón de su justillo, como afirma. Simple alucinación hipnagógica producida por el espanto. Mi intención no era hoy apoderarme de él, pues tengo otros proyectos ulteriores para este tímido adolescente.» Dirigíos al lugar donde se halla el lago de los cisnes; y más tarde os diré por qué hay en la bandada uno completamente negro, cuyo cuerpo, que soporta un yunque coronado por el cadáver en putrefacción de un cangrejo paguro, inspira con razón desconfianza a sus restantes compañeros acuáticos.

III

Mervyn está en su habitación; ha recibido una misiva. ¿Pero quién le habrá escrito una carta? Su turbación le ha impedido dar las gracias al agente postal. El sobre tiene los bordes negros y las palabras han sido trazadas con una escritura apresurada. ¿Le llevará la carta a su padre? ¿Y si el signatario se lo prohíbe expresamente? Lleno de angustia, abre su

ventana para respirar los aromas de la atmósfera; los rayos del sol reflejan sus prismáticas irradiaciones en los cristales de Venecia y las adamascadas cortinas. Arroja a un lado la misiva, entre los libros de cantos dorados y los álbumes de nacaradas cubiertas, esparcidos sobre el cuero repujado que recubre la superficie de su pupitre de escolar. Abre el piano, hace correr sus afilados dedos por las teclas de marfil. Las cuerdas de latón no resuenan. Esta advertencia indirecta le mueve a recoger el papel avitelado: pero éste retrocedió como si se sintiera ofendido por la vacilación del destinatario. Cogida en la trampa, la curiosidad de Mervyn se acrecienta y abre el pedazo de papel preparado. Hasta ese momento sólo había visto su propia escritura. «Joven, me intereso por vos; quiero labrar vuestra felicidad. Os tomaré por compañero y juntos llevaremos a cabo largas peregrinaciones por las islas de Oceanía. Mervyn, sabes que te amo y no necesito probártelo. Me concederás tu amistad, no me cabe duda. Cuando me conozcas mejor, no te arrepentirás de la confianza que me habrás testimoniado. Te preservaré de los peligros que tu inexperiencia corre. Seré para ti un hermano y no te faltarán los buenos consejos. Para mayores explicaciones acude pasado mañana por la mañana, a las cinco, al puente del Carrousel. Si no he llegado, aguárdame, pero espero estar a la hora exacta. Haz lo mismo. Un inglés no abandonará fácilmente la ocasión de ver claro en sus propios asuntos. Joven, te saludo y hasta pronto. No le enseñes esta carta a nadie.»

—«Tres estrellas en vez de firma —exclama Mervyn—, ¡y una mancha de sangre al pie de la página!» Abundantes lágrimas caen sobre las extrañas

frases que sus ojos han devorado y abren a su espíritu el ilimitado campo de inciertos y nuevos horizontes. Le parece (sólo desde que acaba de terminar la lectura) que su padre es algo severo y su madre demasiado majestuosa. Tiene razones que no han llegado a mi conocimiento y que, en consecuencia, no podré transmitirlos, para insinuar que tampoco sus hermanos le convienen. Oculta la carta en su pecho. Sus profesores observaron que aquel día no parecía el mismo; sus ojos se ensombrecieron desmesuradamente y el velo de la reflexión excesiva cayó sobre la región periorbital. Cada profesor se ruborizó ante el temor de no hallarse a la altura intelectual de su alumno y, sin embargo, este descuidó, por primera vez, sus deberes y no trabajó. Por la noche, la familia se reunió en el comedor, decorado con antiguos retratos. Mervyn admira los platos cargados de succulentas viandas y los aromáticos frutos, pero no come; los policromos chorros de los vinos del Rhin y los espumosos rubíes del champaña se entallan en las estrechas y altas copas de cristal de Bohemia, pero dejan también indiferente su vista. Apoya un codo en la mesa y permanece absorto en sus pensamientos, como un sonámbulo. El comodoro, de rostro curtido por la espuma del mar, se inclina al oído de su esposa: «El mayor ha cambiado de carácter desde el día de la crisis; era ya demasiado propenso a ideas absurdas. Hoy sueña más aún que de costumbre. En fin, cuando tenía su edad, yo no era así. Finge no darte cuenta de nada. Aquí es donde un remedio eficaz, material o moral, hallaría con facilidad su empleo. Mervyn, a ti que te agrada la lectura de los libros de viajes y la historia natural, voy a leerte un relato que no te disgustará. Escuchadme con atención, todos

sacaréis provecho, y yo el primero. Y vosotros, niños, aprended, por la atención que sabréis prestar a mis palabras, a perfeccionar el perfil de vuestro estilo y a daros cuenta de las menores intenciones de un autor.» ¡Como si aquella camada de adorables granujillas pudiera comprender lo que es la retórica! Así dice y, tras un gesto de su mano, uno de los hermanos se dirige a la biblioteca paterna y regresa con un volumen bajo el brazo. Mientras, han quitado la plata y los cubiertos y el padre toma el libro. Al oír la electrizante palabra «viajes», Mervyn ha levantado la cabeza y se esfuerza por poner término a sus intempestivas meditaciones. El libro es abierto aproximadamente por su mitad y la voz metálica del comodoro prueba que sigue siendo capaz, como en los días de su gloriosa juventud, de dominar el furor de hombres y tempestades. Mucho antes de finalizar la lectura, Mervyn ha vuelto a apoyarse en su codo, ante la imposibilidad de seguir por más tiempo el razonado desarrollo de las frases pasadas por la terraja y la saponificación de las obligatorias metáforas. El padre exclama: «Eso no le interesa; leamos otra cosa. Lee, mujer; tú serás más afortunada que yo para expulsar la pesadumbre de los días de nuestro hijo.» La madre ya no tiene esperanzas, sin embargo, ha tomado otro libro y el timbre de su voz de soprano resuena melodiosamente en los oídos del producto de su concepción. Pero, tras algunas palabras, el desaliento la invade y abandona por sí misma la interpretación de la obra literaria. El primogénito exclama: «Voy a acostarme.» Se retira bajando los ojos con fría fijeza y sin añadir nada. El perro lanza un lúgubre ladrido pues esa conducta no le parece natural, y el viento del exterior, penetrando desigualmente

por la fisura longitudinal de la ventana, hace vacilar la llama, cubierta por dos cúpulas de cristal rosado, de la lámpara de bronce. La madre apoya las manos en su frente y el padre levanta los ojos al cielo. Los niños lanzan miradas asustadas al viejo marino. Mervyn cierra la puerta de su dormitorio con doble vuelta de llave y su mano corre rápidamente por el papel: «He recibido a mediodía vuestra carta y me perdonaréis haberos hecho esperar la respuesta. No tengo el honor de conoceros personalmente e ignoraba si debía escribiros. Pero, como la descortesía no se aloja en nuestra casa, he decidido tomar la pluma y agradeceros calurosamente el interés que os tomáis por un desconocido. Líbreme, Dios, de no mostrarme agradecido ante la simpatía con la que me colmáis. Conozco mis imperfecciones y no me enorgullecen. Pero si es conveniente aceptar la amistad de una persona de más edad, también lo es hacerle comprender que nuestros caracteres no son los mismos. En efecto, parecéis mayor que yo puesto que me llamáis joven y, sin embargo, tengo dudas acerca de vuestra verdadera edad. Pues, ¿cómo conciliar la frialdad de vuestros silogismos con la pasión que de ellos se desprende? Cierto es que no abandonaré el lugar que me vio nacer para acompañaros a lejanas regiones; algo que sólo sería posible a condición de solicitar, antes, a los autores de mis días, un permiso impacientemente esperado. Pero, como me habéis exigido que guarde el secreto (en el sentido cúbico de la palabra) sobre este asunto espiritualmente tenebroso, me apresuraré a obedecer vuestra incontestable prudencia. Por lo que parece, no afrontaría complacido la claridad de la luz. Puesto que parecéis desear que confíe en vuestra propia persona (deseo que no está fuera

de lugar, me complace confesarlo), tened la bondad, os lo ruego, de testimoniar, para conmigo, una confianza análoga y no tener la pretensión de creer que pueda hallarme tan alejado de vuestra opinión como para, mañana por la mañana, a la hora indicada, no acudir con puntualidad a la cita. Saltaré el muro del parque, pues la verja estará cerrada, y nadie será testigo de mi partida. Hablando con franqueza, ¿qué no haría yo por vos, cuyo inexplicable afecto ha sabido revelarse con presteza a mis deslumbrados ojos, asombrados, sobre todo, por una prueba de bondad que, estoy convencido, nunca hubiera esperado? Porque no os conocía. Ahora os conozco. No olvidéis la promesa que me habéis hecho de pasar por el puente del Carrousel. En caso de que yo pase por allí, tengo la impar seguridad de encontraros y tocaros la mano, siempre que esta inocente manifestación de un adolescente que, todavía ayer, se inclinaba ante el altar del pudor, no pueda ofenderos con su respetuosa familiaridad. Pero, ¿no es confesable la familiaridad en el caso de una ardiente y fuerte intimidad, cuando la perdición es seria y convicta? ¿Y, a fin de cuentas, qué mal habría, os lo pregunto a vos, en que os dijera adiós, sin detenerme, cuando pasado mañana, llueva o haga sol, hayan dado las cinco? Vos mismo apreciaréis, gentleman, el tacto con que he concebido mi carta, pues no me permito en una hoja de papel, que podría perderse, deciros más. Vuestra dirección, al pie de la página, es un jeroglífico. He necesitado casi un cuarto de hora para descifrarlo. Creo que habéis hecho bien al trazar las palabras de un modo microscópico. Evito firmar y en eso os imito: vivimos en una época excesivamente excéntrica como para que nos asombre un solo instante lo que podría suceder.

Tengo curiosidad por saber cómo habéis averiguado el lugar donde mora mi glacial inmovilidad, rodeada de una larga sucesión de salas desiertas, inmundos pudrideros de mis horas de tedio. ¿Cómo decirlo? Cuando pienso en vos, mi pecho se agita, resonante como la caída de un imperio en decadencia, pues la sombra de vuestro amor revela una sonrisa que, tal vez, no exista: ¡es tan vaga y mueve tan tortuosamente sus escamas! Abandono entre vuestras manos mis sentimientos impetuosos, mesas de mármol muy nuevas y vírgenes todavía de contacto mortal. Tengamos paciencia hasta las primeras luces del crepúsculo matutino y, a la espera del momento que me arrojará en la horrenda atadura de vuestros brazos pestíferos, me inclino humildemente y abrazo vuestras rodillas.» Tras haber escrito esta culpable carta, Mervyn la lleva al correo y vuelve a acostarse. No penséis encontrar a su ángel custodio. La cola de pez sólo volará durante tres días, es cierto, pero, ¡ay!, la viga no quedará por ello menos abrasada; y una bala cilindro-cónica atravesará la piel del rinoceronte, pese a la mujer de nieve y al mendigo. Y es que el loco coronado habrá dicho la verdad acerca de la fidelidad de los catorce puñales.

IV

¡Advertí que sólo tenía un ojo en mitad de la frente!
 ¡Oh espejos de plata, incrustados en los paneles de los vestíbulos, cuántos servicios me habéis prestado por vuestro poder reflector! Desde el día en que un gato de Angora me royó, durante una hora, la protuberancia parietal, como un trépano perfora el cráneo, lanzándose bruscamente sobre mi espalda, porque había hervido sus crías en una cuba llena de alcohol, no he

dejado de arrojar contra mí mismo la flecha de los tormentos. Hoy, bajo la impresión de las heridas que mi cuerpo ha recibido en distintas circunstancias, bien por la fatalidad de mi nacimiento o bien por obra de mi propia falta; abrumado por las consecuencias de mi caída moral (algunas se han cumplido; ¿quién preverá las otras?); espectador impasible de las monstruosidades adquiridas o naturales que decoran las aponeurosis y el intelecto del que habla, lanzo una larga mirada de satisfacción a la dualidad que me compone... ¡y me encuentro bello! Bello como el defecto de formación de los órganos sexuales del hombre, consistente en la relativa brevedad del canal de la uretra y la división o la ausencia de su pared inferior, de modo que el canal se abre a variable distancia del glande y por debajo del pene; o también, como la carúncula carnosa, de forma cónica, surcada por arrugas transversales bastante profundas, que se eleva en la base del pico superior del pavo, o, mejor, como la siguiente verdad: «El sistema de las gamas, de los modos y de su armónico encadenamiento no descansa sobre leyes naturales invariables, sino que, por el contrario, es consecuencia de principios estéticos que han variado con el progresivo desarrollo de la humanidad, y seguirán variando», y, sobre todo, como una corbeta acorazada, con torrecilla. Sí, mantengo la exactitud de mi aserto. No me hago presuntuosas ilusiones, me vanaglorio de ello, y ningún provecho obtendría de la mentira; de modo que no debéis vacilar en creer lo que he dicho. Pues, ¿por qué iba a inspirarme horror a mí mismo, ante los elogiosos testimonios que brotan de mi conciencia? Nada le envidio al Creador, pero que me deje bajar por el río de mi destino, a través de una creciente serie de

gloriosos crímenes. Si no, levantando a la altura de su frente una mirada que se irrita ante cualquier obstáculo, le haré comprender que no es el único dueño del universo, que varios fenómenos que dependen directamente de un conocimiento más profundo de la naturaleza de las cosas, hablan en favor de la opinión contraria y oponen un mentís formal a la viabilidad de la unidad del poder. Y es que somos dos los que nos contemplamos las pestañas de los párpados, ya lo ves... y sabes que, más de una vez, ha resonado en mi boca sin labios el clarín de la victoria. Adiós, guerrero insigne; tu valor en la desgracia inspira la estima de tu más encarnizado enemigo, pero Maldoror te encontrará pronto para disputarte esa presa que se llama Mervyn. Así se realizará la profecía del gallo, cuando vislumbró el porvenir en el fondo del candelabro. Plegue al cielo que el cangrejo paguro alcance a tiempo la caverna de los peregrinos y les comunique, en pocas palabras, el relato del trape-ro de Clignancourt.

V

En un banco del Palais-Royal, a la izquierda y no lejos del estanque, se ha sentado un individuo llegado por la calle de Rivoli. Tiene los cabellos en desorden y sus ropas revelan la acción corrosiva de una prolongada privación. Con un puntiagudo pedazo de madera ha excavado un agujero en el suelo y ha llenado de tierra la palma de su mano. Se ha llevado este alimento a la boca y lo ha devuelto con precipitación. Se ha levantado y, colocando su cabeza contra el banco, ha dirigido hacia arriba sus piernas. Pero, como esta posición funambulesca es contraria a las leyes del peso que rigen el centro de gravedad,

ha caído a plomo sobre el asiento, con los brazos pendientes, la gorra ocultándole la mitad del rostro y las piernas golpeando la grava en una situación de equilibrio inestable, cada vez menos tranquilizadora. Permanece largo tiempo en esta posición. Cerca de la puerta medianera del norte, junto a la rotonda que alberga la sala del café, el brazo de nuestro héroe se apoya en la verja. Su mirada recorre la superficie del rectángulo para no dejar escapar ninguna perspectiva. Sus ojos regresan sobre sí mismos, tras haber terminado la investigación, y distinguen, en medio del jardín, a un hombre que hace una titubeante gimnasia en un banco sobre el que se empeña en sostenerse, realizando prodigios de fuerza y habilidad. Pero ¿qué puede la mejor intención, puesta al servicio de una causa justa, contra los extravíos de la alienación mental? Avanza hacia el loco, le ayuda con benevolencia a devolver su dignidad a una posición normal, le tiende la mano y se sienta a su lado. Advierte que la locura es sólo intermitente. El acceso ha desaparecido; su interlocutor responde con lógica a todas las preguntas. ¿Es necesario referir el sentido de sus palabras? ¿Para qué abrir de nuevo por una página cualquiera, con blasfema prisa, el infolio de las miserias humanas? Nada procura más fecunda enseñanza. Aun cuando no dispusiera de ningún acontecimiento auténtico que referiros, inventaría relatos imaginarios para transvasarlos a vuestro cerebro. Pero el enfermo no lo es por gusto, y la sinceridad de sus relatos se alía maravillosamente con la credulidad del lector. «Mi padre era un carpintero de la calle de la Verrerie... ¡Que la muerte de las tres Margaritas caiga sobre su cabeza y el pico del canario le roa eternamente el eje del bulbo ocular! Había

adquirido la costumbre de embriagarse. En tales ocasiones, cuando regresaba a casa tras haber recorrido los mostradores de las tabernas, su furor se hacía casi inconmensurable y golpeaba indistintamente los objetos que se ponían a su alcance. Pero pronto, ante los reproches de sus amigos, se enmendó por completo y se volvió de humor taciturno. Nadie podía acercársele, ni siquiera nuestra madre. Guardaba un secreto resentimiento contra la idea del deber que le impedía comportarse a su antojo. Yo había comprado un pajarillo para mis tres hermanas; para mis tres hermanas había comprado un pajarillo. Ellas lo habían encerrado en una jaula, encima de la puerta, y los viandantes se detenían siempre para escuchar los cantos del ave, admirar su gracia fugitiva y estudiar sus sabias formas. Más de una vez mi padre había dado orden de hacer desaparecer la jaula y su contenido, pues imaginaba que el pajarillo se burlaba de su persona arrojándole el ramillete de las aéreas cavatinas de su talento de vocalista. Fue a descolgar la jaula del clavo y resbaló de la silla, cegado por la cólera. Una ligera escoriación en la rodilla fue el trofeo de su empresa. Tras haber permanecido unos segundos pressionando la parte hinchada con una viruta, dejó caer de nuevo la pernera de su pantalón, con las cejas fruncidas, tomó mejores precauciones, se puso la jaula bajo el brazo y se dirigió al fondo de su taller. Allí, pese a los gritos y las súplicas de su familia (queríamos mucho a aquel pájaro que era, para nosotros, como el genio de la casa) aplastó con sus herrados tacones la jaula de mimbre, mientras una garlopa, girando sobre su cabeza, mantenía a distancia a los asistentes. La casualidad quiso que el pajarillo no muriera en el acto; aquel copo de plumas seguía viviendo, pese a la maculación

sanguínea. El carpintero se alejó y cerró ruidosamente la puerta. Mi madre y yo nos esforzamos por retener la vida del pájaro, dispuesta a escapar; estaba llegando a su fin y el movimiento de sus alas ya no ofrecía a la vista más que el espejo de la suprema convulsión de la agonía. Mientras, las tres Margaritas, cuando advirtieron que iba a perderse toda esperanza, se tomaron de la mano, de común acuerdo, y la cadena viviente fue a acurrucarse, tras haber desplazado algunos pasos un barril de grasa, detrás de la escalera, junto a la caseta de nuestra perra. Mi madre no cesaba en su tarea y tenía el pajarillo entre los dedos para calentarlo con su aliento. Yo corría desesperado por todas las habitaciones, golpeándome con muebles e instrumentos. De vez en cuando, una de mis hermanas mostraba la cabeza al pie de la escalera, para interesarse por la suerte del infeliz pájaro, y la retiraba con tristeza. La perra había salido de su caseta y, como si hubiera comprendido la magnitud de nuestra pérdida, lamía con la lengua del estéril consuelo el vestido de las tres Margaritas. Al pajarillo le quedaban sólo unos instantes de vida. Una de mis hermanas (era la más joven) mostró, a su vez, la cabeza en la penumbra formada por la rarificación de la luz. Vio que mi madre palidecía y el pájaro, tras haber levantado el cuello, por un instante, como última manifestación de su sistema nervioso, caía entre sus dedos, inerte para siempre. Comunicó la noticia a sus hermanas. No dejaron oír el rumor de queja ni murmullo alguno. El silencio reinaba en el taller. Sólo se escuchaban los intermitentes crujidos de los fragmentos de la jaula que, en virtud de la elasticidad de la madera, recobraban, en parte, la posición primordial de su construcción. Las tres Margaritas

no dejaron escapar lágrima alguna y su rostro no perdía en absoluto su arrebolado frescor; no... simplemente permanecían inmóviles. Se arrastraron hasta el interior de la perrera y se tendieron en la paja, una junto a otra, mientras la perra, testigo pasivo de su maniobrar, las miraba con asombro. Varias veces las llamó mi madre; no devolvieron el sonido de respuesta alguna. Fatigadas por las emociones presentes, probablemente, dormían. Buscó por todos los rincones de la casa sin encontrarlas. Siguió a la perra, que le tiraba del vestido, hacia la perrera. La mujer se agachó e introdujo la cabeza por la entrada. El espectáculo del que tuvo la posibilidad de ser testigo, dejando al margen las malsanas exageraciones del miedo materno, sólo podía ser lamentable, de acuerdo con los cálculos de mi espíritu. Encendí una vela y se la entregué; de este modo no se le escapó detalle alguno. Sacó de nuevo la cabeza, cubierta de briznas de paja, de la prematura tumba, y me dijo: «Las tres Margaritas han muerto.» Como no podíamos sacarlas de aquel lugar, pues, fijaos bien en eso, estaban estrechamente abrazadas unas a otras, fui a buscar al taller un martillo para romper la morada canina. Puse, de inmediato, manos a la obra de demolición y los viandantes pudieron creer, por poca imaginación que tuvieran, que el trabajo no faltaba en nuestra casa. Mi madre, impaciente por unos retrasos que, sin embargo, eran indispensables, se destrozaba las uñas contra las tablas. Por fin, la operación de ese negativo parto concluyó; la caseta, hendida, se entreabrió por todos lados, y pudimos retirar de los escombros, una tras otra, después de haberlas separado con dificultad, a las hijas del carpintero. Mi madre abandonó la región. No he vuelto

a ver a mi padre. Por lo que a mí respecta, dicen que estoy loco e imploro la caridad pública. Lo único que sé es que el canario ya no canta.» El auditor aprueba, en su fuero interno, ese nuevo ejemplo que apoya sus repugnantes teorías. Como si, a causa de un hombre esclavo antaño del vino, se tuviera derecho a acusar a la humanidad entera. Tal es, al menos, la paradójica reflexión que intenta introducir en su espíritu, pero no puede expulsar de él las importantes enseñanzas de la grave experiencia. Consuela al loco con fingida compasión y seca sus lágrimas con su propio pañuelo. Le lleva a un restaurante y comen en la misma mesa. Van a casa de un sastre de moda y el protegido es vestido como un príncipe. Lllaman a la portería de una casa de la calle Saint-Honoré, y el loco es instalado en un rico apartamento del tercer piso. El bandido le obliga a aceptar su bolsa y, tomando el orinal de debajo de la cama, lo pone sobre la cabeza de Aghone. «Te coronó rey de las inteligencias, exclama con premeditado énfasis, acudiré a tu menor llamada; dispón a manos llenas de mis cofres. Te pertenezco en cuerpo y alma. Por la noche, devolverás la corona de alabastro a su lugar de costumbre, con el permiso de utilizarla, pero, durante el día, en cuanto la aurora ilumine las ciudades, póntela de nuevo en la frente como símbolo de tu poder. Las tres Margaritas revivirán en mí, sin mencionar que seré tu madre. Entonces, el loco retrocedió unos pasos, como si fuera presa de insultante pesadilla; los rasgos de la felicidad se dibujaron en su rostro, arrugado por las pesadumbres. Se arrodilló lleno de humildad, a los pies de su protector. ¡El agradecimiento había entrado, como un veneno en el corazón del loco coronado! Quiso hablar y su lengua se detuvo. Incluyó su cuerpo hacia

adelante y cayó de nuevo embaldosado. El hombre de labios de bronce se retira. ¿Cuál era su objetivo? Ganar un amigo a toda prueba, bastante ingenuo como para obedecer la menor de sus órdenes. No podía haber encontrado a nadie mejor que el azar le había favorecido. Aquel a quien halló tendido en un banco, no sabe ya, desde un acontecimiento de su juventud, distinguir el bien del mal. Necesita precisamente a Aghone.

VI

El Todopoderoso había enviado a la tierra a uno de sus arcángeles para salvar al adolescente de una muerte cierta. ¡Se verá obligado a bajar en personal! Pero no hemos llegado todavía a esta parte de nuestro relato y me veo en la necesidad de cerrar mi boca, porque no puedo decirlo todo a la vez; cada truco efectista aparecerá a su hora, cuando la trama de esta ficción no encuentre ya inconveniente en ello. Para no ser reconocido, el arcángel había tomado la forma de un cangrejo paguro, grande como una vicuña. Estaba en la punta de un escollo, en medio del mar, y aguardaba el momento favorable de la marea para llevar a cabo su descenso hacia la orilla. El hombre de labios de jaspe, oculto tras una sinuosidad de la playa, espiaba al animal con un bastón en la mano. ¿Quién habría deseado leer el pensamiento de estos dos seres? Al primero, no se le ocultaba que tenía una difícil misión que cumplir: «¿Y cómo conseguirlo, exclamaba, mientras las olas, cada vez mayores, batían su temporal refugio, si mi dueño ha visto, más de una vez, fracasar su fuerza y su valor? Yo soy sólo una sustancia limitada, mientras que nadie sabe de dónde viene el otro y cuál es su objetivo final. Al oír

su nombre, los ejércitos celestiales tiemblan, y más de uno cuenta, en las regiones que yo he abandonado, que ni el propio Satán, Satán, la encarnación del mal, es tan temible.» El segundo se hacía las siguientes reflexiones que encontraron eco hasta en la cúpula de azur a la que mancillaron: «Parece lleno de inexperiencia; le arreglaré las cuentas con rapidez. Sin duda, viene de arriba, enviado por aquel que tanto teme venir en persona. Veremos, en la acción, si es tan altanero como parece. No se trata de un habitante del albaricoque terrestre; sus ojos indecisos y errabundos traicionan su origen seráfico.» El cangrejo paguro que desde hacía algún tiempo paseaba su vista por un espacio limitado de la costa, distinguió a nuestro héroe (este, entonces, irguió toda la altura de su hercúlea talla), y le apostrofó en los términos siguientes: «No intentes luchar y ríndete. He sido enviado por alguien que es superior a ambos, para cargarte de cadenas y poner tus dos miembros, cómplices de tu pensamiento, en la imposibilidad de moverse. Es preciso que, en adelante, te esté prohibido empuñar cuchillos y puñales, créeme, tanto por tu interés como por el de los demás. Muerto o vivo, te venceré; tengo orden de llevarte vivo. No me pongas en la obligación de recurrir al poder que me ha sido prestado. Me portaré con delicadeza; no me opongas, por tu parte, resistencia alguna. Así reconoceré, presuroso y alegre, que has realizado un primer paso hacia el arrepentimiento.» Cuando nuestro héroe escuchó esta arenga, llena de un salero tan profundamente cómico, apenas pudo mantener la seriedad en la rudeza de sus bronceados rasgos. Pero, por fin, nadie se extrañará si añado que terminó lanzando la carcajada. ¡No pudo evitarlo! ¡No lo hacía con mala

intención! ¡Ciertamente no quería despertar los reproches del cangrejo paguro! ¡Cuántos esfuerzos hizo para contener la hilaridad! ¡Cuántas veces apretó los labios, uno contra otro, para no tener aspecto de ofender a su escandalizado interlocutor! ¡Por desgracia, su carácter participaba de la naturaleza de la humanidad y reía como lo hacen las ovejas! Por fin se detuvo. ¡Era ya tiempo! ¡Había estado al punto de ahogarse! El viento llevó esta respuesta al arcángel del escollo: «Cuando tu dueño no me envíe más caracoles y crustáceos para arreglar sus asuntos y se digne parlamentar, personalmente conmigo, encontraremos, estoy seguro, el medio de ponernos de acuerdo, pues soy inferior a quien te ha enviado, como con tanta exactitud has dicho. Hasta entonces, las ideas de reconciliación me parecen prematuras y apropiadas sólo para producir un quimérico resultado. Estoy muy lejos de desconocer lo que de sensato hay en cada una de tus sílabas, y, como podríamos fatigar inútilmente nuestra voz, haciéndole recorrer tres kilómetros de distancia, me parece que obrarías con prudencia descendiendo de tu inexpugnable fortaleza y ganando, a nado, la tierra firme: discutiremos con mayor comodidad las condiciones de una rendición que, por legítima que sea, no deja de ser para mí, al fin y al cabo, una perspectiva desagradable.» El arcángel, que no esperaba esa buena voluntad, sacó un poco más su cabeza de las profundidades de la grieta y repuso: «¡Oh!, Maldoror, por fin ha llegado el día en que tus abominables instintos verán extinguirse la antorcha de injustificable orgullo que los conduce a la condenación eterna. Seré, pues, el primero en contar tan loable cambio a las falanges de los querubines, felices de recuperar a uno de los suyos.

Sabes tú mismo, y no lo has olvidado, que en una época ocupaste el primer lugar entre nosotros. Tu nombre corría de boca en boca; actualmente eres el tema de nuestras solitarias conversaciones. Ven, pues... ven a concertar una paz duradera con tu antiguo dueño; te recibirá como a un hijo extraviado y no tendrá en cuenta, en absoluto, la enorme cantidad de culpabilidad que tienes, como una montaña de cuernos de alce levantada por los indios, amontonada en tu corazón.» Así dice y retira todas las partes de su cuerpo del fondo de la oscura abertura. Se muestra radiante en la superficie del escollo como un sacerdote de las religiones cuando tiene la certeza de recuperar una oveja extraviada. Se dispone a arrojarse al agua para dirigirse a nado hacia el perdonado. Pero el hombre de labios de zafiro había maquinado mucho tiempo antes, un golpe pérfido. Su bastón es lanzado con fuerza; tras rebotar muchas veces en las olas, golpea en la cabeza al arcángel bienhechor. El cangrejo, mortalmente alcanzado, cae al agua. La marea lleva a la orilla el flotante pecio. Aguardaba la marca para llevar a cabo con mayor facilidad su descenso. Pues bien, la marea ha llegado; le ha acunado con sus cantos y le ha depositado blandamente en la playa: ¿no está contento el cangrejo? ¿Qué más quiere? Y Maldoror, inclinado sobre la arena de la playa, recibe en sus brazos a dos amigos, inseparablemente reunidos por los azares de las olas: ¡El cadáver del cangrejo paguro y el bastón homicida! «No he perdido todavía mi habilidad, exclama; sólo tengo que practicarla; mi brazo conserva su fuerza y mis ojos su puntería.» Mira al inerte animal. Teme que le pidan cuentas por la sangre derramada. ¿Dónde ocultaré al arcángel? Y, al mismo tiempo, se pregunta si la muerte

habrá sido instantánea. Se ha cargado a la espalda un yunque y un cadáver; se encamina hacia un vasto estanque cuyas riberas están cubiertas y parecen amuralladas por una inextricable maraña de grandes juncos. Quería, en principio, coger un martillo, pero es un instrumento demasiado ligero, mientras que con un objeto más pesado, si el cadáver da signos de vida, lo depositará en el suelo y lo hará polvo a golpes de yunque. Su brazo no carece de vigor, vamos; esta es la menor de sus preocupaciones. Llegado a la vista del lago, lo descubre poblado de cisnes. Se dice que es un escondrijo seguro para él. Ayudado por una metamorfosis, sin abandonar su carga, se mezcla con la bandada de las demás aves. Advertid la mano de la Providencia donde podría tenerse la tentación de crearla ausente, y aprovechad el milagro del que voy a hablaros.

Negro como el ala de un cuervo, tres veces nadó por entre el grupo de palmípedos de resplandeciente blancura; tres veces conservó el color distintivo que le asimilaba a un bloque de carbón. Y es que Dios, en su justicia, no permitió en absoluto que su astucia pudiera engañar siquiera a una bandada de cisnes. De modo que permaneció ostensiblemente en el interior del lago, pero todos se mantuvieron apartados y ninguna de las aves se aproximó a su vergonzoso plumaje, para hacerte compañía. Y, entonces, circunscribió sus zambullidas a una apartada bahía, en un extremo del estanque, solo entre los habitantes del aire como lo estaba entre los hombres. Así se preparaba para el increíble acontecimiento de la plaza Vendôme.

VII

El corsario de cabellos de oro ha recibido la respuesta de Mervyn. Sigue, en esa página singular, la huella de la turbación intelectual de quien la escribió, abandonado a las débiles fuerzas de su propia sugestión. Mucho mejor habría hecho consultando a sus padres antes de responder a la amistad del desconocido. Ningún beneficio obtendrá mezclándose, como actor principal, en tan equívoca intriga. Pero, en fin, él lo ha querido. A la hora indicada, Mervyn, desde la puerta de su casa, ha caminado en línea recta siguiendo el bulevar Sébastopol, hasta la fuente Saint-Michel. Toma el muelle de los Grands Augustins y atraviesa el muelle Conti. Cuando pasa por el muelle Malaquais, ve caminar por el muelle del Louvre, paralelamente a su propia dirección, a un individuo que lleva una bolsa bajo el brazo y que parece examinarle con atención. Las brumas matinales se han disipado. Ambos viandantes desembocan, al mismo tiempo, a cada lado del puente del Carrousel. Aunque no se habían visto nunca, se reconocieron. Era, en verdad, conmovedor ver a esos dos seres, separados por la edad, acercando sus almas gracias a la grandeza de los sentimientos. Esa habría sido, al menos, la opinión de quienes se hubieran detenido ante ese espectáculo que a más de uno, incluso de espíritu matemático, le habría parecido emotivo. Mervyn, con el rostro lloroso, pensaba que había encontrado al comienzo de la vida, por decirlo de algún modo, un precioso sostén en las futuras adversidades. Tened por seguro que el otro no decía nada. He aquí lo que hizo: desplegó la bolsa que llevaba, dispuso su abertura y, tomando al adolescente por la cabeza, hizo pasar todo su cuerpo al interior de la envoltura de

tela. Anudó, con su pañuelo, el extremo que servía para la introducción. Como Mervyn lanzara agudos gritos, levantó la bolsa, como si fuera un montón de ropa, y golpeó varias veces con ella el parapeto del puente. Entonces, el paciente, advirtiendo el crujido de sus huesos, calló. ¡Escena única que ningún novelista volverá a encontrar! Pasaba un matarife, sentado en la carne de su carreta. Un individuo corre tras él, le ordena detenerse y le dice: «He aquí un perro encerrado en esta bolsa; tiene sarna: matadle enseguida.» El interpelado se muestra complaciente. El interruptor, alejándose, ve a una muchacha harapienta que le tiende la mano. ¿Hasta dónde llega, pues, el colmo de la audacia y la impiedad? ¡Y le da limosna! Decidme si deseáis que os introduzca, unas horas más tarde, por la puerta de un apartado matadero. El matarife está de regreso y dice a sus compañeros, arrojando al suelo un fardo: «Apresurémonos a matar ese perro sarnoso.» Son cuatro y cada uno toma el martillo habitual. Y, sin embargo, vacilaban porque la bolsa se movía con fuerza. «¿Qué emoción se apodera de mí?», exclamó uno de ellos bajando lentamente su brazo. «Este perro lanza, como un niño, gemidos de dolor, dice otro; diríase que comprende la suerte que le aguarda.» «Es su costumbre, repuso un tercero; incluso cuando no están enfermos, como es el caso, basta que su dueño permanezca algunos días ausente de la casa para que comiencen a lanzar aullidos que, realmente, son penosos de soportar.» «¡Deteneos!... ¡deteneos!..., gritó el cuarto, antes de que todos los brazos se hubieran levantado cadenciosamente para golpear, resueltos esta vez, la bolsa. Deteneos os digo; hay algo aquí que se nos escapa. ¿Cómo estar seguros de que esta tela contiene un perro? Quiero

comprobarlo.» Entonces, pese a las burlas de sus compañeros, abrió el paquete y sacó de él, uno tras otro, los miembros de Mervyn. Estaba casi sofocado por la incomodidad de su posición. Se desvaneció al volver a ver la luz. Unos instantes después, dio indudables signos de existencia. El salvador dijo: «Aprended, para otra vez, a ser prudentes, incluso, en vuestro oficio. Habéis estado a punto de descubrir, en propia carne, que de nada sirve practicar la inobservancia de esta ley.» Los matarifes huyeron. Mervyn, con el corazón oprimido y lleno de funestos presentimientos, regresa a su casa y se encierra en su habitación. ¿Necesito insistir en esta estrofa? ¡Ah, quién no deplorará sus consumados acontecimientos! Esperemos el final para pronunciar un juicio más severo todavía. El desenlace va a precipitarse, y, en esta clase de relatos en los que una pasión, cualquiera que sea su género, cuando se produce, no teme obstáculo alguno para abrirse camino, no hay lugar para diluir en un cubilete la goma lacada de cuatrocientas páginas banales. Lo que puede decirse en media docena de estrofas, hay que decirlo y luego callar.

VIII

Para construir mecánicamente el meollo de un cuento somnífero no basta con disecar algunas tonterías y embrutecer poderosamente, a renovadas dosis, la inteligencia del lector para conseguir que sus facultades queden paráliticas por el resto de su vida, gracias a la infalible ley de la fatiga. Es preciso, además, con buen fluido magnético, ponerle ingeniosamente en la imposibilidad sonambulesca de moverse, forzándole a ofuscar su ojos contra su tendencia natural por medio de la fijeza de los vuestros. Quiero decir,

no para hacerme comprender mejor, sino sólo para desarrollar mi pensamiento que interesa e inquieta al mismo tiempo gracias a una armonía de las más penetrantes, que no creo que sea necesario, para conseguir el objetivo que uno se propone, inventar una poesía al margen por completo del ordinario curso de la naturaleza, y cuyo pernicioso hálito parece trastornar incluso las verdades absolutas; pero conseguir semejante resultado (acorde, por lo demás, con las reglas de la estética, si se piensa bien), no es tan fácil como se cree: eso es lo que quería decir. ¡Por ello haré grandes esfuerzos para lograrlo! Si la muerte acaba con la fantástica delgadez de los dos largos brazos de mis hombros, empeñados en el lúgubre aplastamiento de mi escayola literaria, quiero, al menos, que el enlutado lector pueda decirse: «Es necesario hacerle justicia. Me ha cretinizado mucho. ¡Qué habría logrado si hubiera podido vivir más! ¡Es el mejor profesor de hipnosis que conozco!» Estas conmovedoras palabras se grabarán en el mármol de mi tumba y mis manes estarán satisfechos.

— ¡Prosigo! Había una cola de pez que se agitaba en el fondo de un agujero junto a una bota descarcañalada. No era lógico preguntarse: «¿Dónde está el pez? Sólo veo una cola que se agita.» Ya que, si se confesaba, de modo implícito, que no se veía el pez, es que en realidad no estaba allí. La lluvia había dejado algunas gotas de agua en el fondo de ese embudo excavado en la arena. Por lo que a la bota descarcañalada se refiere, algunos pensaron, más tarde, que procedía de un abandono voluntario. El cangrejo paguro, por el poder divino, iba a renacer de sus divididos átomos. Tomó del pozo la cola de pez y le prometió reunirla con su perdido cuerpo si anunciaba al Creador la

impotencia de su mandatario para dominar las en-furecidas olas del mar maldororiano. Le prestó dos alas de albatros y la cola de pez emprendió el vuelo. Pero se dirigió a la morada del renegado, para contarle lo que ocurría y traicionar al cangrejo paguro. Este adivinó el proyecto del espía y, antes de que el tercer día hubiera llegado a su fin, atravesó la cola de pez con una flecha envenenada. El gahnate del espía dejó escapar una alegre exclamación y lanzó el último suspiro antes de caer al suelo. Entonces, una viga secular, colocada en lo más alto de un castillo, levantóse con toda su altura, saltando sobre sí misma, y exigió venganza a grandes gritos. Pero el Todopoderoso, convertido en rinoceronte, le comunicó que aquella muerte era merecida. La viga se apaciguó, fue a colocarse al fondo de la mansión, recuperó su posición horizontal y llamó a las alarmadas arañas para que continuaran, como antaño, tejiendo las telas en sus rincones. El hombre de labios de azufre supo la debilidad de su aliada, por ello, le ordenó al loco coronado que quemara la viga y la redujera a cenizas. Aghone ejecutó esa severa orden. «Puesto que, en vuestra opinión, ha llegado el momento, exclamó, he ido a tomar el grillete que había enterrado bajo la piedra y lo he atado a uno de los extremos del cable. Aquí está el paquete.» Y mostró una gruesa cuerda, arrollada, de sesenta metros de longitud. Su dueño le preguntó qué hacían los catorce puñales. Respondió que permanecían fieles y seguían dispuestos a cualquier cosa, si fuera necesario. El presidiario inclinó la cabeza en señal de satisfacción. Mostró sorpresa, inquietud incluso, cuando Aghone añadió que había visto cómo un gallo, con su pico, hendía por la mitad un candelabro, elevaba su mirada, alternativamente,

hacia cada una de ambas partes y exclamaba con frenético aleteo: «¡No hay tanta distancia como se cree de la calle de la Paix a la plaza del Panthéon. Pronto tendremos la lamentable prueba de ello!» El cangrejo paguro, cabalgando un fogoso corcel, corría a rienda suelta en dirección al escollo, testigo del lanzamiento del bastón por un brazo tatuado, asilo del primer día de su descenso a la tierra. Una caravana de peregrinos se dirigía a visitar el lugar, consagrado ahora por una muerte augusta. Esperaba alcanzarla para pedir urgente socorro contra la trama que estaba preparándose y de la que había tenido conocimiento. Veréis, algunas líneas más adelante, con ayuda de mi glacial silencio, que no llegó a tiempo para contarles lo que le había comunicado un trapero, oculto tras el cercano andamiaje de una casa en construcción, el día en que el puente del Carrousel, luciendo todavía el húmedo rocío de la noche, vio con horror cómo el horizonte de su pensamiento se ampliaba, confusamente, en círculos concéntricos, por la matinal aparición del rítmico golpear de una bolsa icosaédrica contra su parapeto calcáreo. Antes de que estimule su compasión con el recuerdo de este episodio, harán bien destruyendo en sí mismos la semilla de la esperanza... Para destruir vuestra pereza, utilizad los recursos de la buena voluntad, caminad junto a mí y no perdáis de vista a ese loco, con la cabeza coronada por un orinal, que empuja ante sí, con la mano armada de un bastón, a aquel a quien no os iba a ser fácil reconocer si yo no me encargara de advertiroslo y recordar a vuestro oído la palabra que se pronuncia Mervyn. ¡Cómo ha cambiado! Con las manos atadas a la espalda, camina hacia adelante, como si se dirigiera al patíbulo y, sin embargo, no es culpable de

delito alguno. Han llegado al recinto circular de la plaza Vendôme. En el entablamento de la sólida columna, apoyado contra la cuadrada balaustrada, a más de cincuenta metros del suelo, un hombre ha lanzado y desenrollado un cable que cae al suelo a pocos pasos de Aghone. Con la costumbre, las cosas se hacen con rapidez, pero puedo afirmar que éste no empleó mucho tiempo en atar los pies de Mervyn al extremo de la cuerda. El rinoceronte había sabido lo que iba a ocurrir. Cubierto de sudor, apareció jadeando por la esquina de la calle Castiglione. Ni siquiera tuvo la satisfacción de iniciar el combate. El individuo que atalayaba los alrededores desde lo alto de la columna, amartilló su revólver, apuntó con cuidado y apretó el gatillo. El comodoro, que mendigaba por las calles desde el día en que había comenzado lo que creyó ser la locura de su hijo, y la madre, a la que habían llamado la *muchacha de nieve*, por su extremada palidez, presentaron sus pechos para proteger al rinoceronte. Inútil cuidado. La bala perforó su piel como una barrena. Habría podido creerse, con cierta apariencia de lógica, que la muerte iba a presentarse infaliblemente. Pero sabíamos que, en ese paquidermo, se había introducido la sustancia del Señor, se retiró apesadumbrado. Si no estuviera asaz probado que no fue en exceso bondadoso con una de sus criaturas, compadecería al hombre de la columna; este, con un seco movimiento de muñeca, tira de la cuerda así lastrada. Colocada fuera de la perpendicular, sus oscilaciones balancean a Mervyn, que cuelga cabeza abajo. Agarra, con fuerza, una larga guirnalda de siemprevivas, que une dos ángulos consecutivos de la base, contra la que golpea su frente. Arrastra consigo, por los aires, lo que no era un

punto fijo. Tras haber amontonado a sus pies, en forma de elipses superpuestas, gran parte del cable, de modo que Mervyn quede suspendido a media altura del obelisco de bronce, el presidiario evadido, con su mano derecha, hace que el adolescente adquiera un movimiento acelerado de rotación uniforme, en un plano paralelo al eje de la columna, y recoge, con su mano izquierda, los serpentinos enrollamientos de la cuerda, que yacen a sus pies. La onda silba en el espacio; el cuerpo de Mervyn la sigue por todas partes, siempre alejado del centro por la fuerza centrífuga, siempre manteniendo su posición móvil y equidistante, en una circunferencia aérea, independiente de la materia. El salvaje civilizado va soltando poco a poco, hasta alcanzar el otro extremo que sujeta con firme metacarpo, lo que parece erróneamente una barra de acero. Se pone a correr alrededor de la balaustrada, sujetándose a la barandilla con una mano. Esta maniobra produce un cambio en el primitivo plano de revolución del cable y aumenta su fuerza de tensión, ya muy considerable. En adelante, gira, majestuoso, en un plano horizontal, tras haber pasado, sucesivamente, en un insensible desplazamiento, por varios planos oblicuos. ¡El ángulo recto que forman la columna y el hilo vegetal tiene sus lados iguales! El brazo del renegado y el instrumento asesino se confunden en la unidad lineal, como los elementos atomísticos de un rayo de luz penetrando en la cámara oscura. Los teoremas de la mecánica me permiten hablar así; ¡ay!, ¡sabemos que una fuerza, agregada a otra fuerza engendra una resultante compuesta de ambas fuerzas primitivas! ¿Quién osaría afirmar que la cuerda lineal no se habría roto ya sin el vigor del atleta, sin la buena calidad del cáñamo? El corsario

de cabellos dorados, brusca y simultáneamente, detiene la velocidad adquirida, abre la mano y suelta el cable. La reacción ante esa maniobra, tan opuesta a las precedentes, hace crujir las junturas de la balastrada. Mervyn, seguido por la cuerda, se parece a un cometa que arrastra tras sí su llameante cola. El grillete de hierro del nudo corredizo, centelleando a los rayos del sol, invita a completar por uno mismo la ilusión. En el curso de su parábola, el condenado a muerte hiende la atmósfera hasta la orilla izquierda, la sobrepasa gracias a la fuerza de impulsión que supongo infinita y su cuerpo termina golpeando la cúpula del Panthéon, mientras la cuerda abraza, en parte, con sus anillos, la pared superior del inmenso cimborio. En su superficie esférica y convexa, que sólo por su forma se parece a una naranja, se ve, a cualquier hora del día, un desecado esqueleto que permanece suspendido. Cuando el viento lo balancea, según se dice, los estudiantes del barrio latino, temiendo una suerte similar elevan, una corta plegaria: son insignificantes rumores que nadie está obligado a creer y aptos sólo para asustar a los niños. Sujeta, entre sus crispadas manos, una especie de gran cinta de viejas flores amarillas. Es preciso tener en cuenta la distancia y, así, nadie puede afirmar, pese a haber demostrado su buena vista, que sean, realmente, aquellas siemprevivas de las que os he hablado y que un desigual combate, entablado cerca de la nueva Ópera, vio desprenderse de un grandioso pedestal. No es menos cierto que las colgaduras, en forma de media luna, no reciben ya la expresión de su simetría definitiva en el número cuaternario: id a verlo vos mismo, si no me queréis creer.

ÍNDICE

| |
|---|
| Cantos demoníacos de Maldoror o el hedónico reino de Lautréamont / 5 |
| Canto primero / 13 |
| Canto segundo / 39 |
| Canto tercero / 83 |
| Canto cuarto / 107 |
| Canto quinto / 129 |
| Cantos sexto / 159 |

Los cantos de Maldoror,
de Lautréamont,
terminó de imprimirse en el mes de
diciembre de 2006 en el Combinado Poligráfico de Villa Clara.